

¿LLEGARÍA ÉL?



MARTE es mi destino

FRANK BELKNAP LONG

Andreu 65



NOVELA DE CIENCIA - FICCION





Frank Belknap Long

MARTE ES MI DESTINO

ePub r1.1
Rbear 09.04.15

Título original: *Mars is my destination*
Frank Belknap Long, 1963
Traducción: Jesús Silanes Larrosa
Ediciones Cenit, 1968
Diseño de cubierta: Andreu

Scans: Capitán Rojo
Editor digital: raguerre
Editor epub: Rbear
ePub base r1.2

CAPÍTULO I

Hacía ya unos diez minutos que me invadía el presentimiento de que algo terrible iba a suceder. Era algo relacionado con las tarjetas, algo a punto de alcanzar su momento culminante.

El bar del espaciopuerto estaba lleno de un olor fresco y limpio, cual si todos los aires del espacio corrieran por su interior. También contenía el aire un otoñal gustillo, porque el bar estaba abierto en ambos extremos, y más allá se erguía Nuevo Chicago, con sus parques, sus gigantescos edificios y el gran mar interior del lago Michigan.

Todo muy bonito... si uno dejaba que su mente se explayase en lo que había afuera... hombres y mujeres con los hombros rígidos y una nueva forma de sentir y pensar, porque la Tierra había dejado ya de ser un círculo cerrado. Los niños jugaban en los parques pretendiendo ser hombres del espacio, embutidos en sus trajes espaciales, disfrutando a sus anchas. Un arrendajo azulado se mantenía en la rama de un árbol, cuyas hojas se movían al compás del aire, ora rojo, ora amarillo, a su alrededor. Una niñera en su blanco uniforme empujaba un cochecito, la áurea cabellera mecida al suave viento, una soñadora mirada en los grandes ojos.

Nada podía alterar este dulce ambiente. Daba gusto contemplarlo y aspiré profundamente un par de veces, negándome a recordar que en el mundo turbulento y ávido de los espaciopuertos la Muerte era una arraigada visitante.

Luego lo recordé, porque tenía que hacerlo. No puede uno enterrar la cabeza en la arena durante mucho tiempo para alejarse del mal, a menos que se tenga mentalidad de avestruz y se esté dispuesto a dejar que la propia integridad se vea arrastrada por la corriente.

Ignoraba qué hora era, aunque tampoco me importaba demasiado. Pero sí sabía que la Muerte había llegado al atardecer y que se cernía en mortal silencio al extremo del bar.

Estaba allí, indudablemente, aun cuando tuviese leí mismo índice refractivo que el aire que la rodeaba y uno pudiera ver a través de ella. El sexto sentido que todo el mundo a veces experimenta —llámesele premonición, si así lo desea— había hecho sonar su timbre de alarma en mi mente.

Seguía sonando cuando levanté la vista y me di perfecta cuenta de que había escogido esta hora y este lugar para desatar su furia mortal.

Lo vi empezar.

Comenzó tan de repente como si hubiera sido un puño gigantesco al caer de pronto sobre el mostrador del bar, asustando a todo el mundo, arrancando incluso a los solitarios bebedores de sus pesadillas particulares.

En realidad, la violencia no había llegado a este extremo. Pero no cabía duda de que sería así dentro de unos diez o doce segundos. Y cuando se desencadenase, nada de este mundo sería capaz de impedir que terminase en un charco de sangre.

Empezó repentinamente, como si se hubiese encendido una mecha que había de volarlo todo. Sólo fueron dos voces que se alzaron de pronto, airadas, una que estalló cual el disparo de una pistola. Pero comprendí que era algo muy peligroso en el mismo instante en que vi a los dos hombres discutir con tanta saña.

El que con su voz había hecho estremecerse toda la cristalería del largo mostrador haciéndola vibrar como un tenso tenedor era un gigantesco individuo de rubia cabellera de seis pies y cuatro pulgadas de altura, dotado de poderosas espaldas. Llevaba desabrochado el cuello de la camisa y su pecho aparecía brillante de sudor, ofreciendo con su enorme corpachón un rudo aspecto que le hacía a uno pensar que para derribarlo sería necesario el poder de una pesada máquina excavadora durante media hora.

El otro era un hombre de estatura normal, aunque parecía pequeño en contraste con el gigante. Se excedía sin embargo a mantenerse en arrogante postura frente al personaje vikingo. Su atezado rostro estaba tan tirante como un tambor y. tenía el pelo de punta, como si a través de su cuerpo hubiese pasado una carga

eléctrica de alta tensión.

Supongo que era debido a que tenía el pelo extraordinariamente tieso. Pero realmente esto le daba un aspecto terrorífico.

Ignoro por qué alguien eligió este crítico momento para lanzar un grito de aviso, pues todo el mundo se dio cuenta de que era ésta la clase de discusión que no podía ser detenida por nada, excepto una intervención fuertemente armada. El grito de advertencia en este momento podía ser tan peligroso como arrojar petróleo sobre la mecha, haciéndole así arder mejor.

Pero alguien exhaló un grito a pleno pulmón:

—¡Cállense, estúpidos! ¿Qué creen que es esto, una sociedad en pugna?

Se podía convertir en esto, no cabía duda, en la más mortal clase de sociedad en lucha abierta, unos y otros tomando posiciones sin ninguna razón lógica. Podía empezar con una discusión de criterios libremente expuestos y terminar con cinco o seis de los más bebidos presentes tendidos en el suelo con los cráneos destrozados.

El propietario del bar hizo un improvisado megáfono con las manos y aumentó la confusión reinante gritando:

—¡Cállense o los echaré de aquí a patadas! ¡Ya les enseñaré cómo hay que tratar a tipos de su calaña! Cada vez que ocurre una cosa así después me echan a mí toda la culpa. ¡Ya estoy harto de cargármela continuamente!

—¡Esto es hablar bien, John! ¿Necesitas ayuda?

—No. No te muevas. Yo solo me basto para arreglar esto.

No me parecía que pudiera hacerlo, aunque se partiese en dos el doble que él en corpulencia. No creía yo que nadie pudiera conseguirlo, porque ya ahora me había dado perfecta cuenta de la expresión que había en el rostro del vikingo.

Había visto antes esta expresión y sabía ¡o que significaba. El tipo con facha de vikingo sufría una virulenta reacción ante algo que el individuo de estatura corriente había dicho. Había hecho ya presa en él, cual una vacuna contra la viruela demasiado fuerte, y el tormento que le quemaba las entrañas era ahora tan acuciante que le hacía sentirse loco de indignación.

El otro se estuvo probablemente jactando, diciéndole a todo el mundo cuán afortunado era de estar comprendido en la lista de viajeros del próximo cohete con destino a Marte. Y en un bar de

espaciopuerto atestado de gente, en donde los permisos de la Junta de Colonización Marciana están a un precio terrorífico, uno no debe entregarse a esta clase de conversaciones. No debe hacerlo si no se tiene un complejo de suicidio y se quiere abandonar este mundo sin tener que viajar por los espacios siderales.

Pero ahora las cosas se estaban desarrollando con tanta rapidez que no quedaba tiempo para apartar a la Muerte de su destino. Estaba empezando a salir al descubierto, balanceando la guadaña, puntual a la cita. Estuve seguro de ello en el instante en que vi relucir la pistola en la mano del vikingo y al otro retroceder, los ojos fijos con mirada aterrorizada en la amenazadora pistola.

"¡Oh, estúpido!, pensé. ¿Por qué lo provocaste? Debías haberlo supuesto, era lógico que sucediese. ¿Para qué te sirve el permiso para Marte si acabas con una bala en el cuerpo?"

Por una extraña razón parecía que el tipo vikingo no tenía prisa de disparar. Parecía que estaba saboreando el terror que había en los ojos del otro, dejando que su furia disminuyera un poco, como si quisiese permitir que una décima de ella se escapase a través de una válvula de seguridad para con ello afinar mejor la puntería. Esto me hizo preguntarme si aún tendría yo tiempo de llegar hasta ellos.

En el instante en que me di cuenta de que todavía cabía esta posibilidad me decidí a intervenir. Me encontraba en perfectas condiciones físicas, aunque no tenía deseos de morir, como tampoco los tenía el hombre de mediana estatura y hay obligaciones que uno no puede pasar por alto si quiere cumplir con su propio carácter.

Me aparté do mi posición y me dirigí en derechura hacia el tipo vikingo, avanzando paralelamente a la larga barra. No recuerdo haber corrido con tanta rapidez en ninguna otra ocasión anterior y había dejado atrás en mucho al dueño del bar… que permanecía inmóvil, parpadeando nerviosamente, blanco como el papel… cuando el vozarrón del gigante rugió por segunda vez:

—¿Te crees mejor que los demás, verdad? Pues claro que sí. ¿Por qué negarlo? ¿Quién eres tú, quién es nadie para venir aquí a fanfarronear a los cuatro vientos? ¡Ahora te voy a dar lo que te mereces!

En aquel momento se produjo la detonación, súbita, ensordecedora. Estaban muy juntos los dos y por un instante pensé que había fallado el tiro, pues el hombre mediano no se puso rígido

ni se dobló sobre el estómago ni se movió un ápice y su rostro quedó oculto tras el humo del disparo.

Debí haberlo pensado mejor, pues era una enorme pistola, con una carga espantosa, y cuando un hombre recibe una descarga de esta clase su cuerpo puede quedar galvanizado por unos instantes, como si no hubiese sido alcanzado. En ocasiones la víctima es levantada en vilo y empujada hacia atrás unos veinte pies y otras veces se queda rígida, escapándosele rápidamente la vida por el enorme boquete abierto en su cuerpo, y luego se le doblan las rodillas y cae entre un espantoso charco de sangre que le hace a uno darse cuenta de lo equivocado que estaba al creer que había fallado el tiro.

El humo se desvaneció con bastante rapidez, desprendiéndose de él en pequeños espirales. Pero apenas tuve tiempo de echar un vistazo a aquel cuerpo que se hundía con la cabeza inclinada a un lado para pasar a la eternidad. Una barahúnda espantosa habíase desatado con furia inaudita a mi alrededor y mi único pensamiento era el de hacer pagar a un miserable asesino su vil acción, antes que alguien se interpusiera entre los dos.

Esta clase de asesinos me saca de quicio. Cualquier hombre puede enloquecer de furia y matar si se le dan suficientes razones para ello. Pero el gigantón había cometido una provocación que no merecía otra cosa que alguien le ajustara debidamente las cuentas.

Aquella brutal bestialidad me ponía furioso. Fue algo primitivo y muy peligroso —o tal vez fuese algo supercivilizado— lo que despertó en mi interior el deseo de golpearle salvajemente hasta dejarlo en la inconsciencia antes de que pudiese matar de nuevo. Me sentía como un hombre que se enfrenta con una serpiente venenosa que sabe que la debe pisotear o arrancarle fa cabeza antes de que pueda hundir sus colmillos en la carne,

No era yo solo quien pensaba así. A mi alrededor había muchos que gritaban irritados y maldecían increpando con denuestos al criminal. Si hubiese necesitado ayuda, una ayuda eficaz y verdadera, aquí la tenia. Pero en aquel momento no la necesitaba. Un furioso gigante había crecido en mi pecho y ambos nos saludamos y comprendimos instantáneamente.

Oí un estrépito a mis espaldas, pero no hice caso. Pero sí me di cuenta de que el dueño del bar saltaba por encima del mostrador

para atajar el paso de dos tambaleantes borrachos que avanzaban amenazadores contra el criminal, una mirada salvaje y demoníaca en los ojos. No quería yo que llegasen hasta él antes ¡que yo.

El asesino no se había movido lo más mínimo y en sus ojos había una mirada de temor, como si la detonación le hubiera devuelto parte de su cordura, haciéndole comprender que no se puede matar a un hombre de un pistoletazo en un local lleno de gente sin ajustarse uno mismo la soga al cuello, dando ocasión a cincuenta hombres de apretársela hasta el final.

Si se hubiese valido de la pistola que le sirvió para matar disparando contra la gente a diestro y siniestro, pudiera haberse salvado. Pero no le dejé ocasión de recuperarse.

Me arrojé contra él, le arranqué el arma de la mano y de un directo, que por fortuna dio de lleno en la mandíbula, lo envié contra el mostrador.

Y entonces todos cayeron como fieras sobre él, cinco o seis, y ya no me dejaron verlo ni un momento.

Contemplé la pistola que empuñaba fuertemente mi mano. Estaba todavía caliente y sólo su contacto me produjo un estremecimiento en la columna vertebral. Una pistola que acababa de ser arrancada de las manos de un asesino es diferente de las otras.

Hay en ella sangre, aunque ningún laboratorio pueda probarlo.

No me di cuenta de que había perdido algo hasta que miré al suelo y vi la cartera a mis pies. La energía que concentré para aplicar el golpe no sólo me produjo un vivo dolor desde la muñeca hasta el codo, sino que provocó algo que saltara de un bolsillo interior de mi chaqueta, algo que en aquellos momentos contenía un peligro en potencia, capaz de hacer desviar la furia de que estaba poseído todo el bar, concentrada ahora en el asesino, enviándola directamente hacia mí.

En mi cartera había una tarjeta uno de cuyos lados estaba taladrada por diminutos orificios y en ella se decía que yo figuraba en la lista de pasajeros del próximo cohete destinado a Marte y que el permiso de la Junta de Colonización Marciana era de una clase especial… muy especial.

Al caer, la cartera había quedado abierta, exponiendo la tarjeta a la vista de quien quisiera leerla. Podía ser reconocida sólo por su

color —un azul muy pálido— y si alguien de los que había en el bar pensase de la forma que el vikingo había pensado con respecto al muerto y la hubiese visto y se lanzase a cogerla…

Estaba agachándome para recogerla cuando oí una voz que me susurraba al oído:

—No deje que nadie vea esa tarjeta… si es que desea salir de aquí vivo. Será mejor que saiga de aquí en seguida antes de que empiecen a hacerle preguntas. No esperarían a que llegase la Policía Aerospacial. Se armaría aquí otra lucha espantosa.

Durante un minuto no pude dar crédito a lo que había oído, porque no la había visto entrar. Me había dado cuenta antes de la presencia de dos mujeres en el bar, pero no de ésta —y para mí hubiera sido algo imposible que me pasaran inadvertidas esta cintura tan estrecha y estas caderas tan bien moldeadas y la velada cabellera primorosamente peinada hacia arriba, o aquellos ojazos de negras y largas pestañas fijos en mí en una cara por la que muchos hombres habrían expuesto la vida sin temor al peligro.

Y aunque hubiese estado en el bar fuertemente custodiada en medio de dos guardianes masculinos, no se me habría escapado parte de tanta belleza. Sólo un vistazo a la nuca me habría bastado para adivinar lo que iba a ser la mujer cuando se volviese, auxiliado por esa cualidad especial que hace que la belleza sea perceptible con un simple vistazo, y esa profunda impresión no hubiera podido ser arrancada de mi mente por la violencia que hacía sólo un momento había compartido.

Esto me dejó mudo de asombro durante un momento. Cogí la cartera, la volví a la seguridad de mi bolsillo y le devolví la mirada en el más absoluto silencio.

—Será mejor que se guarde la pistola —aconsejóme—. Sus huellas dactilares están impresas en toda ella. Usted podría, sin lugar a dudas, aclarar su situación, considerando quién es. Pero sería mucho más sencillo arrojarla al lago Michigan, especialmente si se decide esta gente a dejar al criminal en libertad y a mentir sobre quién cometió el crimen.

Yo podía limpiar el arma y dejarla en el suelo, pero sabía lo que había en la mente de la joven. No es conveniente dejar a la vista de todos el arma homicida cuando uno la ha cogido inmediatamente después de cometerse un crimen. Puede conducir a toda clase de

complicaciones.

Moví afirmativamente la cabeza y me levanté.

—Gracias por el consejo —dije cuando al fin pude recobrar la voz—. Hay aquí suficientes testigos oculares para declarar en contra del asesino si sólo unos cuantos de ellos son hombres de conciencia.

—No confíe demasiado en ello —dijo ella—. Ahora están lo suficientemente furiosos para acabar con él, porque no les gusta que maten a uno de un tiro como lo acaba de hacer. Pero cuando hayan tenido tiempo de meditarlo bien…

Tenía razón, naturalmente. Eran ahora seis o siete hombres que luchaban contra el asesino, pero también había otros que permanecían neutrales. De pronto se originó en medio del bar una encarnizada pelea y alguien gritó:

—¡Este miserable idiota se lo merecía! ¡Todos los que ahora consiguen un permiso para Marte tienen que quedar bien con la Junta de Colonización! Tienen que convertirse en chivatos y ayudarles a preparar la trampa para que caiga en ella cualquiera que se les interponga en su camino. El arrancarnos solamente nuestros derechos no les satisface. Están proyectando quedarse con toda la Colonia de Marte para ellos.

Era la Gran Mentira… la imputación que había hecho más daño a la Colonia de Marte que la falta de alimentos y la desesperada escasez de materiales de construcción, y casi tanto mal como los dos grandes conflictos y las dificultades de transporte que parecía que jamás iban a ser resueltos.

Se despertó en mí el deseo imperioso de arrojarme contra el individuo que había proferido estos insultos y cogerlo bien por las solapas y golpearlo con tanta saña como la que desplegué contra el tipo vikingo, porque también era un asesino… un asesino de la ilusión.

Pero la rubia, que parecía saber todas las respuestas y lo que era juicioso y conveniente, me estaba tirando del brazo y yo no podía ignorar la emoción que había en su voz.

—Se le está pasando el tiempo señor “Hombre importante”. Si averiguan quién es usted, no le va a quedar posibilidad de salir vivo de aquí. Todos, en su totalidad, se pelearán por su sangre. La lástima de esto, la gran lástima, es que la mayoría de ellos odian la violencia tanto como usted. Odian lo que hizo esa bestia inhumana.

Pero la gran mentira ha hecho que odien todavía más a la Junta de Colonización. ¿Vámonos?

Me sentí sorprendido al ver que ella me acompañaba pero pensar así era categóricamente estúpido, en cierto modo. Con aquel tumulto en plena efervescencia y un asesino luchando todavía duramente para librarse de sus opresores y otra reyerta en puertas hubiera sido una locura por parte de ella el quedarse, v las otras dos mujeres habían desaparecido sin detenerse a hablar con nadie. Pero en momentos de confusión se le puede escapar a cualquiera lo que es evidente, aunque después pueda detenerse a considerarlo.

Teníamos que salir sin pérdida de tiempo y nos enfrentamos con un grave problema cuando dos borrachos enzarzados en dura pelea nos atajaron el paso. Desvié a uno de ellos de un codazo y aparté al otro de un empujón y conseguimos salir afuera sin ser detenidos por nadie que intentara cerrarnos el paso. La tarjeta estaba en mi bolsillo y ninguno de ellos tenía ojos dotados de rayos X.

Dentro de un minuto, o dos alguien recordaría probablemente que había sido yo quien desarmó al tipo vikingo y que para hacerlo de una forma tan desesperada debía tener una razón muy especial. Luego se habrían apoderado de mí para someterme a la clase de interrogatorio que la rubia había mencionado… un interrogatorio a palos y a toda prisa antes de que llegase la Policía Espacial. Y si mis respuestas no les hubiesen convencido, entonces no se hubieran ido con remilgos para registrarme de arriba abajo los bolsillos.

Me había ahorrado todo esto, gracias a esta misma rubia… ¡Y todavía no sabía su nombre!

CAPÍTULO II

Hacía ya veinte minutos que hablábamos y todavía desconocía su nombre. No se mostraba esquiva ni reservada ni tampoco misteriosa porque no confiaba en mí tanto como yo en ella. Era esto debido a que yo no se lo había preguntado porque todavía seguíamos hablando sobre lo que acababa de ocurrir en el bar y esto era algo estrechamente relacionado con lo que estaba sucediendo en Nueva York, en Londres, París y en todas las grandes ciudades de la Tierra… así como también en Marte… algo que empequeñecía nuestros mezquinos intereses personales… especiales en el caso de la rubia porque ella tenía un punto de vista realmente masculino.

Ignoraba si se llamaba Helen o Bárbara, Anne o Ruth o Tanyi. Sólo sabía que era bella y que estábamos los dos juntos bebiendo martinis, contemplando a través de una espaciosa ventana una ancha panorámica de los parques que bordean el lago de Nuevo Chicago, envueltos en el crepuscular resplandor…

El restaurante se llamaba el "Blue Mandarín" y su aspecto era perfectamente adecuado al nombre que ostentaba… un diáfano azul resaltaba en todo el establecimiento de estilo oriental sin nada que ofrecer a sus clientes que fuese nuevo, original, excitante o único.

Pero allí estaba y allí permanecería… hasta que el lago Michigan se solidificase en hielo. De momento su artificial decoración no era importante para ninguno de los dos. Sólo nos preocupaba la Gran Mentira y lo que estaba haciendo contra el Proyecto de Colonización Marciana.

—Mi padre fue uno de los primeros —dijo ella—. ¿Sabe usted lo que supone estar en un desierto vacío, desolado, yermo, a cuarenta millones de millas de casa y darse cuenta de que se es uno de los pocos escogidos… y de que algún día ha de nacer una ciudad de las

semillas que uno ha sembrado y alimentado con la propia sangre?

—Creo que sí —dije—. Y deseo hacerlo.

—Murió— continuó ella— cuando tenía treinta años, a causa de un virus marciano que no descubrieron cómo combatir hasta que dos tercios de los primeros dos mil colonizadores sucumbieron bajo sus mortales consecuencias.

—¿Por qué no se la llevó a usted con él?—pregunté—. Entonces no existían restricciones para los que deseaban hacer el viaje. La Junta de Colonización tropezaba con grandes dificultades para encontrar suficientes voluntarios.

—Mi madre rehusó hacer el viaje —contestó—. Temo que... casi todas las mujeres somos más conservadoras que los hombres. Mi padre murió alejado de nosotras y cinco años después mi madre se casó con un hombre que no quería ser uno de los primeros diez mil... ni de los primeros sesenta mil. No tenía ningún problema. No era como los hombres que hemos visto esta noche.

—Si todos los hombres que viven en la Tierra quisieran ir a Marte —dije— la Junta de Colonización no se enfrentaría con ningún problema. Una demanda de pasajes tan colosal no podría ser en modo alguno satisfecha... ni en siglo y medio. Y se promulgarían leyes contra las intrigas que ahora se promueven por todas partes y contra el odio y la violencia. Nadie haría caso de la Gran Mentira.

—Es cierto —dijo ella—. El problema surge cuando sólo pueden ir veinte mil y quieren partir cinco millones. Se infiltra una débil esperanza y los cinco millones se enfurecen y sienten envidia.

La miré fijamente. Sentía ahora un calor que me invadía las células cerebrales, como el calor que el alcohol puede generar en un hombre con una preocupación tan grande como la Gran Mentira pero que se apodera de la parte de él que no esté dedicada a combatirla, a saber, la parte egocéntrica, la más exigente y humana, la parte que necesita de la mujer en el arraigado Adán que está dentro de todo hombre.

Y de improviso me di cuenta de que estaba pensando en París acariciado por la primavera y en los relucientes vinos de la Borgoña francesa y en sus viñedos al amanecer y lo que siempre había significado para mí tener a una mujer... lo más cerca posible.

Y Nueva York, envuelto en el hálito del otoño, y Londres cubierto de fantasmagórica niebla, sus viejas casas, sus torres

fabulosas y en cualquier lugar del verde mundo en donde existieran risas y música y una mujer para compartirlas con ella…

Todo esto había sido mío durante diez años. Pero ahora, como un estúpido, deseaba también adueñarme de Marte. Lo llevaba en la sangre y no me contentaba con lo que tenía.

¿Llevármela a Marte? ¿Y por qué no? No era ningún problema… cuando uno no tenía problema alguno. Un problema muy sencillo en realidad. Mi esposa no quería acompañarme a Marte.

La joven pareció darse, cuenta del problema que me acuciaba y ella también sentía el calor invadiéndole el cuerpo pues de pronto me cogió con fuerza una mano.

—Tiene usted algo que le atormenta —dijo—. ¿ Por qué no me lo cuenta ahora que se siente de este modo adormecido, sumido en la felicidad? Considerando la clase de mundo en que vivimos este estado en que nos hallamos es el que nos hace sentirnos más dichosos. Desaparece muy pronto y al día siguiente uno paga las consecuencias. Pero, mientras dura, creo que hay que sacar el mayor provecho de él. ¿No lo cree usted así?

¿Debía decírselo, si es que me atrevía a hacerlo? Podría costarme caro, pues ella creería que estaba completamente loco. Pero en mi pecho todavía continuaban arraigadas viejas ideas sobre la lealtad y era el caso que amaba a mi esposa.

Fue algo insensato, desatinado, pero ocurrió así.

Contemplaba a la mujer sentada frente a mí y me preguntaba cómo era posible que un hombre estuviese enamorado de su mujer y encontrase a otra tan atractiva, tan seductora, que casi estuvo a punto de pedirle si deseaba acompañarle a Marte.

Admiraba la rubia cabellera peinada hacia arriba y su pálida y hermosa cara y me pregunté qué hubiera ocurrido de no haberme casado con Joan.

Cerré un momento los ojos, volviendo mi mente al pasado, recordando la discusión que por la mañana tuve con mi esposa, la discusión que intenté por completo olvidar a últimas horas de la tarde con cuatro vasos de whisky, uno tras otro, que tomé en el bar del espaciopuerto.

Era como si volviese a revivir en mí, en esta misma mesa, con otra mujer sentada al otro lado, enfrente, una mujer que no podía oír la voz irritada de Joan.

—Te lo digo muy en serio, Ralph Graham. O les dices que te quedas definitivamente en Nuevo Chicago o pido el divorcio. No quiero ir contigo a Marte... ni mañana, ni el año próximo ni de aquí a cinco años. ¿Está claro?”

Estaba muy claro. Para suavizar la impresión que sus palabras me produjeron y mitigar el dolor un poco miré al hogar, viendo por un instante en las largas lenguas de sus llamas un paisaje desértico de rojo color y una ciudad que se elevaba hasta las rutilantes estrellas... una ciudad blanca, resplandeciente, que nadaba en una luz jamás hallada en el mar o la tierra.

Sí, la primera colonia terrestre en Marte no era una ciudad de esa clase. Era algo rudimentario, rufianesco, llena de tumultos y gritos, una población que se desparramaba en desorden con sus casas prefabricadas azotadas cruelmente por los atroces vientos del desierto. Pero a mí me gustaba así.

Me gustaba recorrer sus tortuosas callejuelas, charlar alegremente con sus constructores y creadores, ser uno de los primeros sesenta mil. Deseaba estar allí con todo mi ser, porque así lo exigía mi mente, mi sangre y mi corazón, y debía hacerlo antes de que la gente precavida, seria y solemne arruinara mis sentimientos con sus deprecaciones y amenazas.

—Lo digo en serio —me dijo Joan—. Si te vas... te irás solo. Aquí están todos mis amigos, aquí están mis raíces. No quiero dejar todo esto ni siquiera por ti. A pesar de cuanto te amo, no lo haré.

Eran las cinco de la mañana y habíamos estado discutiendo buena parte de la noche. Faltaban dos horas para que la claridad inundara otra vez el apartamento y probablemente, para entonces me dolería la cabeza terriblemente, como jamás me habría ocurrido.

Y de repente decidí salir afuera, al frío de la madrugada, sin decirle una palabra, cerrando de un portazo la puerta a mis espaldas para asegurarme de que ella se diese cuenta de cuán furioso me había puesto con sus acerbas palabras.

Caramba... iría a Marte aunque tuviese que hacerlo solo.

Ni siquiera conecté la radio para escuchar la emisión de las cinco de la mañana ni acaricié el gato al salir. Las mujeres y los gatos tienen mucho en común, me dije amargamente. Son seres arbitrarios y obstinados con un misterioso interés en hacer las cosas a su modo, dejándole a uno que haga conjeturas sobre sus motivos

reales.

Lo cierto es que me embriagué bastante, pues recorría uno a uno todos los bares que rodean el lago. Toda la mañana la pasé así, hasta el mediodía, que fue cuando me comí un sándwich y tomé una taza de café, aclarándoseme entonces algo la mente. Esto demuestra lo que una pelea como aquella puede hacer a un hombre, destrozarle los nervios y la paz de su pensamiento y todos los planes de su futuro, pues la verdad es que yo no soy en ningún modo un bebedor.

Eso de pasearse de bar en bar desde la madrugada es algo bárbaro y era la primera vez en mi vida que hacía cosa semejante. Pero el caso es que lo hice y al paso que transcurría el día me iba acercando poco a poco al espaciopuerto y por dos veces durante cinco horas llegué al extremo de que no podía sortear la prueba de caminar rectamente. De no haberme serenado un poco al mediodía, hubiera llegado al enorme y peligroso bar en unas condiciones realmente comprometedoras para mí.

La Junta de Colonización no ha intentado siquiera impedir lo que allí ocurre, porque hay tensiones a punto de estallar y zonas de criminalidad muy difíciles de precisar en una ciudad tan enorme corno Nuevo Chicago y es aconsejable dejar una válvula de escape… pues, cuando la fiebre de Marte está tan alta, prácticamente todos nosotros vivimos en la sombra de una clase de violencia totalmente imprevisible.

Si a media tarde alguien me hubiese preguntado qué era lo que me impulsaba a tomar el camino de la violencia, a pesar de mis buenos instintos, se lo hubiera dicho claramente.

También de mí se había apoderado la fiebre de Marte. Odiaba la Gran Mentira y todas sus ramificaciones y sabía que todo cuanto de malo se achacaba a la Junta de Colonización era falso. Mas no ignoraba lo que todos los hombres atormentados y desesperados sentían y lo que les ocurría a los que luchaban contra la Gran Mentira y todavía sufrían la fiebre porque necesitaban ser transportados a la extraña vastedad… y les hacía falta espacio y una nueva frontera que les permitiese no sentirse aprisionados, emparedados, prisioneros, en una nueva clase de cámara de tortura.

La inquietud aumentaba porque el Hombre había vivido demasiado tiempo en un círculo cerrado que casi había acabado por

destruirlo. La gran barrera que ya no estaba allí llevó al mundo al borde del holocausto y sólo el saber que habría saltado hecha añicos para siempre permitía que los hombres y mujeres de! mundo entero tuvieran una vida más sana y aumentaran sus aspiraciones.

No había nada de malo en todo esto. Pero... apenas uno entre cincuenta mil hombres y mujeres vería con sus propios ojos las rojizas llanuras de Marte v los juegos de luz y sombras de un mundo cubierto en gran parte de su superficie por amplias roñas de abundante vegetación. Apenas uno entre cincuenta mil disfrutaría de un nuevo mundo, después de hacer el largo viaje a través del espacio interplanetario. Un mundo impregnado de primaverales aromas tras el fragor del resquebrajamiento de los hielos de los casquetes polares.

O quizá, tal vez, la nieve amontonada en inverosímiles paisajes empezaría a disolverse junto con las huellas de pequeñas criaturas peludas sobre el blanco manto, pues los primeros colonizadores se habían llevado animales consigo.

Todavía faltaban treinta años para que pudieran ser construidos nuevos y más veloces cohetes y quedara resuelto el problema de la natalidad y del abastecimiento y se dominara a su tumultuosa adolescencia y la colonia se convirtiese en, una blanca y dominante ciudad, tan gigantesca como Nuevo Chicago.

Pero había algunos que no podían esperar, para quienes la espera era destructora de alma y cuerpo, una especie de muerte viviente demasiado terrible para resistírsele y mantener sano el juicio.

Los dedos de la mujer que tenía sentada enfrente se estaban volviendo impacientes, apretándome un poco la mano. Me parecía increíble que hubiese sido capaz de pensar de este modo cuando me hallaba tan cerca del Paraíso.

Pues el Paraíso estaba allí, enfrente de mí en esta insensata hora crepuscular y sólo esperaba que yo tuviera el coraje suficiente de cogerlo... si no estuviese todavía enamorado de Joan.

Y me asaltó a la mente la idea de qué haría si a Joan le ocurriese algo y la perdía para siempre. ¿ Por qué se habría portado tan duramente conmigo, una mujer como ella lo bastante sofisticada para no ignorar que no hay ningún hombre inmune contra la tentación cuando se ve solo y desesperado y está el Paraíso

esperándole, a su alcance, no teniendo que hacer, para cogerlo, más que matar una parte de sí mismo y dejar vivir al resto?

—¿Qué le ocurre? —preguntó ella—. Hace cinco minutos que permanece callado, sin pronunciar palabra. Soy de las que les gusta escuchar, usted lo sabe, Siempre he sido, quizá, demasiado aficionada a escuchar...

Era el momento de la verdad, el momento en que me tenía que decidir. Marte... y también una mujer. Marte... y la misión grande, importante, y él estrépito y fragor de las enormes máquinas con sus piezas moviéndose rápidamente, zumbando, chirriando, el polvo y las estrellas de la mañana y una mujer como ésta en mis brazos.

Tenía que decidirme.

—¿Qué le pasa? —Preguntó la joven—. ¿No me lo puede decir?

—Algún día se lo contaré —dije—. Pero ahora no. Tengo el presentimiento de que nos volveremos a ver. Dónde, cómo y cuándo, no lo sé, porque mañana a esta hora estaré de viaje hacia Marte.

Una dolorida mirada apareció en sus ojos y casi en seguida su mano se separó de la mía.

—Pero si apenas hemos tenido tiempo de conocernos —protestó ella—. Usted no sabe nada de mí... o casi nada. Yo pensaba...

—Pudiera ser mejor no saberlo —dije, y creo que entonces ella debió leer la verdad en mis ojos, pues sus mejillas se ruborizaron tenuemente y contestó:

—De acuerdo, si tiene que ser así.

Asentí e hice una seña al camarero, confiando en que ella no pudiese darse cuenta de mi vulnerabilidad y de cuán peligrosamente fácil sería para mí alterar mi decisión.

Diez minutos después me encontraba de nuevo solo, con el lago Michigan resplandeciendo a mis espaldas, con la única compañía de las estrellas. Y todavía no conocía su nombre.

CAPÍTULO III

Sucedió con tanta rapidez que me hubiese cogido de sorpresa si el timbre de alarma no hubiera sonado de nuevo en cualquier oscuro rincón de mi mente. Lista vez no fue estrepitoso, pero lo bastante fuerte para alertarme, con los nervios en tensión.

Me hallaba de pie junto a una alta pared cubierta de follaje y acababa de encender un cigarrillo. Y de pronto, directamente encima de mi cabeza, se produjo un inconfundible susurro, algo que yo conocía muy bien pues lo había oído muchas veces y que tenía una cualidad especial que lo diferenciaba de otros ruidos.

Algo por encima de mí se movía entre las sombras, rozando las secas hojas, deslizándose hacia abajo con un zumbido mecánico, lúgubre y sobrecogedor.

El zumbido cesó de repente dando paso a un súbito resplandor y un prolongado gemido. Me dispuse a la defensa, dejando que mis brazos colgaran flojamente a ambos lados.

Con rapidez aterradora, algo largo, brillante y serpentino cayó sobre mí y rodeó mi pierna derecha encima mismo de la rodilla. Antes de que pudiera librarme, aquello se contrajo en un fuerte nudo y el gemido se transformó en un grito espeluznante, prolongado, aterrador. Era algo completamente diferente al grito de un animal. Algo metálico, rasposo, como si una ferocidad superanimal expresara su rabia en un estridente chillido mecánico y monótono.

La contracción fue en aumento y un dolor acuciante me atormentaba la pierna. Levanté el brazo derecho y di un golpe seco hacia abajo, con el canto de ¡a mano. Repetí varias veces la operación, dando los golpes con precisión, con mortal precisión, serenamente, pues sabía que un golpe errado me podría costar la

vida.

Sólo estuve en peligro unos segundos, unos segundos no demasiado prolongados tratándose de aquello. El daño que le causé hizo que aflojara la presión que ejercía en mi pierna, se estremeciera convulsivamente y cayera al suelo.

Herido en donde era más vulnerable, se retorció en tierra con movimientos desarticulados de todo su cuerpo, dejando, a su paso una estela de diminutos fragmentos cristalinos, y dos largos hilos pendían de su cónica cabeza.

Su sangriento cuerpo brillaba con un resplandor escarlata mientras se arrastraba retorciéndose por encima de la plana piedra gris del borde del lago y por un instante se encrespó como un enorme y terrorífico gusano. Luego, abruptamente, cesaron sus movimientos y cayó cuan largo era al suelo, quedando inmóvil. Los dos discos ópticos que le habían servido liara moverse con rapidez a través de la oscuridad habían sido aplastados. Ya no corría yo peligro alguno y me alegré verdaderamente de saberlo.

Me sentía en verdad muy satisfecho.

Se había atentado contra mi vida. De eso no me cabía duda alguna. Aquel pequeño horror mecánico, con sus complejos mecanismos internos, había sido arrojado sobre mi cabeza desde cierta distancia con iodos sus circuitos electrónicos funcionando por control remoto.

Desde qué distancia, era algo para mí imposible de precisar. Pero estaba seguro de que no estaría cerca de mí, al alcance de mis manos. Los canallas criminales que hacían uso de tales artilugios mantenían generalmente la distancia y eran muy cautos.

Pero sabía ahora al menos que contaba con un peligroso enemigo, alguien que deseaba mi muerte. Y esto no tenía nada de agradable.

La mente humana es un instrumento muy extraño, es difícil predecir cuán profundamente puede uno sentirse afectado por un incidente difícil de olvidar con un simple encogimiento de hombros.

Se puede caer en la desesperación, verse dominado por la angustia o erguirse altivo y sentirse superior ante el peligro, al menos de momento. Y, como por arte de magia, yo me sentí superior, fuerte, y me negué a aceptar que el atentado se interpusiera en el camino de lo que me había determinado hacer

antes de que oyera sobre mi cabeza, entre el follaje, el peculiar gemido.

Paseé un momento, arriba y abajo, apoyando casi todo mi peso sobre la pierna derecha para asegurarme de que la podía usar sin cojear y cuando quedé convencido de que una larga caminata no me resultaría dolorosa me alejé de la orilla con una sensación de alivio y doblé la primera esquina a la izquierda. Estaba completamente seguro de que en menos de veinte minutos estaría de nuevo en el espaciopuerto.

Sabía perfectamente que lo que me había determinado a hacer no iba a resultar fácil. Tenía que averiguar exactamente qué clase de difícil misión me había señalado en Marte la Junta de Colonización. La joven desconocida me había llamado "Hombre Importante" porque... no resultaba cosa fácil conseguir un permiso con las características del mío a menos de que se tenga por delante una misión verdaderamente importante y delicada. El paseo me permitió la oportunidad de pensar sobre esto. No me dolía la pierna lo más mínimo y me sentía muy agradecido por ello... Me quedé un momento cerca de las plataformas de lanzamiento electrónicamente protegidas, contemplando los cohetes de pasajeros con sus trescientos pies de largo, que brillaban con su brillo mateado a la luz de la Luna, los cónicos morros apuntando rectamente al espacio.

El espaciopuerto de Nuevo Chicago ha atraído y atraerá en el futuro la atención de las gentes, porque no existe otro lugar de lanzamiento en la Tierra que se pueda comparar con él. No es solamente el más grande y el mejor equipado. Fue construido a conciencia. De aquí a cincuenta años, en 2070 por ejemplo, es cosa segura que los enormes cohetes con destino a Marte partirán cada cuatro horas, día y noche. Ahora salen solamente dos veces al mes y más de cincuenta millones de personas sólo en los Estados Unidos lo darían todo, bienestar, un empleo bien remunerado, comodidad y cualquier felicidad que disfrutaran o tuvieran la posibilidad de disfrutar en la Tierra con tal de poder viajar en una de esas enormes naves espaciales.

Siempre, toda mi vida, he odiado tener que pedir una explicación a la gente que confía y cree en mí. Y esto mucho más al tratarse de la Junta de Colonización Marciana, cuyos miembros hacían cuanto les era posible para tenerme informado. Pero a veces

hay que imponer el secreto, y si uno trata de quebrantar prematuramente una información considerada secreta, merece el castigo.

Pero ahora no me quedaba otra alternativa. Tenía que averiguar si mi viaje podía ser aplazado, una semana más… un mes incluso… para ver si Joan aceptaba las cosas tal cual yo las veía. Y esto significaba que tenía que enterarme de qué clase era la misión que me habían encomendado.

No tenía ningún problema para llegar hasta él.

Había un centinela en la entrada del edificio de la Administración y atando me identifiqué y las macizas puertas dobles se abrieron, tuve que atravesar otras seis puertas para alcanzar su oficina privada situada en el piso veintiocho. Realmente no encontré dificultades, pues con sólo presentar la tarjeta azul pálido, la misma que en otros lugares significaba una incitación a la violencia, se me abrían como por ensalmo todas las puertas.

En aquel enorme y macizo edificio, de casi media milla de largo, bahía vigilantes en todos los pisos, unos que me conocían personalmente y otros que jamás me habían visto. Pero lo que rezaba en aquella tarjeta infundía respeto.

Había conocido este mismo edificio vibrando activamente, rugiente de vitalidad. Pero ahora solamente uno de sus pisos estaba radiante de luz y el resto permanecía tan silencioso como un gigantesco mausoleo.

Esto mismo ocurre a veces y cuando es así todo el mundo se siente agradecido, incluso el hombre a quien había venido a visitar.

Su oficina privada estaba al final de un largo corredor de la Sección C 10 Y, y yo sabía que lo iba a encontrar allí porque en la parte superior del tablero anunciador del piso principal brillaba un circulo de fría luz. Había encima de todo un nombre: BROWN. Su nombre no era Brown, naturalmente. Ni tampoco Smith o Jones. Lo de “Brown” era simplemente una precaución… el santo y seña de un inmenso poder genuinamente modesto, aunque también precavido.

Ningún hombre que no estuviese en posesión de la clase de tarjeta de que yo era portador jamás hubiese llegado hasta aquel tablero y dudo de que el más ingenioso asesino se atreviera a hacerlo.

Un correcto centinela se hizo a un lado y abrióse y cerróse una

puerta, quizá la más estrecha y menos impresionante de todo el edificio y me vi en su presencia.

A menos que sea uno un habitante del desierto de Gobi o viva en el mismísimo centro del Sahara, tiene que haber visto en un centenar de pantallas los ojos azules y los suaves modales de este hombre que se llama Jonathan Trilling. En todos los aspectos, excepto en uno, es la clase de hombre con quien casi todo el mundo se cruzaría sin dirigirle una segunda mirada.

La cosa que le diferenciaba de los demás era algo que no se podía señalar y analizar. Si uno intentaba hacerlo, no conseguía nada. Pero existía, indudablemente, y era una emanación que irradiaba de su persona, un algo inconfundible que te otorgaba una singularísima personalidad.

Compárese la inmensa sencillez con el poder inmenso y tal vez se pueda conseguir una parte de la respuesta. Pero sólo una parte.

La oficina carecía de todo cuanto no fuera esencial, la celda de una ermita no podía estar más desnuda. Y esto pareció agradarle cuando mis ojos repasaron el casi vacío escritorio, sobre el que sólo vi un tintero y una hoja de papel.

Estoy completamente seguro de que él interpretó mi gesto como una indicación de que yo intentaba comprender algo que a él enorgullecía y por ello me admiró y saludó con una franca sonrisa.

—¡Magnífico, Ralph! —exclamó—. No esperaba que vinieras esta noche. Pensé que te quedarías en casa consumiendo la paciencia de Joan con el ajetreo de los preparativos de última hora, que las mujeres parece que nunca comprenden. A ellas les gusta pensar que no se olvidan de nada. Pero ya lo creo que sí. Son peores que nosotros, pero anda y díselo que lo admitan y verás la que se arma.

Había una sola silla en la oficina, la que él ocupaba. Yo apenas esperaba que se levantase y me la ofreciera, pero esto fue precisamente lo que hizo.

—Siéntate, Ralph —me dijo—. Yo estoy sentado demasiado tiempo. Creo que esto es lo que todos hacemos aquí. No tiene remedio, pero no da a un hombre de cincuenta y cinco años demasiada oportunidad de hacer el ejercicio necesario y es bueno levantarse de vez en cuando.

—¡No... no se levante por mí, señor! —exclamé y en seguida me

di cuenta de que me estaba comportando de una forma demasiado formal.

La silla estaba libre y él esperaba que me sentara. Y pude ver en sus ojos que no le habla gustado lo de “señor”. Nunca le gustó.

—Siéntate, siéntate. ¿Qué te ocurre, Ralph? ¿Alguna preocupación? Tendrás bastante tiempo para preocupaciones cuando llegues a Marte. ¿Por qué empezar ahora?

Decidí ir directamente al asunto. Me gustaba la franqueza tanto como a él y no ganaría nada con andarme con rodeos para preguntarle lo que quería saber antes de salir de aquí.

—Hay algo que me gustaría saber —dije—. ¿Se considera todavía secreta la parte primordial de mi misión? ¿Podría usted decirme algo más sobre ella… aunque prefiera no hacerlo?

Me miró fijamente un momento y apretó un poco los labios.

—Bien… la verdad es que no lo he mantenido en completo secreto, Ralph. Más tarde recibirás instrucciones cifradas. Naturalmente, existe una razón para hacerlo así. No debería tratar ahora de este asunto puesto que lo hemos considerado durante mucho tiempo en esta misma oficina.

—Lo comprendo —dije—. ¿ Pero podría usted ver la manera de explicarme más de lo que ha hecho ya si le puedo convencer de que me ayudaría a resolver un problema que dé otro modo me es imposible solucionar?

Al oírlo, sus cejas se arquearon ligeramente.

—¿Qué clase de problema, Ralph?

—Es tan viejo como las montañas —dije—. Se remonta a la Edad de Piedra, a las montañas con fósiles en su interior y, tal vez, mucho más allá. Joan no quiere ir a Marte. Se muestra terriblemente pertinaz en su idea, obstinada, terca. Si no puedo lograr que cambie de parecer, tendré que ir solo. Y creo no es preciso que le diga lo que ello significaría para mí. Si sólo dispusiera de un poco más de tiempo, otra semana… un par de semanas más…

—De modo que se trata de eso —dijo—. Quieres que te diga que tu misión puede ser aplazada, que realmente no se te necesita en Marte. Que te enviamos allí porque nos gusta hacer de vez en cuando cosas caprichosas para romper la monotonía de pensar continuamente sobre los problemas que se enfrentan seriamente con

el proyecto.

Me sentía asustado, porque nunca le había visto entregarse a una deliberada ironía. Su mente estaba plenamente capacitada para ello, pero su carácter no se lo permitía.

Y luego, de pronto, me di cuenta de que me iba a contar todo cuanto yo deseaba saber y que se había valido de aquella ironía para ponerme un poco furioso a fin de mantenerme alerta y analítico, con el objeto de que no menospreciara la gravedad de lo que iba a decir.

—De acuerdo, Ralph —dijo—. Me arriesgaré a irritar a un tercio de la Junta. Te voy a decir exactamente por qué existe un problema en la Colonia de Marte y cuán difícil va a ser tu labor allí. Te encontrarás en medio, Ralph, en medio del mayor conflicto de intereses que jamás ha conocido antes una nueva y creciente sociedad.

—Un conflicto de intereses puede destruir cualquier sociedad si son suficientemente violentos y cuentan con bastante poder para respaldarlos y la población está dividida en su lealtad por carecer de una dirección firme y decidida.

—Esto es especialmente cierto si esa sociedad se encuentra en un nivel fundamental con serias escaseces en todas partes y todo hombre, al menos en parte, vive en fiera competencia con sus vecinos, dejando aparte los poderosos monopolios que luchan entre sí con una más agresiva competencia.

—¿No comprendes,. Ralph, no te das cuenta de lo que significa esa clase de lucha para distribuirse la fuerza motriz de una nueva y naciente sociedad? No comprendes lo que significa un conflicto con tres o cuatro variantes, cuando todo el mundo especula con lo que tiene y no puede vender o con lo que no tiene y le gustaría vender o lo que no puede vender o por lo que quisiera obtener?

Sonrió de pronto, sólo un instante, y luego la preocupada mirada que la sonrisa había desplazado volvió de nuevo a sus ojos.

—No tenía la intención de que pareciera gracioso. Pero probablemente éste aspecto es un tanto irónico, como ocurre con todas las grandes tragedias. Te lo estoy contando a grandes rasgos, en su situación general. Es la frustración, la amargura de miles de colonizadores que pueden verse arrastrados de un lado a otro por corrompidas presiones, mezquinos intereses personales y ambiciosos

monopolios de la energía de la colonia.

—¿ Pero usted está en posesión de una situación más específica, verdad? —le pregunté—. Todo cuanto ha dicho hasta ahora es del dominio público.

Trilling asintió.

—Sí... pero hay que recalcar la situación genera!. Es el factor decisivo de cada cosa lo que está ocurriendo en Marte. En una sociedad más estable, mejor desarrollada, el conflicto por la energía entre los dos monopolios de la misma no presentaría un aspecto tan desolador.

—¿Dos? —pregunté—. Creía...

Me interrumpió con un gesto.

—Oh, hay allí una docena de empresas de energía. Pero solamente dos gigantes... Wendel Atomics y Endicott que... han luchado entre sí hasta cansarse y amenazan la paz y estabilidad de toda la Colonia. Y te lo explico presentándotelo con demasiada suavidad. Existe un explosivo potencial en ese conflicto, capaz de destruir la Colonia de la noche a la mañana.

Apretó los labios y se paseó por la oficina; luego volvió a mi lado y me apretó fuertemente el hombro con una mano.

—Ralph, escucha. Esto es algo de vital importancia. Intentaré abreviarlo al mínimo. ¿Tú sabes lo que cuesta mantener generadores atómicos, turbinas, líneas de transmisión, aquí mismo, en Nuevo Chicago, sólo en una pequeña sección de la ciudad?¿ Cuánto más crees tú que cuesta hacer lo mismo en Marte? Solamente el transporte de materiales... ¿Tienes idea de cuánto suben los gastos totales...?

—Me lo imagino —dije—. Pero no me gusta pensar en ello.

—¿Y a quién le gusta? Pero tuvimos que pensarlo. Tuvimos que conceder a Wendel Atomics un monopolio por treinta años. Ninguna otra empresa disponía de recursos monetarios para responder. Y tuvimos que concede a Endicott Fuel la misma clase de monopolio. Transportan combustibles tanto atómicos como líquidos a un costo que te pondría los cabellos de punta.

—¿Y dice que están ahora empeñados en un conflicto a causa de la energía? ¿Pero por qué? Yo creería que Wendel Atomics puede comprar cuanto combustible necesita directamente a la Endicott. Y Endicott puede...

Hice una pausa, desconcertado.

—¿Qué puede hacer Endicott, Ralph? No le sirven los generadores atómicos. No dispone de lo necesario para instalarlos, aunque pudiese absorber de algún modo el terrorífico gasto que supone su traslado. Y, naturalmente, sería imposible. Ninguna empresa es lo suficientemente rica para emprender ese doble negocio.

—Pero no tendría que ser un intercambio de productos. Naturalmente, esto tendría como consecuencia la tendencia a empequeñecer a Endicott, a convertirla en lo menos importante de las dos empresas monopolizadoras.

—Haría más que eso, Ralph. Podría hundir a Endicott. Has de saber que Wendel Atomics decidió súbitamente que estaba pagando demasiado dinero a Endicott por el combustible que gastaba y rebajó a la mitad el precio que estaba pagando. Y Endicott apenas puede sostener sus gastos.

—Dios mío —murmuré.

—Naturalmente, Wendel Atomics no puede pasar sin el combustible —dijo Trilling—. Y tampoco puede transportar el combustible para su propio uso desde la Tierra. De nuevo tenemos el factor de la empresa de doble función. Así es que Endicott devolvió el golpe negándose a vender su combustible a la Wendel.

—¿Un mate ahogado, verdad?

—No del todo, Ralph. De ser así, un lado u otro acabaría por ceder. Pero a Endicott se le ocurrió la genial idea de vender combustible líquido y atómico directamente a los colonos. Una verdadera locura. Los colonos compran el combustible al fiado y esperan que el precio suba vertiginosamente. Y esto ocurre muy a menudo porque Wendel tiene necesidad de mantener en funcionamiento sus generadores. No comprará a Endicott, pero no tiene más remedio que aceptar el precio de los colonos. ¿Comprendes ahora lo que tan salvaje como peligrosa especulación puede provocar en una nueva especie de sociedad en los albores de su desarrollo, Ralph? Los colonos no saben si son ricos o pobres de un día para otro. Y con sus desesperadas necesidades, sus frustraciones y la fiera competencia están continuamente en terrible pugna.

—Estoy empezando a hacerme cargo de la situación —dije.

—Una mala situación, Ralph. Wendel Atondes compra su combustible esporádicamente y se vale de amenazas, engaños, el robo y otros medios ilícitos para rebajar artificialmente el precio, que luego hace subir por las nubes. Dispone de su policía particular. Esta policía está compuesta de... brutales rufianes que saben cómo deben mantener a raya a los colonos, a los que amenazan para que vendan cuando el mercado de combustible está a la baja y se gasten basta el último chavo que poseen, cuando está en alza, comprando combustible.

A Endicott no le preocupa lo que sucede a los colonos. Está dispuesta a lograr que Wendel Atondes acepte sus condiciones y tiene métodos propios para mantener a los colonos furiosos y bravucones. La situación general ha tomado un giro político. Hay colonos pro Wendel que actúan estrechamente junto a la policía de Wendel y otros que ofrecerían gustosos la vida en defensa de la noble y altruista Endicott. ¿Todo el mundo tiene derecho a comprar combustible para especular con él, no?

—Comprendo —dije—. Mi misión será la de meterme de lleno en medio de todo eso y tratar de restablecer el orden entre ese caos.

De momento, Trilling permaneció callado. Me miraba simplemente, pero su mirada no carecía de un aire de simpatía.

—Hay algo que quiero que oigas, Ralph —me dijo cuando el largo silencio entre los dos duraba ya casi un minuto—. Disponemos de un nuevo magnetofón que ha de reemplazar al que empleamos para transmitir a intervalos, día y noche, durante cinco años. No quiero incluso preguntarte cuántas veces lo has escuchado, porque viajas con mucha frecuencia y debes recordar palabra por palabra. Pero éste es mejor, según creo. Al menos, a mí me gusta más. A partir de mañana, lo oirán cien millones de personas. Estará en todas las pantallas de televisión.

Se inclinó sobre su mesa y extrajo un diminuto magnetofón del cajón superior. Lo depositó sobre la mesa y lo conectó.

—Sólo quiero que escuches unas palabras, Ralph. Ya está...

La voz que salía de la cinta tenía una perfecta dicción, una de las mejores que había oído. El hombre debía ser probablemente un poeta. Pero las palabras en sí mismas me interesaban más...

... que el futuro del hombre es tan esperanzador que todas las rencillas, los viejos odios y los sinsabores nos parecerán pronto

extraños y fuera de Jugar. Está naciendo un nuevo mundo. ¿Quién puede negarlo? La colonización de Marte ha colmado los más profundos anhelos de la naturaleza humana y le ha proporcionado una expansión para su crecimiento que para él es tan natural como el respirar.

"El deseo de saber más, de explorar lo desconocido, de alcanzar otros horizontes en constante expansión, puede solamente ser satisfecho aceptando valientemente lo que el avance de la ciencia moderna nos ha puesto al alcance de la mano. La colonización de Marte es un tributo al hombre por su rotunda negativa a sentirse fácilmente derrotado o a permitir que las dificultades mecánicas, no importa cuán formidables, entorpezcan el camino que se ha trazado. Un tributo a su constructivo genio, a su valor y a su abnegación. ”

Trilling desconectó el aparato, lo dejó de nuevo en el cajón y me miró fijamente.

—Esto, Ralph, es el ensueño —dijo—. Tú y yo sabemos cuál es la realidad, Pero los millones que escucharán esta cinta, no. Ellos siguen creyendo... y confiando.

Permanecí un momento callado, sin estar seguro de cómo se iba a tomar lo que pensaba decirle. Buscaba en mi mente, tratando de hallar las palabras adecuadas. Me llevó un minuto encontrarlas, pero él no demostraba impaciencia.

—No estoy seguro de si la Junta obra prudentemente al hacer esa clase de propaganda. O cualquier clase de propaganda. Al fin y al cabo, no intentamos vender Marte a nadie. Hacemos algo que debe haberse... se podría decir incluso que pretendemos, de una forma muy seria, taponar un agujero en el mayor dique jamás construido, a fin de evitar que las aguas nos arrastren a todos a la perdición total.

—Estás en un error, Ralph —dijo—. No se trata sólo de propaganda. Un sueño debe siempre preceder a la realidad. Puede que te parezca extraño, pero la realidad ni me asusta ni me desalienta. Marte es un mundo nuevo y en un nuevo mundo tienen que haber... no sólo un principio, sino muchos.

Hizo una breve pausa, añadiendo:

—Por esto te enviamos a Marte, Ralph. Tendrá que haber otro principio. Exteriormente no se verá mucho, pues sea el que fuere el éxito de tu misión, la Colonia continuará siendo básicamente lo que

es ahora… un experimento para sobrevivir. Continuará la dureza propia de la vida en un nuevo mundo, y la turbulencia y las contrariedades difíciles de resistir.

Pero tú puedes ayudar a los colonos a volver atrás y a sentir como sentían cuando el primer cohete de pasajeros se posó en la roja tierra del desierto a cuarenta millones de millas de a Tierra y la Era del espacio emprendió el camino de una nueva dimensión.

CAPÍTULO IV

Sólo había una ventana en la oficina de Trilling. Pero era suficiente para que yo pudiera contemplar el espacio todavía con titilantes estrellas y el resplandor de la lámpara que pendía del tedio de metálica, superficie parecía como si se extendiera y disolviera en un inmenso espacio atiborrado de rutilantes luceros.

El reflejo de la lámpara en el techo parecía como si el sol estuviese brillando intensamente en lo alto y más allá había galaxias y supergalaxias que colgaban como centelleantes perlas a lo largo de la gran bóveda celestial del universo infinito.

Naturalmente, no era más que una ilusión. Lo mismo se podría ver en el reflejo del fondo de un vaso de vino, si uno concentrase bien la vista. Pero, por unos instantes, parecía que aquella sensación producía a nuestro alrededor una impresión de grandeza y vastedad. Me di cuenta de nuevo del gran silencio, un silencio largo, pesado y agobiante que se había establecido entre nosotros, como si hubiéramos dicho ya mucho, o posiblemente… muy poco.

Luego Trilling se inclinó sobre su mesa y sacó algo de un cajón. No pude ver lo que era hasta que lo tuvo en la palma de su mano, acercándomelo, porque era mucho más pequeño que el magnetofón.

Una cajita de metal, casi plana, no ofrece muchas posibilidades de hacer conjeturas sobre su contenido, y yo estaba seguro de que el objeto que contenía era un diminuto instrumento de precisión, un reloj o una medalla, antes de que dijera:

—¡Esto hará que Joan cambie de parecer, Ralph!—y la abrió.

La insignia relucía a la luz de la lámpara y era un halcón de plata con las alas extendidas. El blanco metal de la caja lo hacía sobresalir, cual si estuviese volando a través de aborregadas nubes muy altas en el cielo, simbolizando con su vuelo mucho más que la

simple elevación de un hombre al más alto puesto de mando que la Junta de Colonización Marciana tenía el derecho de conceder.

No se me escapó el significado de este pájaro de plata finamente trabajado. Seguía siendo un importante lazo de unión entre las esperanzas de la Tierra y lo que actualmente ocurría en Marte tras la confusión de un centenar de historias de triunfos y de fracasos, de heroico progreso y trágicas retiradas, de valor inaudito y sufrimientos sin fin.

Sólo un hombre podía llevarla al mismo tiempo o sólo cuatro la habían merecido desde el establecimiento de la colonia. Ahora estaban los cuatro muertos y sus tumbas de resplandeciente blanco descollaban entre la roja arena a pocas millas al norte de la colonia.

—¿Y bien, Ralph? —dijo Trilling.

Yo trataba a duras penas de mantener mi compostura, de decir lo más correcto para el caso, pero hay emociones profundas, muy profundas, que le impiden a uno expresar lo que se siente y de seguro que lo que se diga parecerá un poco ridículo. Sólo estaba seguro de una cosa: Ningún hombre podría llevar esta insignia sin sentir sobre sus hombros una responsabilidad tan tremenda que cualquier orgullo que su posesión despertara en él tendría que ser moderado por la humildad… si es que deseaba llevarla; durante mucho tiempo.

Trilling pareció percatarse de lo que ocurría en mi mente, porque se apresuró a ayudarme. Sonrió simplemente, cerró la cajita de una forma casi despreocupada y me la entregó.

—Ahora tienes un prestigio casi inmenso, Ralph dijo—. Pero en estos momentos la Junta se sentiría gravemente preocupada si llevases esta insignia públicamente, aunque no hay nada que te impida llevarla en la intimidad de tu hogar. Más tarde la Junta puede decidir que puedes conseguir más dándote a conocer abiertamente y hacer saber a los colonos que hay un león en las calles que tiene la intención de hacer algo más que rugir. Un león seguro, una especie de león protector… sólo peligroso para los hombres ambiciosos y con ideas destructoras.

Iba a contestar, pero él me hizo un gesto ordenándome silencio.

—Espera, Ralph… déjame acabar. No llevarás esa insignia en público, pero confío en que sabrás hacer buen uso de ella para vencer el primer obstáculo verdaderamente grande que se interpone

en tu camino.

Asintió y prosiguió:

—En cierto modo será una especie de chantaje... moralmente reprobable. Te aprovecharás de algo contra lo que una mujer no puede resistirse. Pero no tienes otra solución. Tienes que ir a Marte y si fueras solo serías tan inútil como un canguro solitario, empaquetado y preparado para enviarlo directamente al disecador.

Pareció darse cuenta de que no sería algo tan drástico, pues sonrió torcidamente.

—Bueno, bueno. Podrías ir a encontrar otra mujer y yo probablemente podría hablar a la Junta para que no se opusiera a tu decisión. Pero da la casualidad que conozco la clase de hombre que eres y lo que sientes por Joan. Pudiera equivocarme, pero estoy completamente seguro de que ella es la única mujer en este mundo para ti.

Nada podía yo contestar a esto. Tenía la insignia en mi bolsillo interior de la chaqueta y sabia que había pocos obstáculos en la Tierra o Marte que no pudiera aplastar si recordaba lo que significaba para mí Joan a mi lado.

Me hundí de nuevo en la oscuridad de la fría noche, dejando atrás el gigantesco edificio con un sólo piso alumbrado y las enormes naves espaciales que se elevaban majestuosas como fantasmagóricos centinelas descansando en sus plataformas de lanzamiento, y las parpadeantes luces y los veloces coches y los peatones de lento deambular y algo en mi interior me dijo que había sufrido un brusco cambio cuyas consecuencias, sin embargo, podría vencer sin buscar un salvavidas que no existía en el proceloso mar de mi futuro.

Era una bonita forma de pensar. Un hombre tenía que hundirse o nadar para salvarse aunque no le arrojasen un salvavidas... si esperaba vivir lo suficiente para cambiar las cosas en Marte de un modo substancial. Tenía que mantener la cabeza erguida y serena y luchar contra la furiosa corriente con sus más fuertes brazadas o verse arrastrado por la misma hasta pegar contra las rocas que bordeaban la orilla.

El cambio debió dibujarse un poco en la superficie, en el modo con que apretaba las mandíbulas o en mi forma de caminar, pues al menos tres de los peatones se volvieron a mirarme mientras me

dirigía en derechura al ferrocarril subterráneo de Nuevo Chicago.

Me encontraba cerca de la entrada norte de la enorme plaza bordeada de árboles, enfrente mismo del edificio de la Administración, cuando cruzó mi mente un recuerdo, el recuerdo del atentado que había estado a punto de costarme la vida y que ni siquiera puse en conocimiento de Trilling.

Fue un error no decírselo, porque interesaba a la Junta tanto como a mí mismo. Alguien que sabía lo de la insignia… o que se había hecho conjeturas sobre la misión que me habían confiado en Marte… intentó acabar conmigo. El atentado contra mi vida cobraba una dimensión mucho mayor, más crucial, cuando se contemplaba desde este punto de vista.

Había trescientos millones de almas en los Estados Unidos, y de haber sido yo solamente un ciudadano más, sin otra cosa que exponer que mi seguridad, me hubiese podido perder en el inmenso océano humano durante una semana o un mes para tener un breve respiro. Hay muchas formas para protegerse contra un intento de asesinato si se dispone de tiempo para tomar precauciones adecuadas. Cuando anda suelto un posible asesino que tiene la intención de prepararle a uno para el ataúd, se debe andar con tiento y estudiar cuidadosamente el problema, con el mínimo riesgo.

Esto requiere inteligencia y perspicacia psicológica, pero se puede hacer. Se debe siempre recordar que un asesino no es nunca una persona completamente normal. Aun cuando sus instintos sean movidos por una pasión político-social, siempre está uno por delante de él en el instante en que se averigüe exactamente cómo funciona su mente.

Ciertamente me hubiera podido proteger con una de esas precauciones adecuadas cuando cruzaba la plaza, de no haber mediado mi orgullo cuando se presentó la ocasión. ¿Por qué no le pedí a Trilling que me asignara una guardia armada para protegerme?

Dos hombres en constante alerta que me siguieran los pasos por las calles y abajo, en el “metro” y luego permanecieran en guardia durante toda la noche en la puerta de mi apartamento… y se mantuviesen a cincuenta pasos de mí hasta que llegara el momento en que el gigantesco cohete con destino a Marte despegara con un

tremendo rugido... hubiera sido suficiente para que la Junta tuviera confianza en lo que tenían derecho a estar seguros.

Intenté volver atrás, pero cambié súbitamente de parecer. Había vencido un peligro igualmente grande cuando caminé desde las orillas del lago hasta el espaciopuerto después del ataque, ¿no es cierto? Y me encontraría en el “metro” dentro de dos o tres minutos, con mucha gente a mi alrededor, y...

Bueno. Era un razonamiento insensato, y nada, nada más... un intento de hallar una excusa para no volver sobre mis pasos. Pero cuando hago algo por razones complicadas, cuando me decido a avanzar a pesar de mis más juiciosos pareceres, soy siempre muy impulsivo y capaz de llevar la pelota hasta la mismísima meta a pesar de cuantos obstáculos se interpongan en mi camino.

Esto tendría que tenerlo muy en cuenta cuando estuviese en Marte, este condenado orgullo y carácter impulsivo, la confianza en mí mismo excesiva cuando empezaba una cosa que de antemano sabía no era aconsejable hacer pero tenía que hacer llevado por mi insensato afán.

Cada sombra movible bajo la doble hilera de árboles que bordeaban mi camino podría ocultar una figura agazapada preparando y ajustando otro pequeño asesino mecánico para arrojarlo contra mí en el más mortífero ángulo de vuelo. Pero yo tenía otra razón para no querer volver atrás. Trilling podría aceptar la idea de la guardia armada siguiéndome los pasos constantemente, aunque yo lo dudaba bastante. Me lo imaginaba diciéndome: “Ralph, incluso se puede hacer volar un tanque. Tú te quedas aquí bajo llave toda la noche... sin moverte de este edificio.”

Me lo imaginaba diciéndole algo parecido a Joan, a la que yo contemplaría muy claramente en la pantalla de televisión de la oficina de Ralph: “ Esta noche no va a ir a casa, Joan. Mañana temprano enviaremos un tanque a recogerte. Espera, no te impacientes... ¡habla con él!”

Y casi podía oírla decir: “No se moleste en enviarme un tanque. No voy con él. No me juzgue cruel, trate de comprenderme... Es que me es imposible... ”

Me adentré en un largo bulevar, caminando todavía apresuradamente, y de pronto experimenté la sensación de que había hecho bien en no volver atrás, de que mi decisión estaba

justificada... A mis ojos se ofrecía la entrada radiante de luz del ferrocarril subterráneo, destacando de entre la oscuridad a un centenar de pies enfrente de mí y había gente a mi alrededor caminando en ambas direcciones. Ni me sentía preocupado siquiera por esa sensación que a veces se apodera de uno... de que algo súbito e inesperado puede ocurrir en medio de mucha gente, de que sólo la presencia de tantas personas le expone a uno a cualquier peligrosa reacción oculta en lo recóndito de la mente de cualquiera de ellas.

Por un instante, cuando me acercaba al kiosco caminando por la estrecha acera, noté como un sentimiento de temor que invadía todo mi ser. Pero me calmé inmediatamente en el momento en que miré en mi derredor y vi que la única persona que caminaba a treinta pasos de mí era una joven con una cartera bajo el brazo y que parecía tener mucha prisa. Cuando ella vio cuán intensa era mi mirada, frunció un poco el ceño y un destello de enojo apareció en sus ojos.

Oh, Dios mío, me dije, líbrate de esta molesta incertidumbre y deja ya de portarte como un estúpido. Si él intentara repetirlo esta noche, ya lo hubieras sabido a estas horas. Ha dejado perder una docena de buenas oportunidades, por lo que debes creer que se ha vuelto muy precavido, si es que no se siente deprimido al haberte visto luchar tan denodadamente contra la muerte, negándote a morir. Un crimen nunca es cosa fácil, incluso para un profesional. En cierto modo debe ser como si a uno le abrieran la carne y contemplara la sangre saliéndole a borbotones de su propio cuerpo, porque toda violencia inflige un traumatismo doble... lo bastante grave a veces para hacer que incluso un asesino enloquecido arroje al suelo el arma agresora antes de continuar una matanza loca.

Tenía razones que abonaban mi creencia de que no repetiría el ataque, razones muy convincentes... tales como lo que le ocurriría casi instantáneamente al asesino en cuanto intentara otro ataque contra mí estando tan cerca de los tres sistemas de seguridad y alerta del espaciopuerto, los tres de extrema sensibilidad y sincronizados.

Pero no me detuve a considerarlas, porque hasta el momento todo había ido para mí muy bien, y el temor que me había asaltado repentinamente fue tan efímero como una ráfaga de viento otoñal

cuando se dobla la esquina de un gran edificio, a toda velocidad. Dejé que la chica me adelantara, tomándomelo con calma, y al cabo de otros cinco segundos me introducía en la enorme y brillante caverna, orgullo de la ciudad de Nuevo Chicago.

Como cualquier escolar sabe, el ferrocarril subterráneo de Nuevo Chicago tiene seis años de existencia y es el sistema de transporte subterráneo más suave y rápido del mundo entero. Los gastos de su construcción se elevaron a siete mil millones de dólares y dispone de tantas líneas y ramificaciones interurbanas que forman una tupida red bajo el suelo de la ciudad.

Se entrelaza y bifurca en media docena de direcciones y describe luego un círculo. En cierto modo, es como la serpiente que se ve en los bajos relieves que datan de tres mil años atrás, de las tumbas babilónicas y de la predinastía egipcia, por ejemplo, o de los postes totémicos del Noroeste... una serpiente que se muerde continuamente su propia cola. Es la expresión artística más antigua del mundo y se supone que simboliza la Vida Eterna...

Pero al menos para algunos, el metropolitano de Nuevo Chicago simboliza algo bastante más triste. Si uno no tiene cuidado de tomar el tren que debe, se puede ver perdido en la inmensa y serpenteante caverna y sentirse tan desconsolado y perplejo como un fantasma errante o un animal perdido en el tráfago de una inmensa ciudad. Puede verse desplazado a cincuenta millas de donde quería estar y mirando a través de las ventanillas de un tren que corre a la mitad de la velocidad del sonido y ver ante sus ojos un paisaje campestre o las dulces aguas del lago Michigan sólo cinco minutos después de haber montado en un confortable coche, ensimismado en la contemplación de las noticias del día a través de un microfilm.

Se da uno cuenta de pronto de que la estación en que debía de apearse ha quedado atrás. Tiene entonces que salir en la siguiente, tal vez a veinte o treinta millas más lejos, volver atrás y tomar otro tren. Raras veces sucede esto, ya que todos los usuarios han sido rigurosamente adiestrados en la dura disciplina de mantenerse muy alertas cuando hacen uso del ferrocarril subterráneo interurbano.

Tiene uno que estar con los ojos muy despiertos hasta que ha montado en un tren con la combinación de números, correcta, en su placa de destino. No es difícil de conseguir, excepto que lleve uno encima un diminuto halcón de plata dentro de una cajita plana y su

destino pueda ser cambiado sin previo aviso y con increíble audacia por alguien capaz de una acción canallesca, a quien mucho le agradaría que no llegase nunca a subir en un coche el poseedor de tal insignia.

Casi lo podría describir deslizándose entre la gen te del andén... una cara invisible todavía, pero muy posiblemente con ojos de mortífero mirar y una decidida intención en lo recóndito de su mente, la intención de acabar con mi vida. Un ser humano desconocido resuelto a matarme, negándose a aceptar el fracaso de un pequeño instrumento mecánico al que confió mi ejecución.

Si tuviera la seguridad de que me perseguían, si pudiera tener la oportunidad de echarle una ojeada, por breve que fuera, viéndole bien la cara, hubiese sentido en mi interior una especie de alivio, pues me mantendría en constante guardia, seguro de mí mismo. Incluso sabiendo que yo no llevaba encima una pistola, como no la llevaba, me sentiría más seguro, con más confianza.

Es lo que se desconoce y lo que uno no puede prever lo que es enervante, desconsolador; esa sensación perniciosa que le ataca a uno y le dice que hay unos ojos invisibles que pueden estar acechándole desde lejos, el cerebro que está detrás de líos pensando que sería un grave error demostrar en la mirada preocupación o nerviosismo que podría tener como consecuencia el posible fracaso de lo que se tenía que hacer a toda costa.

No querría permitirme que yo llevase la insignia nunca... ni en la Tierra ni en Marte... y mientras pensaba esto estuve a punto de olvidarme del tren que se acercaba hacia mí, a espantosa velocidad.

El tren estaba tan atestado de público que tuve que estarme de pie, pero no me lamentaba por esto. De estar sentado, con gente de pie en el pasillo, me hubiese visto más asediado. Estando de pie, podía moverme de un lado a otro y vigilar estrechamente a los pasajeros que se mantenían cogidos a las barreras horizontales que había a ambos lados.

CAPÍTULO V

Había veinticinco o treinta pasajeros en la sección central del tren, todos de pie y muy juntos unos a otros, la mayoría de ellos con el rostro serio, preocupado. Yo sabía exactamente lo que pensaban. El no poder sentarse después de abandonar el trabajo era una cosa que les irritaba. Pero en este momento no había en mi mente lugar para esa clase de enfado. De nuevo se estaba apoderando de mi ser una sensación de inseguridad, de temor, un lento estremecimiento que iba en aumento, cual si hubiese un péndulo oscilando de un lado a otro cerca de mí, como un siniestro tictac cuyo ruido quisiera significar una rítmica advertencia, un aviso de muerte acompasado… y yo me veía incapaz de apartar aquel ruido de mi menté…

Claro, no eran más que mis destrozados nervios. ¿Qué otra cosa podía ser? Me volví y estudié al hombre que estaba más próximo a mí. Era un individuo de mediana edad, bastante bien vestido, cuyo rostro, bien parecido por cierto, estaba dotado de fuertes mandíbulas y cuyas sienes mostraban el grisáceo paso de los años.

Tenía el ceño ligeramente fruncido y su expresión no varió cuando rompí la regla de silencio que era costumbre observar en el metropolitano subterráneo.

—No hay derecho que a esta hora no se encuentre un asiento desocupado —dije.

Esa clase de individuos parlanchines que mejor podían ser definidos como impertinentes que acostumbran decir tonterías a los demás pasajeros una docena de veces al día, nunca me habían gustado, no tenían para mí, excusa. Pero cuando uno tiene los nervios en tensión, a veces se ve obligado a romper todas las costumbres que uno mismo se ha impuesto cuando las cosas no

tienen importancia, cuando los problemas son insignificantes.

Mi excusa era que simplemente deseaba probar la firmeza y seguridad de mi voz, para asegurarme de que, en el fondo, no era tan aprensivo como creía estar empezando a ser.

—Sí, tiene razón —dijo el hombre de las sienes grises—. A mí también me fastidia esto un poco. Pero creo que a veces no tiene remedio. El controlar el horario de los trenes en una línea subterránea como ésta debe producir un terrible dolor de cabeza.

—Con dolor de cabeza o no —dije— no tiene excusa.

Sonrió de pronto, mostrando sus dientes largos y blancos y advertí de inmediato que en el brillo de sus ojos había algo de ave rapaz, algo siniestro. Eran unos ojuelos muy brillantes y negros bajo unos párpados de cortas pestañas, y de repente me hizo pensar en una urraca posada en, una rama que aleteaba y emprendía el vuelo y luego volvía a posarse en la rama, incapaz de refrenar su impulso de charlar.

—Esto me trae a la memoria —dijo— la antigua desavenencia entre el peatón y el conductor de un coche. Ninguno de ellos está de acuerdo con el punto de vista del otro. En este “metro” viajan diariamente quince millones de personas y para ellas la mejor definición que dan de: mismo es que su servicio es deficiente. Y esto es porque se sienten víctimas que no se pueden defender. Pero debe usted tener presente que el sistema de seguridad representa un problema. Lo primero que tiene en cuenta el Sistema de Transporte de Nuevo Chicago es la evitación de accidentes, y, considerando su colosal empresa, se está portando realmente bien en este aspecto.

—Pero ha habido víctimas —dije, y mejor hubiese sido de haberme mordido la lengua. ¿Por qué hacerle sospechar que yo estaba pensando en algo que no tenía nada que ver con la conversación en modo alguno? ¿Por qué hacerle la menor insinuación? La estadística de accidentes del “metro” era muy reducida y mi cinismo no tenía justificación alguna. Y suponiendo que no fuese el hombre de negocios locuaz que parecía ser…

Así es como suele empezar un juego muy siniestro, de este mismo modo, con todo a favor de la parte en estado de continua alerta hasta que deja que la otra se dé cuenta de que está alerta y que sus pensamientos están inquietos. Ahí es donde existe el peligro, en una inconsciente traición, en un desliz al hablar que

tiende a precipitar la violencia con una rapidez que ordinariamente no tendría.

Si un asesino cree que tiene que actuar rápidamente, antes de que la sospecha pueda convertirse en algo cierto, la ventaja se inclina a su favor. Tiene la ventaja de la sorpresa. El también se pone en estado de alerta y la necesidad actúa como un aguijón… una especie de mecanismo disparador. Actuará con mayor rapidez y decisión, despreciando el cuidadoso planteamiento que le puede impulsar a hablar demasiado y a hacer una revelación indiscreta.

Se arriesgará a hacer cosas peligrosas que incluso puedan destruirle, aunque sea clavar el cuchillo en presencia de una multitud con todas las vías de escape cerradas. Si es preciso, asesinará hasta en un coche de ferrocarril subterráneo atestado de gente con la próxima estación a unos minutos de distancia. Y a veces esta clase de audacia sale bien…

Me dije que me estaba imaginando tonterías dándoles una concusión a todas luces injustificable. La conversación del hombre que estaba junto a mí era exactamente lo que uno esperaría de una urraca. Evitaba cuidadosamente aceptar los indiscutibles defectos del ferrocarril subterráneo, intentando de todas maneras considerar el problema desde todos los ángulos, aunque ello llevara consigo un excesivo e inútil optimismo. Era el clásico ciudadano con la sonrisa en el rostro, el tipo más bien simpático… ¿y por qué tenerle manía? ¿Por qué sentir recelos de un hombre que hacía cuanto le era posible para mostrarse atento y servicial?

Al pensar de este modo me sentí más tranquilo y noté que la tensión a que estaba sometido disminuía paulatinamente, que la pesadilla que se había adueñado de mí desaparecía poco a poco y que un sentimiento de tranquilidad reemplazaba mi anterior estado de ánimo, al menos en parte. Pero cuando el tren se introdujo en un túnel oscuro y el pasillo quedó a oscuras la expresión volvió de nuevo a hacer mella en mi espíritu…

¿Y si hubiese estado representando una comedia y no fuera el hombre que parecía ser? ¿Cómo es un asesino? Ciertamente, la edad no tiene nada que ver con esto. Puede ser joven, o viejo… de dieciocho o de setenta y cinco años.

¿Su aspecto, sus vestidos? Había asesinos que llevaban el crimen impreso en sus facciones, en toda su persona y hombres de

apariencia digna, bien vestidos, que no parecían ser diferentes de cualquier buen vecino y sin embargo tenían un nefasto historial, incluyendo probablemente algún que otro crimen que a la Ley le costaría mucho descubrir.

No tenía necesidad de especular sobre esto. Lo sabía, porque había realizado mucha labor, más de la cuenta, en investigaciones sociales. Nada existía que impidiese a un hombre de distinguido porte convertirse en asesino si su oculta vida privada fuese descarriada y perversa y tuviese un motivo suficientemente fuerte.

Pero ahora hablaba de nuevo, a pesar de la oscuridad y yo le escuchaba con los nervios a punto de estallar. Me preguntaba con temor qué era lo que emanaba de su persona que hacía que en mis oídos sonara el timbre de alarma, pues estaba seguro de que lo oía, de una forma más débil ahora, más lejana, pero con bastante claridad. Era sorprendente. A veces significaba algo y otras veces, no. Sentía en ocasiones que el peligro se hallaba junto a mí y al final me daba cuenta de que estaba completamente equivocado.

Deseaba ardientemente que esta vez sufriera un error, pero sabía que existía una posibilidad... remota tal vez, pero peligrosa de despreciar... peligrosa de desentenderse de ella... la posibilidad de que el hombre que había preparado el pequeño asesino mecánico junto al lago me hubiese seguido desde el edificio de la Administración hasta aquí y estuviese de pie a mi lado.

—Pongamos por ejemplo una de esas gigantescas empresas de la energía, de la fuerza motriz —estaba diciendo—. Digamos la Wendel Atomics, una empresa que tiene sus incondicionales y detractores y me atrevo a decir que hay bastantes personas a quienes les complacería ver a todo el Consejo de Administración de la misma metido en la cárcel. No crea por esto que intento defender el monopolio de la Wendel. De ser yo un colono de Marte tal vez pensara de un modo muy diferente. Pero hay que tener presente que cuando a una empresa de esta categoría se la autoriza a emprender un proyecto de tal envergadura se exige automáticamente a cincuenta o a un centenar de directivos de la misma que hagan lo imposible... o casi lo imposible.

—¿ Lo imposible?—pregunté, tratando de demostrar poco interés, pues no me convenía sospechara el estremecimiento que me sacudió al oírle mencionar el nombre de la Wendel Atomics.

—Pues claro —prosiguió—. Esa es la realidad. Todos esos hombres son tan humanos como usted o como yo. Reaccionan según sus propios caracteres ante cada problema que se les presenta en su camino, y luchan contra toda frustración y toda interferencia que se les opone en su vida privada. Debe usted recordar que la vida privada de un hombre es la cosa más importante del mundo… para él personalmente. Cada uno de esos hombres tiene problemas de salud, de dinero, de amor, de cualquier problema que se pueda usted imaginar. Y en Marte los problemas crecen, aumentan prodigiosamente, amor, de cualquier problema que se pueda usted imaginar. Y en Marte los problemas crecen, aumentan prodigiosamente.

—Eso he oído decir —dije.

—Bueno, esto es todo. Esto lo resume todo. He mencionado la Wendel Atomics simplemente como un ejemplo de lo que le ocurre al Sistema de Transporte de Nuevo Chicago. Diría, de un modo general, que la mayoría de los directivos hacen cuanto está en su mano para que el servicio de trenes sea lo mejor posible.

Cesó de hablar de pronto, abruptamente. De momento no me extrañó nada, pues a veces un hombre locuaz acostumbra hacer una pausa en medio de la conversación para ver qué efecto está consiguiendo en la persona que le escucha. Pero cuando transcurrió un minuto y la oscuridad continuaba y no decía nada más, cuando ni podía oír su respiración, me empecé a sentir inquieto.

¿Debía alargar una mano y tocarlo? Bueno, ¿y por qué no? Era el modo más sencillo y rápido de saber si continuaba a mi lado y él apenas se ofendería si mi mano tocase su brazo de una forma que parecería puramente accidental.

Era muy extraño. Ya no creía pudiera ser el hombre que antes había temido, por lo que había dicho, porque había mencionado el nombre de la

Wendel Atomics durante su conversación. Si en su mente se ocultase la idea de asesinarme, hubiera sido por parte de él una locura el delatarse pronunciando este nombre. Hubiese sido como poner sus cartas boca arriba, dándome un detallado informe de su historial y sus actividades durante los cinco últimos años.

No me sentía orgulloso por este razonamiento. Incluso un niño podría habérselo hecho. Pero lo que me atormentaba y me impedía

sentirme aliviado era algo muy diferente. El "timbre” de alarma seguía sonando. Seguía sonando insistentemente

Lo oía más fuerte ahora, con una persistencia aterradora, como si la muerte se cerniera sobre mi cabeza... Y ni un niño o un hombre hecho y derecho podría ahora explicar claramente el motivo.

Por eso sentí la necesidad de tocarlo, de hacerle hablar otra vez... de estar seguro de que continuaba a mi lado.

En efecto, se hallaba allí, junto a mí. Pero ¡o sentía a mi lado de la forma más espantosa, como un peso muerto que tirara de mí hacia abajo, retorciéndose después y gritando mientras yo intentaba sostenerlo con los dedos agarrotados sujetándole por la ropa, tratando de detener el terrible peso de su cuerpo que se desplomaba.

Se hundía, poco a poco, agarrándose ahora a mis rodillas, encogiéndose mientras yo intentaba levantarlo con todas mis fuerzas, sin conseguirlo. Era un cuerpo muy pesado para sostenerlo y oía ahora su respiración jadeante y no me cabía duda de lo que hacía, que se retorciera mientras se hundía más y más... por lo mortífero del silencioso golpe que había recibido en la oscuridad...

De su aterrorizada garganta salió otro lamento de muerte. Era el agonizante lamento que sólo puede exhalar un hombre que apenas se da cuenta de lo que le ocurre... un hombre en el colmo del terror retorciéndose a causa de un tormento incapaz de explicar.

Pero tenía que haber una explicación, aunque de momento no sabía yo cuál era y cuando cesó el lamento y dejé de sentir el peso del cuerpo en las manos lo único que oía era el incesante ruido del traqueteo del tren. Luego, de pronto, se produjo cerca de mí otro violento movimiento y un fuerte suspiro.

Mi mano avanzó rápidamente y rozó algo liso que se apartó en seguida de mí y luego se cerró sobre una muñeca demasiado delgada para ser de hombre.

Era también más suave, de aterciopelada suavidad y se retorció salvajemente con el puño cerrado sobre el mango del cuchillo que hubiese requerido toda la fuerza de una mujer para clavarse en mi corazón.

Pero ella, fuera quien fuese, pudo haberlo hecho, pues se notaba que tenía mucho nervio... tanto nervio que tuve que retorcerle la muñeca cruelmente antes de que abrieran sus dedos y el cuchillo

cayera al suelo del tren.

La mujer exhaló un quejido de dolor... o tal vez de rabia y se revolvió como una pantera en un desesperado esfuerzo para librarse de mí. Y esta vez la suerte la acompañó. Bueno, no precisamente la suerte; llamémosle estupidez por mi parte. Me quedé aturdido un instante al darme cuenta de lo que aquella cuchillada mal dirigida había hecho al hombre con quien estuve hablando, y este pensamiento tan estremecedor y enervante hizo que mis dedos se aflojasen un poco cuando el cuchillo cayó al suelo, momento que ella aprovechó para librarse de mí.

Ahora estaba rodeado de pasajeros, empujándose unos a otros, alarmados, y comprendí que sería fácil para ella colarse entre ellos, haciendo uso todavía de su nervio y conseguir ponerse en un lugar adecuado para convertirse en una de las muchas aterrorizadas personas que contemplarían la escena cuando el tren emergiera de nuevo a la luz. Todas aparecerían descompuestas, presas del pánico y no me quedaría la menor posibilidad de descubrirla.

¿Cómo podría identificarla con cierta seguridad, aunque fuese la única que tuviera en sus ojos una mirada de culpabilidad? No tenía la menor idea de cómo era. Sólo sabía que no era vieja, que a pesar de su resistencia. La feminidad que emanaba de ella... ¡cuán fácilmente se nota, qué poder instintivo tiene en sí!, me hizo sentirme por un instante una especie de bruto, aunque supiera que se trataba de mi vida o la suya y que sería una locura perdonársela.

Sabía que había hombres, que no eran precisamente brutos, que la hubiesen derribado de un golpe en la cabeza dejándola inconsciente. El perdonar a un determinado asesino es potencialmente suicida pero yo dudaba de que hubiera sido capaz de hacer lo que otros hubiesen hecho sin dudar.

Seguía dubitativo unos instantes después, cuando el tren salió del oscuro túnel y el brillante resplandor de las luces inundó el pasillo, ofreciendo plenamente a la vista el hombre que aquella mujer había apuñalado por equivocación.

Estaba ahora seguro de que lo había apuñalado accidentalmente cuando trataba de alcanzarme con el cuchillo, pero esto no le iba a servir a la víctima de nada. Se hallaba tendido de espaldas al suelo, en medio del pasillo, y sus ojos, fríos y vidriosos, me miraban fijamente.

No se veía sangre en su cuerpo ni a su lado, pero esto sólo significaba que había sido apuñalado por la espalda y la sangre no había tenido tiempo todavía para empapar sus ropas y extenderse por el

Su rostro mostraba la palidez de la muerte y sus labios, formando una espantosa mueca, descubrían aquellos dientes grandes y blancos que habían llamado mi atención mientras hablaba conmigo. Era una sonrisa forzada, rígida, una mueca extraña, y no tuve necesidad de agacharme para escuchar unos latidos que sabía no podría escuchar, ya que estaba completamente seguro de que las palabras que había pronunciado serían las últimas que pronunció en este mundo.

Sólo con ver la forma en que se balanceaba su cabeza, al compás de los movimientos del tren, me lo hubiera explicado sin lugar a dudas. Y tampoco me hubiese podido agachar puesto que los demás pasajeros estaban ahora contemplándole, empujándome hacia atrás con el afán de verle mejor, llevados por una morbosa curiosidad a la par que por un terror escalofriante.

Me sentía demasiado conmovido, demasiado asustado para resentirme de los empujones. También había en mi pecho indignación, una fría indignación y en aquel momento no pensaba de ella que era una mujer.

Era más de medianoche cuando llegué a casa y me introduje en mi apartamento. Estaba más conmovido por la tragedia que se había realizado ante mí de lo que quería admitir, lo que no hubiese admitido ante nadie que no fuese precisamente Trilling, porque cualquier persona poco relacionada con uno podría pensar injustamente juzgándole por el aspecto que momentáneamente presenta, ignorando cuáles serán después sus reacciones.

Estaba seguro de que mi aspecto era muy malo, aunque a pesar del duro impacto emocional que causó en mí el asesinato todavía mantenía cierto control de mis alterados nervios.

No me quedé en el tren ni en el andén para prestar mi colaboración en el esclarecimiento de la investigación, pero no w sentía culpable por ello. Trilling podía arreglar todo esto, con las autoridades fácilmente y no le hubiese gustado que me hubieran interrogado, pues en dicho caso habría tenido necesidad de identificarme. De esto estaba seguro. Mi declararon hubiese seguido

el curso normal pasando a las autoridades correspondientes a su debido tiempo. La regla que debía cumplir... la única regla que debía tener siempre presente... era la de no meterme en líos.

Cerré la puerta y di la vuelta a la llave, y casi grité: “¡Soy yo, cariño!”, como acostumbro hacer cuando llego tarde a casa, ya que cuando Joan está sola en el apartamento y oye abrirse y cerrarse la puerta y entro sin anunciarme se pone siempre furiosa. Es en parte curiosidad femenina y en parte un poco de temor, según creo... pues debe pensar que podría ser un intruso y... ¿cómo estar segura de que no es así mientras me quito el sombrero y la chaqueta y los dejo en el colgador?

Pero esta vez algo me impidió gritar como acostumbraba. Posiblemente la pelea que habíamos tenido seguía hiriéndome en lo profundo de mi alma y no estaba seguro de cómo se tomaría lo de “cariño”.

Otra vez mi terco orgullo. O quizá la sensación que me embargaba que me hacía pensar que mi apartamento estaba más silencioso que de ordinario, ese estado de ánimo que sobrecoge a uno cuando está alerta, escuchando atentamente con un oído tan fino capaz de captar el ruido de un alfiler al caerse al suelo y no oye nada... sólo un silencio escalofriante, casi espantoso... que hace que la ansiedad se apodere del alma con tanta intensidad que impide sentir el deseo de aliviarla con un grito...

Pensé en hacer algo mejor, algo más conveniente para la sensación que me atormentaba y era colgar mi chaqueta y penetrar en el living sin pronunciar palabra.

Así que entré en el living silenciosamente y la vi sentada en el centro de la sala, el cuerpo erguido, y todo su equipaje preparado junto a la ventana y todas mis maletas junto a las de ella, muy juntas unas a otras, y los tres baúles que me iban a acompañar a Marte cerrados herméticamente con sus dos cerraduras y ella no parecía enfadada ni miraba con burla el equipaje.

Había altivez en sus brillantes ojos pardos y en la pose adorable de su mentón y calor y ternura mientras me sonreía moviendo afirmativamente la dulce cabeza.

—Oh, cariño —dijo—. Cariño, cariño... ven a mi lado. ¿Acaso creíste que iba a permitir que te fueras a Marte sin mi? Fueron sólo palabras... insensatas, locas, crueles palabras que n o sentía en mi

corazón… palabras que mi terquedad me hizo decir.

Si uno se casa con una mujer como Joan y alguna vez tiene un momento de duda… bueno, en ese caso lo mejor es que se vaya a que le vea un psiquiatra.

Pero está doblemente desquiciado si no aprovecha la oportunidad como la que ahora me ofrecía. Pues es completamente seguro que finalmente se verá bien compensado, totalmente satisfecho.

No tuve necesidad de ponerme el uniforme y colgar en mi pecho el pequeño halcón de plata

CAPÍTULO VI

No éramos los únicos pasajeros acomodados en la sección delantera de ocho compartimientos del gigantesco navío espacial que nos habían asignado. Había sido necesaria toda una semana para trabar conocimiento con los demás. Pero habíamos conseguido una verdadera amistad que nos permitía relajamos cómodamente en nuestros asientos y compartir con alegría la compañía de todos.

Nos hallábamos sentados en divanes del largo paseo de cubierta que corría paralelo a los ocho compartimientos, contemplando a través del transparente cristal un inmenso mundo de estrellas.

Acomodado en el primer diván había un hombre alto, de fornido cuerpo, de unos cuarenta años. Sus ojos eran profundamente azules y sus sienes grises. Se llamaba Clifton Maddox, de profesión ingeniero electrónico. Contaba cosas espeluznantes, capaces de alterar los nervios al más valiente, porque había realizado ocho viajes de ida y vuelta a Marte.

Junto a él, con una mano descansando ligeramente en su brazo, se encontraba una mujer de unos veinte años, de áurea cabellera y unos ojos que contenían un brillo indefinible y una enigmática ingenuidad capaz de turbar la tranquilidad de cualquier hombre. Se llamaba Helen Melton y no tenía ojos más que para el hombre que estaba a su lado. Había procurado hacer del viaje una continua luna de miel, a pesar de unas pocas desavenencias amorosas y los rigurosos deberes que le imponía su misión dé técnica del laboratorio médico.

He mencionado a estos dos porque eran dos ejemplares bastante típicos de la totalidad del grupo. Eran todas personas extraordinarias, de esa clase de gente que causan en seguida en uno una agradable sensación cuando se tropieza con ellas casualmente

en una reunión y se intercambian unas palabras que luego se recuerdan durante muchos días.

Joan y yo estábamos sentados en los últimos divanes del paseo de cubierta, un poco alejados de los otros. Joan estaba concentrada en la lectura de un libro, con pocas ganas de hablar, y yo... yo pensaba sobre los robots. Los robots eran muy interesantes, tanto que se podría hablar continuamente de ellos. Si en este momento tuviese un hijo... un muchacho inteligente y con ganas de aprender, de seis u ocho años... me lo hubiera sentado en las rodillas para hablarle de ellos.

Los quinientos pasajeros de la gigantesca nave espacial no iban solos en el largo viaje a través de los espacios siderales. Los robots empezaron a ser utilizados a últimos del siglo veinte, y a principios del veintiuno esta nueva ciencia había dado un paso gigantesco, desde la infancia hasta la completa madurez.

La ciencia de la cibernética, de gigantescos computadores que podían realizar casi toda la parte pensadora del hombre en un nivel de técnica especializada, había transformado la faz de la Tierra y seguía transformándola en un constante y acelerado proceso.

Los cuatro gigantescos computadores del cohete eran del tipo más moderno y eficiente... humanos en aspecto, con cabezas cónicas, macizos cuerpos metálicos en forma de caja, y brazos y piernas de metal con tres articulaciones, dotados de la misma flexibilidad que los miembros humanos y capaces por tanto de realizar trabajos complejos y difíciles.

Estos inmensos robots permanecían en la cabina con sus metálicas manos de seis dedos sobre sus metálicas rodillas, mientras funcionaban incesantemente los circuitos electrónicos, manteniéndoles en constante movimiento el conjunto de acumuladores eléctricos, fuente de su memoria, pero por otra parte se mostraban completamente indiferentes a cuanta actividad humana se desarrollaba a su alrededor.

Cuatro gigantes de metal en un metálico cohete funcionando en cooperación estrecha con el Hombre en el inmenso espacio entre los mundos, hubieran sido motivo suficiente para que la calenturienta imaginación de un novelista de ciencia-ficción de una época pretérita contuviese el aliento y glorificase el cumplimiento de una profecía. Un H. G. Wells, por ejemplo, o quizás un Olaf Stapledon.

Pero la realidad era un mayor tributo todavía a la brillante inventiva de la humana mentalidad de lo que podía ser el utópico sueño de una pasada época.

Los cuatro gigantescos computadores eran capaces de resolver problemas demasiado técnicos para que la mente humana los resolviese sin ayuda, y lo hacían siempre con asombrosa rapidez, con una infalibilidad sobrehumana propia de las máquinas pensadoras, cuya primera misión era correlacionar sin errores los datos que se les suministraban mediante cintas metálicas taladradas y ejecutar intrincados trabajos mecánicos basándose en los mismos datos.

Los robots eran tremendos, vistos desde cualquier punto de vista, y si yo tuviese un hijo...

Cesé de pronto de pensar en los robots y me incorporé alertado, escuchando atentamente. El ruido que hacia un momento había llegado a mis oídos, lo había escuchado otra vez, pero ahora más fuerte... un chillido, un grito estridente.

La cabina de la nave se hallaba al extremo de la sección de los ocho compartimientos y hasta mi llegada audiblemente aquel escalofriante grito. ¿Otra vez mis nervios, mi excesiva imaginación?

En el espacio los ruidos extraños son muchos y variados. Uno se acostumbra pronto a ellos, aunque al principio se siente sometido a su influencia y produce una especie de sordera psicosomática que no impide la perfecta audición física.

Eran ruidos inusitados, sonidos estridentes, crujidos, zumbidos, todo completamente inexplicable... generalmente de escasa duración.

No se oían cuando se estaba acostumbrado a ellos a menos que algo profundo en su mente le susurrara: “Este es diferente. Este clama peligro. ¡Cuidado!”

Aquel chillido era muy diferente. No se parecía a nada que yo hubiese antes oído en la Tierra o en el espacio.

Los demás debieron también oírlo, pues la segunda vez fue demasiado prolongado para no ser escuchado. Pero aparentemente esa extraña sordera psicosomática que antes he referido continuaba afectando a todos, menos a mí. Los seis hombres y mujeres que descansaban en los cómodos divanes demostraron momentáneamente cierta sorpresa y se intercambiaron miradas de

temor. Lo que significaba, naturalmente, que también ellos lo habían oído a pesar de su taponamiento auditivo-mental, en algún recóndito lugar de la mente. Pero ello no les impidió encogerse de hombros y reanudar la conversación interrumpida.

Joan también demostró cierto nerviosismo. Dejó de leer y levantó la vista, frunciendo algo el ceño, pero luego se sumió de nuevo en la lectura de su libro.

Me levanté tranquilamente y le toqué la muñeca.

—Ahora vuelvo —dije.

Joan cerró en seguida el libro y me miró con fijeza.

—¿Adónde vas, Ralph?

—No te muevas de aquí, cariño —dije—. Vuelvo en seguida.

—Ese ruido... —dijo ella—. Me estaba preguntando a qué será debido, Ralph. Creo que es mejor que vayas a ver cuál es la causa que lo produce.

De modo que ella también había sentido inquietud al oír el chillido y había realizado un esfuerzo para hacer ver que no lo oía, de lo que yo no me había dado cuenta. Esto me produjo una cierta sensación de felicidad, un sentimiento profundo en mi pecho, porque me demostraba una vez más lo que siempre había sabido... que estábamos muy juntos y existían corrientes de comprensión entre nosotros y que tenía una esposa de quien podía sentirme orgulloso.

—Probablemente no es nada —dije, tratando de no alarmarla—. Pero no estará de más que eche una ojeada. Parece que procede de la cabina.

—Bueno, cariño —dijo ella, apretándome fuertemente la mano.

Tuve que abrir y cerrar dos puertas corredizas y recorrer un pasadizo para alcanzar la cabina. Ante mi sorpresa vi que la puerta de la misma estaba abierta. Siempre permanece cerrada, ya que no hay otro lugar de la nave en donde un hombre con perversas intenciones pudiera hacer más daño.

El destrozar un ojo fotoeléctrico o una vital conexión de cualquiera de los cuatro robots cibernéticos podría causar la pérdida de la nave, enviándola a través de los espacios describiendo espirales, dependiendo su suerte final de la importancia de la pieza afectada en el funcionamiento del mecanismo del robot.

Existía un sistema de seguridad en continua alerta que tenía que

ser desconectado en primer lugar para alcanzar la cabina, y si alguien lo hiciese sin llevar encima el disco identificador demostrativo de que estaba autorizado para penetrar en ella, debía conocer con precisión cuáles eran los primeros obstáculos que se opondrían a su paso.

No perdí un segundo en llegar hasta la abierta puerta, pues mi imaginación corría velozmente delante de mí como la más alertada clase de sistema de seguridad, instándome insistentemente a que me diera prisa, recordándome que cada segundo que transcurría era decisivo y que lo que más temía podía ser cierto.

Lo que se ofreció a mis ojos cuando alcancé el umbral me dejó completamente sorprendido. No era así como me lo había imaginado. Pero era igualmente enervante, una amenaza igualmente grave para la seguridad de la nave y me quedé clavado en la entrada, atemorizado, en una pose que debió parecer bastante cómica por cierto. Pero lo que veía no tenía nada de gracioso.

Tenía frente a mí la mujer a quien estuve a punto de pedir que me acompañase a Marte, la cabellera todavía recogida hacia arriba y una mirada de terror en los ojos. No estaba sola. Luchaba furiosamente contra un tripulante a quien yo había visto en tres o cuatro ocasiones sin que llamara mi atención… un hombre vulgar de fuertes hombros y pálidos ojos azules. La sujetaba salvajemente por la muñeca, y ambos tenían detrás la gigantesca figura de uno de los robots.

De pronto, mientras la miraba asombrado, echó la cabeza atrás y un convulsivo estremecimiento se apoderó de su cuerpo. Empezó a gritar.

CAPÍTULO VII

Era un momento terriblemente peligroso... para ella y para mí. Para ella, porque por lo que yo conocía no tenía derecho a estar en la cabina, ni tampoco en la nave y porque en los ojos del tripulante había una mirada que me afectó profundamente, una mirada de infinita crueldad, que sobrepasaba la indignación que lógicamente tenía derecho a sentir un tripulante celoso de su deber, obsesionado por el ultraje infringido por la joven al violar el espacio de la cabina. Era ésta una clase de indignación completamente diferente. Era una crueldad salvaje, unos deseos de matar reflejados en los ojos desorbitados de un hombre arrastrado al desenfreno de la locura, algo imposible de confundir.

También era para mí un momento espantoso, porque no estaba seguro de poder llegar hasta él antes de que le rompiera la muñeca o le hiciese algo peor. En cierta ocasión vi a una mujer golpeada por un individuo brutal y su recuerdo permanecía indeleble en mi mente. Un hombre fuerte, en un arrebato de locura, era capaz de matar con las manos en cuestión de segundos. Esto también lo había presenciado de cerca, y la víctima no fue una mujer, sino un hombre tan fuerte como el asesino.

Crucé la cabina a grandes zancadas, lo cogí por los hombros y le di la vuelta, golpeándolo ciegamente con impetuosa fogosidad. Pegaba sin mirar dónde daba, propinando mis golpes con la mayor fuerza posible, procurando alcanzarle de lleno el cuerpo y la cara. Mi objetivo era hacerle soltar la presa que había hecho en la muñeca de la joven, y, de ser posible, dejarlo inconsciente de un buen directo en el mentón.

De momento estaba seguro de una cosa. Mi puño le había alcanzado de lleno la cara en dos ocasiones por lo menos,

haciéndole brotar la sangre. Tenía el mentón ensangrentado cuando reculaba aturdido y tuve la casi seguridad de que le había roto la nariz. Pero esto no me satisfizo, porque lo que yo deseaba era destrozarle la cara, derribarlo a trompazos dejándolo tendido en el suelo, rogando que entretanto ella pudiese librarse de aquella mano salvaje que le oprimía ferozmente la delicada muñeca, porque una voz interior me decía que todavía se la podía destrozar cruelmente.

Se libró de él. Cómo lo hizo, es cosa que ignoro, porque la paliza que le pegué no logró hacerle perder el conocimiento ni su salvaje decisión. Podía haberle roto la muñeca a pesar del castigo que le infligí a juzgar por la insensata furia que desplegaba contra mí.

Probablemente lo consiguió cuando el maniaco se determinó a emplear las dos manos para atacarme, porque me di perfecta cuenta de que su intención era echarme las manos al cuello y estrangularme a su gusto.

La tráquea humana no se rompe fácilmente, como sabe perfectamente cualquier experto en medicina. Es elástica y la autopsia demuestra que se puede morir estrangulado con ella intacta. Pero a mí me causaba un horror espantoso morir de una forma parecida y no tenía intención alguna de permitir que sus férreos dedos me atenazasen la garganta.

Por dos veces mis puños dieron de lleno en su ingle y puse tanto odio en mis golpes, tanta fuerza, que sentí que se estremecía bajo su impacto y vi que se doblaba contorcido por el dolor, con las manos sobre el vientre, retrocediendo tambaleante.

Eran golpes bajos, pero no me sentí arrepentido por ello. El maltratar a una mujer tal como él hacía era algo que siempre me había parecido repugnante, el peor crimen de todos, el más odioso… Bueno, el atacar a un niño era aún peor, pero no cabe duda de que uno pierde toda clase de derechos cuando emplea su fuerza brutal contra alguien más débil, excepto que su acción esté plenamente justificada porque la víctima, hombre o mujer, haya hecho algo tan malvado que reclame una acción tan enérgica y desesperada.

No era mi intención derribarlo a golpes ahora que ella había liberado su muñeca. Pero no estaba en mi mano controlar lo que sucedió. La cubierta de la cabina de control es de liso metal, muy resbaladiza, casi tan resbaladiza como una pista de patinaje si uno pierde un poco el equilibrio.

El tripulante había perdido el equilibrio bajo el efecto de mis demoledores puñetazos y fue reculando dando vacilantes traspiés hasta pegar violentamente con el cuerpo contra la base de uno de los gigantescos robots.

Hasta aquel preciso momento los cuatro robots habían permanecido completamente indiferentes a cuanto ocurría a su alrededor. Pero un robot en acción es algo que se diferencia terriblemente de un robot inactivo, cuando permanece inmóvil, con sus macizas manos metálicas sobre sus rodillas de metal y su resplandeciente parte central en erguida posición. El encontronazo fue seguido de un ruido estrepitoso que continuó ininterrumpidamente durante algunos segundos. Se produjo luego un espeluznante chirrido que hería los oídos y una cegadora luz surgió vivísima de la gigantesca cabeza cónica del monstruoso artefacto. Casi al mismo tiempo, el robot se puso en acción, y el modo con que levantó su articulado brazo derecho me alarmó tanto que di un grito de aviso al hombre a quien acababa de golpear con tanta saña, al mismo a quien tanto odiaba hacía sólo unos instantes.

La forma errática, vibrante, de los movimientos del robot sólo podía significar que el choque había estropeado su mecanismo interno, haciéndole perder el control por completo. Todo él se estremecía en convulsivos temblores y hasta su poderosa parte central parecía haberse hinchado un poco como si su pecho se hubiese henchido de furiosa indignación…

Naturalmente, era algo absurdo de pensar. Pero es bastante comprensible que se considere como un ser humano a un robot y se refugie uno en lo absurdo cuando se sabe que es un cerebro cibernético. Encajado en un cuerpo dotado de movimientos puede hacer tanto daño como un loco furioso atacando ciegamente con una mortífera arma en la mano. Aún peor… mucho peor… cuando está incontrolado.

La gigantesca mano metálica del monstruo de acero descendió de pronto y cayó sobre la cabeza v hombros del hombre que había chocado contra él. El horrible golpe lo aplastó contra el brillante suelo, destrozándole la cabeza y las costillas y abriéndole un enorme agujero en la espalda. La sangre, saliendo a rojos borbotones, manchó la destrozada camisa del desgraciado. Cerré los ojos, sintiéndome desfallecer. Oí un grito a mis espaldas. Me volví

lentamente y me acerqué a ella y dejé que apoyara la cabeza en mi pecho y le acaricié la suave cabellera, susurrándole palabras de consuelo en los oídos. Pude hacer esto sin comprometer la seguridad de la nave, puesto que el gigantesco robot se había quedado paralizado. Al caer su mano cesaron todos los chirridos y quedó inmóvil doblado sobre sí mismo, rígido, con su metálica mano sobre la ensangrentada espalda del muerto tripulante.

Estaba seguro de que ningún tribunal de la Tierra podría hacerme responsable de su muerte. Fue el resultado de un accidente que yo no pude prever ni impedir. Todo hombre tiene el derecho de defenderse cuando es atacado y no sólo fue mi vida la que estuvo en peligro. Mi vida corrió peligro y de esto no me cabía duda... la más mínima duda. Su odio fue un odio mortal y hubiese acabado conmigo de haberle dejado la oportunidad.

Homicidio justificado. De no ser poseedor de la insignia que la Junta me había concedido que me confería inmunidad legal contra cualquier muerte accidental causada en el ejercicio de mi misión, no podría haber otro veredicto que ése en caso de ser enviado forzosamente a la Tierra para ser juzgado.

No me sentía moralmente responsable... aunque sí muy conmovido. Había sido un medio para provocar su muerte, aunque no fuera esa mi intención, y siempre es mejor que un hombre pueda pasar la vida sin experimentar la profunda tristeza que lleva consigo esta clase de conocimiento.

La única diferencia es que la culpabilidad moral jamás abandona el pensamiento de uno, agravándose al paso de los años. Pero ahora sentía el dulce contacto de la dulce cabeza en mi pecho y el hilo de mis pensamientos emprendió un camino más esperanzador y lisonjero.

En cuanto estuvimos en el pasadizo le pregunté cómo se llamaba. Deseaba conocer su nombre. Parecía incomprensible que después de todo lo que juntos hablamos experimentado siguiera ignorándolo.

—Creí habérselo dicho cuando abandonamos el espaciopuerto —dijo ella—. Creí que lo sabía. Me llamo Helen... Helen Barclay.

Sabía ahora su nombre, un nombre delicioso y la tenía a mi lado envuelta en un halo de misterio, un misterio que era preciso desentrañar. No se podía ocultar lo ocurrido en la cabina ni

tampoco su presenciaren la nave. Era del todo punto necesario llevarla a presencia del comandante de la nave para que se identificara. Esto significaba que tendría que mostrarle la insignia. Era la parte peor del problema, lo que más deseaba yo tener en secreto, pero ahora no veía la forma de evitarlo, porque se trataba del comandante de la nave, el responsable directo de su seguridad. Tenía él derecho a ser el primero en interrogarla, excepto que yo suplantara ese derecho con el poder que me confería mi insignia. Pero el proceder de este modo no hubiese sido conveniente por una docena de razones, la primera de ellas que siempre es un error pasar por encima de un hombre que ejerce una grave responsabilidad a menos que uno esté completamente seguro de que realizará un trabajo mejor que él, a pesar de su conocimiento especializado. Pero no me veía capaz de igualar la competencia profesional del comandante Littlefield para conducir fielmente la nave hasta Marte... y el tratar de menoscabar su autoridad hubiese sido algo estúpido e imperdonable.

Pero no me quedaba más remedio que mostrarle la insignia... o no me permitiría intervenir en el interrogatorio.

Nos encontrábamos al final del pasadizo y con sólo volver bruscamente a la izquierda podía introducirla en los compartimientos delanteros y presentarla a Joan. Tal vez por compasión debía hacerlo... para dejarla descansar en un cómodo asiento contemplando las frías y rutilantes estrellas hasta que se serenase su ánimo descompuesto por las terribles emociones. Estaba ahora temblando, recuperándose un poco de la emoción, y las mujeres saben mejor que los hombres cómo suavizar los ánimos excitados por un impacto emocional... especialmente cuando se trata de otra mujer la persona que necesita de su cuidado y simpatía. Yo estaba seguro de que Joan podría hacerlo como una experta en la materia. “Naturalmente, pequeña. Sé lo que sientes. Ralph sabrá lo que debe hacer. No pienses más en ello. Quédate aquí conmigo hasta que Ralph vuelva.”

Esto hubiese sido lo mejor y por un instante vacilé y estuve a punto de cometer un acto de locura.

Cuando se tiene algo que ocultar es mucho más fácil evitar un pensamiento inadmisible, un lapsus linguae, si se toma tiempo para meditar y decidir anticipadamente qué es lo que se debe hacer y

qué es lo que se puede revelar sin peligro. Ella estaba ahora muy agitada para prevenirse contra revelaciones indiscretas y sería ahora bastante fácil para nosotros sonsacarle la verdad. Pero, debido a mi carácter bastante insensato y caballeresco, demasiado caballeresco a veces... deseaba que lo que ella dijese no pudiera comprometerla.

CAPÍTULO VIII

A diferencia de Jonathan Trilling, el comandante Litlefield era de la clase de hombres que demuestran al mundo lo que realmente son en cuanto se les ve por vez primera. No era necesario, como ocurría con Jonathan, analizar qué era lo que había en é! que impresionaba a la gente, pues lo ofrecía claramente, sin complicación alguna. Era un hombre de fuerte contextura, con unas mandíbulas de granito y una decisión en la mirada que indicaba sabía cómo dominar sus emociones.

Teníamos que discutir cosas muy serias, pues hacía ya cinco horas desde que tomé asiento frente a él, y continuaba sin moverse de mi silla, mientras Helen Barclay permanecía sentada junto a la mesa, sin el menor descanso en el interrogatorio para tomar una taza de café, sufriendo la mirada insistente del comandante, que la observaba estrechamente mientras hablaba. Aquella mirada penetrante, inquisitiva, debió sin duda significar para ella un tormento irresistible. De no haber sospechado yo lo que había detrás de aquella mirada, creo que me hubiera enfadado un poco.

Las explicaciones de la joven tenían consistencia y parecían basadas en la verdad y sus ojos nunca demostraron turbación. Pero él deseaba que vacilaran, que demostraran miedo, deseos de huir, algo que la perdiese...

Pero no resultó como él quería. Las declaraciones de Helen resistieron todos los embates y fueron casi demasiado buenas... porque la verdad siempre lleva consigo unos cuantos deslices y contradicciones. La memoria no es nunca lo bastante perfecta como un espejo y no hay nadie que no incurra en contradicciones cuando está haciendo cuanto le es posible para decir la verdad y sólo la verdad, incluso bajo juramento.

Pero ella no parecía estar mintiendo y al final creo que lo convenció completamente, porque me di cuenta de que dejó de mirarla, como si cada palabra que pronunciaba le estuviese impresionando favorablemente.

Y ahora ella se encontraba en la enfermería de la nave, poniéndose de las pasadas emociones y yo me hallaba de nuevo con el comandante conversando animadamente.

Empezó él, diciendo:

—No sé cómo debo dirigirme a usted, señor Graham... o Sir. Ese halcón de plata de que es usted portador le confiere unos derechos que se salen de lo corriente... debe usted admitirlo. El primer hombre que lo consiguió se molestó un poco cuando alguien le llamó “General”, porque ése es un título estrictamente militar, y los títulos militares hace ya cuarenta años que no se usan. No existe ya el Ejército, ni en la Tierra... ni en Marte. Pero siempre he sentido una especie de predilección por eso de “General” y esa insignia equivale prácticamente a cinco estrellas.

—Temo que no me guste nada lo de “General” —dije—. Mi título es... Ralph.

—Bueno... pues a su gusto, Ralph. Yo no soy más que un simple soldado, de corazón, y supongo que siempre lo seré aunque ostente el grado de comandante. Usted es lo bastante joven para ser mi hijo y el que no le dé el tratamiento a que tiene derecho, si habla usted en serio, no es nada disparatado.

—Hablo completamente en serio —contesté—. Y usted no es lo bastante viejo como para ser mi padre. Un hermano mayor, tal vez. Más que eso, no.

—¿Cómo que no? Soy un viejo de cuarenta y ocho años. Cada vez tengo menos pelo y más grasa encima. Caramba, ninguno de los máximos directivos de la Wendel Atomics o de la Endicott Fuel representa más años que yo, y eso que nos llevan ventaja. Empiezan a envejecer a los treinta y cinco.

—Por lo que veo, no tiene usted ni una onza de grasa en el cuerpo —le aseguré.

—Así no le van a ir bien las cosas en Marte, Ralph. Tiene que fijarse, mirar las cosas de cerca, verlas bien. Yo tengo grasa en el vientre, ésa es la verdad, y usted no la ve porque hago ejercicio y procuro que no se vea mucho.

Pasé por alto su referencia a la Wendel Atondes y a la Endicott, tal vez inconscientemente, pero su influjo debió de notarse patentemente en las líneas de mi rostro, pues algo que se dibujó en mi semblante hizo que su rostro se nublara unos instantes. Ningún hombre habla completamente en serio cuando se refiere a su edad, pero lo que había de ironía en sus grisáceos ojos desapareció de pronto y apretó los labios.

—Bueno… supongamos que volvemos a hablar de ella —dijo—. Le agradeceré cualquier sugerencia o idea que se le ocurra. He encontrado algo que le va a desconcertar. ¿Qué opina usted de sus declaraciones?

—Estoy convencido de que dijo la verdad —contesté. No creía necesario volver al mismo tema.

—Bueno… temo que yo también. Si creyera que mentía tendría una razón en qué basarme para tratar de descubrir la verdad.

Había una hoja de papel escrita con letra muy menuda encima de su mesa. La cogió y la repasó con la vista.

—Hice una especie de resumen de lo que nos contó —dijo—. Pero no es preciso que se lo lea todo. Se lo puedo abreviar considerablemente.

—Me parece muy bien —dije—. Estuvo hablando durante al menos veinte minutos mientras nosotros la escuchábamos. Luego, tanto usted como yo la interrogamos. En una sesión como esa, con preguntas y respuestas, es muy posible que los puntos esenciales se hagan un poco confusos.

—Pues bien; sabemos de cierto que realizó algo que nadie consiguió hacer hasta ahora… introducirse como polizón en una nave en rumbo a Marte. Yo hubiese dicho que eso no era posible… y usted también, estoy seguro, porque está acostumbrado lo mismo que yo a los procedimientos rutinarios de inspección. Usted tuvo que someterse a ese estricto formulismo. Nadie sin un permiso concedido por la Junta y una tarjeta de identificación personal convenientemente taladrada podría penetrar en un cohete espacial. En otras palabras, es del todo punto imposible sin dichos requisitos subir a la plataforma de lanzamiento, pasar a la sección de viajeros y meterse dentro, estando vigilados todos los pasos que tiene que dar uno para ello. Sólo existe una forma de introducirse en la nave sin pasar los cuatro puntos de inspección con los rayos X desde la

cabeza a los pies.

—Ya sé —dije—. Debió dar un fantástico salto acrobático.

—Fue algo más que eso. Fue una cosa que requiere una gran inteligencia y también planeamiento y perspicacia. Y… suerte. Mucha suerte. Pero la suerte no resta mérito a la proeza. Esa joven se enteró de que íbamos a instalar un nuevo robot cibernético para reemplazar al que estaba afectado de fatiga electrónica y necesitaba una temporada de reposo para ser reparado. Y también sabía que no someteríamos a un robot a los rayos X ni a ninguna de las inspecciones rutinarias.

Littlefield hizo una corta pausa y prosiguió:

—Ella sabía que dentro del cuerpo de un robot, entre las baterías de la memoria y los demás mecanismos, había suficiente espacio para realizar lo que se proponía hacer… jugar a hacer de polizón, un juego en que casi le sonrió la suerte. Como sabemos, se procuró media docena de ingeniosas ideas para hacerse cómodo el largo viaje y se aseguró de que los alimentos concentrados que llevó consigo fuesen muy ricos en proteínas esenciales.

—Naturalmente, no se le escapó que no podría permanecer continuamente dentro del robot sin salir alguna vez. Tendría que salir de vez en cuando, aunque no fuese más que para suavizar el esfuerzo psicológico que su forzada inactividad, le ocasionaría. Pero hizo uso de su buen criterio y sólo salió cuando estuvo completamente segura de que no corría peligro.

—Pero una vez le salió mal —dije.

—En efecto. Hubo un momento en que no le fue posible resistir la tensión que la dominaba por más tiempo y se decidió a probar su suerte cuando no estaba segura de que la cabina estaba desierta. Me dijo usted que creía que siempre había alguien en ella montando guardia. Pues bien… no es así exactamente. Hay en todos los robots un sistema de seguridad que funciona en caso de peligro y por eso podemos dejarla sin vigilancia durante unos minutos, cuando por ejemplo se necesita a todos los tripulantes en cualquier otro sitio, cuando ocurre algo en la nave que hace necesaria la presencia de todos. En una nave tan enorme como ésta ocurren a veces, muy pocas veces por cierto, algunas cosas que requieren un rápido tratamiento.

—Pero si oyó a alguien moverse cerca… debió ser para ella una

locura salir del robot —dije.

—Ahí está. Ella no estaba segura de que había oído moverse a alguien. En realidad estaba casi segura de que podía salir sin peligro. Había aprendido a confiar en sus instintos, y el silencio era casi absoluto. Creyó oír en cierto momento un ruido ligero, pero lo atribuyó a la tensión que la dominaba. Sintió que tenía que salir.

—Y él la cogió —dije, asintiendo con la cabeza—. Y se puso más furioso de lo que tenía derecho. Su furia era espantosa, demoniaca. Si hubiese usted visto la mirada que había en sus ojos y la forma de retorcerle la muñeca no hubiera dudado, como me ocurrió a mí, que su propósito era matarla. Y esto es lo más asombroso de todo. No podemos darle una explicación… incluso ni ella misma. Esta es la parte de sus declaraciones que yo temía que no iba usted a creer.

—No las creí de momento —dijo Littlefield—. Estaba seguro de que mentía… hasta que la mirada de asombro que se reflejaba en sus ojos me convenció de que decía la verdad.

—No quiso usted hablar de él hasta que examinó el cadáver —dije—. Creo que me molesté un poco cuando se mostró tan reticente en ese punto. Estuve en un tris… bueno, tuve la intención de usar ese halcón de plata para hacerle cambiar de opinión. Esto hubiese significado menospreciar a alguien que se aprecia y que tiene derecho a decirme que me marche. Como le gusta jugar a soldados —y se lo digo como un cumplido— está usted en libertad para decírmelo, si así le place.

—Caramba, no. Tiene usted todo el derecho de mandarme. Es que me sentí un poco culpable y avergonzado, creo… al pensar que permití la entrada en esta nave de un tripulante que había logrado engañar a la Junta. Pero incluso entonces estaba seguro de que sus papeles eran falsos, pero quise tener la oportunidad de examinar el cadáver antes de comprometerme de una forma u otra.

—Creo que yo hubiese hecho lo mismo —dije.

—Claro… Bien, pues yo hubiese ido directamente a la cabina para examinar el cadáver antes de escuchar lo que ella tenía que decir… si usted no me hubiera dado un buen consejo. Si la interrogábamos mientras estaba bajo los efectos de su emoción sería más probable conseguir la verdad de sus labios.

Yo mismo estuve a punto de estropearlo, así que no me apunté el cumplido que me concedía. Pero tenía muy poca importancia

para sentirme con la conciencia tranquila y no creí oportuno desilusionarlo.

—Me vio usted conectar el comunicador y desconectarlo durante unos minutos —prosiguió—. Ordenó que se estableciera una guardia doble en la cabina, pero les previne que no debían en ningún caso tocar el cadáver y esperaran a que yo lo viese. Me alegro de haberlo hecho así, pues encontré algo en el cadáver que no me hubiese gustado que alguien hubiera visto.

Había en sus labios una leve sonrisa y me pregunté cuál sería el motivo hasta que hizo estallar la bomba... diciéndome lo que antes me advirtió me iba a asombrar.

—Al parecer engañó a la Junta por venganza. Llevaba encima un sobre cerrado y cuando lo abrí vi que contenía una tarjeta. No era una tarjeta-permiso de la Junta. Era un carnet de policía particular de la Wendel Atomics y lo identificaba como una especie de agente secreto, realmente una serpiente venenosa que se nos coló a bordo con todas sus posibles y nefastas consecuencias. Los policías de la Wendel son poco mejores que asesinos a sueldo... aunque tal vez algunos de ellos son lo bastante generosos como para pensar que cuando han derribado a un hombre dejándolo inconsciente al pegarle un tiro sería un poco exagerado. Pero los agentes secretos son los peores, los más sádicos. Son astutos y malignos y no hay tormento por refinado que sea al que no recurran cuando lo creen necesario.

—¡Dios mío! —exclamé—. Por eso él... No... no. No explica eso el que la simple aparición de Helen Barclay al salir del robot le pusiera tan terriblemente furioso. El simple hecho de a presencia de una mujer polizón en la nave no pudo ser la causa de que se pusiera de ese modo. Le debía tener sin cuidado, puesto que estaba disfrazado de tripulante. Incluso un hombre que se sintiera algo responsable sólo habría sentido una ligera indignación.

Littlefield sonrió.

—No crea que no he pensado todo eso. Si él no la conocía ni tenía idea de quién era ella... es difícil comprender por qué se puso tan furioso, como usted dice. Esa es la causa que motivó que mi interrogatorio fuese tan largo y me preocupara tanto del asunto, puesto que quise asegurarme de que cuanto nos dijo sobre la importancia de su viaje a Marte era cierto.

No tenía él necesidad de leer en el papel que seguía teniendo en sus manos para recordarme los detalles de todo cuanto la joven había dicho durante el interrogatorio. Todo aquello había quedado bien impreso en mi mente. También afectaba a la misión que me llevaba a Marte, de un modo indirecto, también es verdad, pero ella iba a Marte a causa de algo en que estaba mezclado el nombre de la Wendel Atómica.

Todo cuanto se refería a la gigantesca empresa Wendel Atomics era de vital interés para mí, por insignificante que fuera.

El caso de ella era diferente, un asunto personal entre la Wendel y ella. Un asunto de muy escasa importancia para la Wendel, pero terriblemente importante para la joven.

Su hermano, un ingeniero electrónico, se estaba muriendo lentamente en uno de los laboratorios de la Wendel. Al parecer, el envenenamiento por radiactividad lenta significaba muy poco para la Wendel Atomics cuando una pequeña pieza humana de su engranaje estaba afectada por ella y todavía necesitaban de sus servicios.

Por ese motivo hizo uso de sus conocimientos electrónicos y una gran decisión y un alto I.Q.[1] para introducirse en un robot cibernético con la determinación de llegar a Marte y demostrar lo que una mujer valiente, completamente sola, puede hacer para salvar la vida del único hermano que tiene.

Intentó conseguir un permiso de la Junta y fracasó en su empeño, y eso explica por qué se hallaba en el espaciopuerto de Nuevo Chicago cuando mi propia vida corrió un peligro más inmediato… ya que el envenenamiento por radiactividad requiere mucho tiempo para acabar con la vida de una persona y, se puede detener a tiempo su obra destructora y siempre queda la posibilidad de que la víctima se recupere.

—Desde que salió usted de aquí he practicado algunas investigaciones —estaba diciendo Littlefield—. Pude ponerme en contacto con la Tierra por medio de las agujas de frecuencia y ahora Trilling sabe que usted me enseñó el halcón de plata. La clave que empleé para comunicarme con él es demasiado complicada para que pueda ser interceptada por los inteligentes habitantes del tercer planeta de Alfa Centauro, si —como parece improbable— tal planta existe.

—Y ni siquiera me lo dijo —indiqué—. Supongo que tengo derecho a estar ofendido.

—No, no debe estarlo. Le ahorré muchas explicaciones innecesarias. Ahora puede hablar con Trilling cuanto desee, siempre que lo juzgue necesario, pero no olvide que le suavicé el primer golpe y que tuve que aguantar un poco de tal genio que demostró durante un par de minutos.

—Bueno... muy bien —dije—. ¿Pero qué le dijo usted?

—Le pedí hiciese cuanto le fuera posible para confirmar las declaraciones de la joven. Hasta ahora parece que todo cuanto nos dijo es cierto. Naturalmente, todavía no han podido averiguar mucho y puede que después resulte que nos ha mentido. Pero más adelante sabremos más cosas sobre ella. No confiemos demasiado, sin embargo. Tal vez no me sea posible ponerme de nuevo en contacto con Trilling. Las agujas de frecuencia son tan informales que no nos podemos fiar de ellas en modo alguno, como usted bien sabe.

—Pero usted dijo hace unos instantes que yo podía hablar con Trilling...

—Si tenemos suerte. No se puede uno expresar con precisión cuando está tan nervioso como lo estoy yo ahora.

Yo también estaba nervioso... tal vez más que él. Pero me tranquilicé un poco mientras manejaba los botones del aparato comunicados

—Bueno... pudo haberla reconocido —dije—. Tal vez exista entre ellos una relación, puesto que él era un agente secreto de la Wendel Atomics y el hermano de ella trabajaba en la misma empresa. Tal vez a él le enviaron la fotografía del hermano por medio de las agujas de frecuencia y le dijeron: “Busque a una joven que se parezca a este hombre y vigílela. Nos preocupa esa mujer.”

—Oh, claro, puede que ésta sea la explicación.

—No parecía tan insensato, comandante, si hubiesen conseguido, de un modo u otro, enviarle la fotografía de la joven. Puede que se hicieran con una en poder de su hermano sin que él se diese cuenta de ello. Mas, sin embargo... no tiene mucho sentido. ¿Por qué la temen tanto que le designaron un agente secreto para vigilarla estrechamente? Una mujer indefensa a cuarenta millones de millas de Marte. El agente no pudo saber que ella se iba a

introducir a bordo dentro de un robot cibernético... porque su indignación cuando la descubrió lo demuestra. ¿Y qué motivo le impulsó a hacer el viaje si su misión era perseguirla y por lo que sabía ella se hallaba en Nuevo Chicago?

—Si la seguía pudo tener la sospecha de que ella se había introducido en la nave y se dedicó a buscarla por todas partes —señaló Littlefield—. Esto incluso puede explicar su arrebato de locura cuando finalmente pudo echarle las manos encima, y debemos recordar qué clase de bestia humana era ese hombre. La frustración, el verse burlado por sí solo, puede producir una indignación tan violenta como esa a un hombre que era agente secreto de la Wendel —días y noches de infructuosa búsqueda, Pero... estoy de acuerdo con usted en que no tiene mucha consistencia. El problema con que nos tropezamos es que cuesta trabajo imaginarse que la Wendel Atomics la considere una amenaza tan grave, que la tema.

Al llegar a este punto cesó nuestra conversación. El comunicador intersección que había sobre la mesa de Littlefield empezó a zumbar y el comandante se volvió para cogerlo con un gesto de ansiedad, casi de alegría.

Estoy seguro de que en otra ocasión cualquiera no hubiese demostrado ninguna clase de emoción, aceptándolo como algo completamente rutinario. Pero cuando en una discusión amigable se ha llegado a un extremo en que es imposible dar un paso adelante, entonces se acepta una interrupción de esta clase con una cierta satisfacción. Es mejor así que estar rompiéndose la cabeza contra una piedra.

Estuvo escuchando quizá durante diez segundos, con el aparato pegado a la oreja, sin que su semblante denotara emoción alguna. Luego un gesto de horror apareció en su rostro y palideció intensamente.

Dejó el aparato de un golpe seco y corrió velozmente hacia la puerta, sin preocuparse en absoluto de su dignidad. Luego pareció recordar que me debía una explicación —un hombre de principios acostumbra a emplear unos segundos para eso, aunque sea su casa la que arde— y se volvió a un paso del umbral para gritarme:

—¡Alguien ha abierto la escotilla de proa y se dirige hacia le sección de propulsión trepando por la cubierta exterior! Usa botas

magnéticas y, si no estoy equivocado, va provisto de todo lo necesario para volar la nave.

Cuando vio el pánico que se reflejaba en mis ojos dijo en tono tranquilizador:

—Todavía nos queda una buena oportunidad de detenerlo, porque acaba de salir. Ahora debemos enfocar la pantalla de forma que podamos observar la mayor parte del puente, a fin de controlar todos sus movimientos.

Me había llevado un susto terrible y tenía un nudo en la garganta mientras me latía el corazón a doble velocidad que la normal.

Aún no estoy seguro de cómo me las arreglé para conseguirlo a unos pasos de distancia a través de tres estrechas escaleras y cuatro pasadizos sin detenerme ni una vez a recobrar el aliento. Corríamos apresuradamente, el alma en vilo, pero el miedo a ser volatilizado en la inmensidad del espacio interestelar me daba el coraje suficiente para proseguir mi camino.

No sé por qué se me ocurrió que la cabina de mandos se hallaba desierta, cual si fuese un enorme mausoleo con filas de ataúdes —docenas de ellos— formando una doble hilera a ambos lados de la misma. Pero la Muerte no se había presentado todavía y esto no era más que una alucinación que se había apoderado de mí. ¿Pero cómo se me ocurrió pensar que estaba vacía, si no lo estaba en realidad?

Una docena de oficiales permanecían contemplando fijamente la iluminada y gigantesca pantalla y nos unimos silenciosamente a ellos.

Ignoro por qué me imaginé que el aire era frío y me envolvía con su húmedo hálito en una bruma pegajosa y molesta, porque ninguna sección de la nave estaba más caldeada.

Pero lo más importante, lo verdaderamente importante era que lo podíamos ver en la enorme pantalla —una diminuta figura embutida en traje espacial arrastrándose por la cubierta exterior empujando hacia la popa del cohete algo voluminoso y sin peso.

Y de pronto comprendí lo que le iba a ocurrir. Me sentí tan seguro de ello como de que tengo los dedos gordos de los pies apuntando un poco hacia arriba y de que Joan ha hecho con frecuencia un poco de burla de este defecto.

El espacio entre la Tierra y Marte no está vacío. No lo está desde

hace medio siglo. No tuve necesidad de esperar a que el comandante Littlefield terminase de hablar a uno de sus oficiales para comprenderlo. Dio la orden de que todas las agujas de frecuencia se desparramasen por el vacío por todas partes a nuestro alrededor, lo cual era la única arma con que contaba la nave y toda su tripulación para evitar ser pulverizados. Y esto requirió que todo el mundo se aprestase a la lucha.

Sí, lo sé. Todo el mundo creía que los millones de filamentos que habían sido puestos en órbita alrededor de la Tierra durante la séptima y octava décadas del siglo veinte y más tarde en la órbita de Marte y más allá, en la inmensidad del espacio, serían usados solamente con el propósito de la comunicación. El Sistema Agujas, o, si se prefiere más técnicamente, el Sistema Filamento Exploratorio.

Dios permita que algún día sean empleados para un propósito pacifico. Pero cuando un hombre trepa por la superestructura de una nave estelar con el único afán de volarla...

Todo ocurrió con una celeridad asombrosa. El comandante Littlefield emitió una orden y una vivísima luz brotó del aparato y un millón de filamentos magnéticos convergió sobre la superestructura y se produjo una cegadora luz que se llevó consigo a la diminuta figura humana.

Las primeras palabras que pronunció después el comandante Littlefield fuera para mí:

—Quienquiera que fuese deseaba matar a todo trance... porque su intención era volar la nave a sabiendas de que perdía su propia vida, al hacerlo.

Había en sus ojos una extraña mirada y me miraba de una forma escrutadora, interrogante.

Y luego formuló su pregunta en alta voz: —¿No sería a usted, Ralph, a quien deseaba matar?

CAPÍTULO IX

El ruido que produjo la escotilla al abrirse continuaba en mis oídos cuando salí de la nave llevando del brazo a Joan y miré la gigantesca espiral que estaba directamente bajo mis pies. Me di cuenta inmediata de que había cometido un error. Debí haber mirado hacia el cielo en vez de hacia abajo y haber ensanchado mis pulmones llenándolos de aire peculiar de Marte para entrar gradualmente en el nuevo ambiente.

Nos encontrábamos en lo alto de una delgada escalera metálica que en forma de espiral conducía hasta el suelo. De haber perdido el equilibrio y saltado por encima de la barandilla, ninguna cuerda de alpinista hubiese podido salvarme de una muerte cierta y horrible. Y, lo que es peor, hubiera arrastrado a Joan conmigo.

El peligro era ilusorio... naturalmente, sólo una fugaz idea en mi imaginativa mente. Los de la compañía aseguradora habían tomado todas las medidas pertinentes a evitar cualquier posible accidente.

La barandilla llegaba a la altura del pecho y era muy resistente y jamás había ocurrido una desgracia. Pero nadie es capaz de razonar con la imaginación y por un momento el vacío a mis pies me hizo sentir como si ya estuviese retorciéndome en el aire en una caída de trescientos pies.

Tenía la seguridad de que Joan experimentaba la misma sensación que yo, pues me di cuenta de que exhalaba un hondo suspiro y que se estremecía de angustia. El vértigo es algo que afecta prácticamente a todo el mundo.

Abajo, a trescientos metros, se notaba una gran actividad, mucha más de la que yo había visto en la. Tierra jamás en una extensión similar de terreno. Según mis cálculos, la zona que abarcaba el espaciopuerto debía tener unos seiscientos pies

cuadrados, Pero en aquel momento no tenía el estómago preparado para hacer cálculos, pues sentía un vacío en el lugar donde debía estar.

El espacio destinado a desembarcadero hervía de actividad, de ruido incesante de poderosas máquinas que iban e un lado a otro, el rechinar de gigantescas grúas y la estridencia de los tractores atómicos y de las plataformas elevadoras atestadas de robots especializados, todos ellos manejados mediante control remoto... cuyo espantoso estruendo me hubiese ensordecido de haberme hallado a un centenar de pies más abajo.

Incluso desde lo alto de la espiral era preciso oír aquel clamor para poderlo creer. Pero lo que más me admiraba era la nitidez, la claridad y el bien delineado aspecto de todo cuanto estaba al alcance de mi vista. Mi vista alcanzaba diáfanamente los límites de! espaciopuerto y los otros cuatro cohetes bies, asentados en sus plataformas permanecían con sorprendente nitidez con los resplandecientes morros cónicos reflejando la fúlgida luz del sol marciano. Descollaban abajo las gigantescas grúas de acero® y, aunque los zigzagueantes tractores parecían ser como pintados juguetes, en rojo, azul y amarillo, hubiese jurado que ninguno de ellos hacía sombra alguna.

Las veinticinco o treinta figurillas humanas que se movían en todas direcciones entre máquinas que parecían demasiado formidables para tenerles confianza, tenían el aspecto de frágiles y lustrosas figuras de mica.

Otra ilusión, naturalmente. Tenía que haber sombras porque no había nada en Marte capaz de cambiar de tal modo las leyes de la óptica. Pero la largura y densidad de las sombras podía ser alterada un poco por las condiciones atmosféricas que jugueteaban con la interceptación de la luz. Por esta razón no quise esforzar la vista para descubrir los purpúreos halos que rodeaban a las diminutas figuras humanas.

Mi única e inmediata preocupación era la de calmar a Joan, aunque yo no me sentía tranquilo, y llevarla sana y salva hasta la seguridad del suelo sin permitirle sospechar que compartía con ella su desconfianza en la estabilidad de la espiral.

Era ridículo que pensara yo así. Pero, como he dicho, no se puede razonar con la imaginación, y nuestros remotos antepasados

debieron experimentar sensaciones parecidas cuando trepaban a lo alto de las montañas y veían a sus pies un enorme precipicio que parecía atraerles irremisiblemente.

—Cógete bien a la barandilla y no mires abajo —le advertí—. No hay ningún peligro en realidad... porque esta estructura es muy segura. Excepto que ocurra aquí un terremoto, dentro de cien años seguirá lo mismo que ahora.

La miré con cierta preocupación al mismo tiempo que le daba el consejo. Creo que exageré un poco al pensar que debía hallarse muy asustada, porque sonrió cuando vio la mirada de sorpresa que había en mis ojos.

—Un siglo es demasiado tiempo para esperar —murmuró—. Y otros cinco minutos también lo serían. Si es que tiene que caer, quiero saberlo ahora mismo.

Asentí silenciosamente y empecé a descender. Habían salido otros pasajeros por la escotilla y miraban hacia arriba o hacia abajo, como lo había hedió antes. Antes que nosotros habían salido tres hombres y una mujer, quienes ya se hallaban en la base de la espiral. Hasta el momento, nada malo les había ocurrido.

De momento no sentí apenas nada cuando el dardo se hundió profundamente en mi espalda. Incluso ni supe que era un darlo y continué descendiendo. Era como si me hubiese picado una abeja... una cansada abeja que no pudo clavar con mucha fuerza su aguijón. No sentí más que un poco de dolor, una ardiente sensación que apenas duró un segundo.

Lo sentí, es cierto. Pero no me asustó lo suficiente para hacerme parar en seco. Una cosa así raras veces hace que uno se detenga si va de prisa. Unos segundos después de que se ha sentido el dolor es cuando se presentan las complicaciones.

Así me ocurrió a mí. Primero, casi nada, pero luego volvió el dolor, pero esta segunda vez era agudísimo. Sentía un tremendo escozor en todo el hombro, como si estuviese encendido, como si me hubiesen acercado una barra de hierro al rojo vivo. Sí en aquel mismo momento hubiese percibido el olor a carne quemada, ninguna duda me habría cabido de que era mi propia carne la que se quemaba, a pesar de lo absurdo de la idea.

Pero incluso entonces seguí descendiendo. Me tambaleé un poco, mas me mordí el labio inferior para evitar el grito que pugnaba por

brotar de mi garganta. No quería alarmar a Joan hasta que estuviese seguro. Todavía podía ser debido a un fuerte calambre... esa clase de retortijones musculares que a veces le atacan a uno por la noche y se ve arrancado de un profundo sueño en un baño de sudor frío, castañeteándole los dientes.

Esto es lo que debía ser, un calambre. Me empezaba a castañetear los dientes y sentía cómo el sudor frío invadía todo mi cuerpo. Pero rabia una sola diferencia: el dolor lo tenía en la espalda, no en una pierna, y no desaparecía como acostumbra pasar con las contracciones musculares al cabo de uno o dos minutos. La sensación de quemadura se extendió hasta mis pulmones y los músculos de la garganta empezaron a contraerse, de tal modo que se me hizo extremadamente difícil la respiración.

No podía ocultarlo ya más, ni tampoco lo intenté. Doblé las rodillas con las manos sobre el pecho y quedé arrodillado apoyado de espaldas contra la barandilla.

Realicé un débil esfuerzo para levantarme, pero HO pude conseguirlo. Mi aspecto debía ser terrible, pues vi que el rostro de Joan se tornaba súbitamente lívido.

—¡Qué te ocurre, cariño? ¡Dímelo! —Su voz era exigente, angustiosa—. ¡Por favor, dímelo! ¡Es preciso que lo sepa! Si es algo del corazón...

Moví negativamente la cabeza. Significaba para mí un esfuerzo sobrehumano el poder pronunciar unas pocas palabras.

—Algo se me clavó... en la espalda. Mira a ver... qué es. Búscalo con los dedos.

—Sí, cariño. No te muevas. No... pero tendrás que levantarte un poco más. Inténtalo, querido. Tienes la espalda apoyada en la barandilla.

Hice más que intentarlo. La ayudé apretando los dientes y doblándome sobre el estómago. Pero el dolor acerbo que me mordía en el pecho estuvo a punto de hacerme perder el sentido unos instantes.

Se oía un clamor por encima de nosotros y creí oír la voz potente del comandante Littlefield seguida por un grito de espanto. Posiblemente alguien me había visto caer y creyó que la espiral se estaba desmoronando.

No cabía esa posibilidad, ni en lo más remoto, por lo que no me

preocupé en absoluto del pánico de la gente de arriba. En aquel momento estaba sólo interesado en lo que pudiera encontrar Joan en mi espalda, en donde sus dedos tentaban nerviosamente, con delicadeza también, con esa habilidad casi profesional que las mujeres despliegan cuando se precisa su ayuda en caso de vida o muerte, no importa cuán asustadas se hallan.

Al poco cesaron de moverse sus dedos y exhaló un hondo suspiro.

Cuando se está transido de dolor, a punto de perder el conocimiento, no se puede siempre oír lo que se habla junto a uno, aun cuando lo que se dice sea de extrema importancia.

Capté, sin embargo, algunas palabras, las suficientes para saber, antes de desmayarme, que se trataba de un dardo. Y la mirada que vi en sus ojos me dijo qué clase de dardo era.

O tal vez no fuese su mírala, sino lo que yo sabía sobre los dardos en general. La clase de dardo que se acostumbra usar hoy en día como arma es completamente diferente a los dardos arrojados por medio de la cerbatana que usaban los indios americanos hace un siglo. La ciencia, como todo lo demás, ha ido progresando, especialmente en el campo de las armas. El dardo moderno, en cierto modo, es parecido al antiguo, mas para usarlo se extrae una diminuta cajita de metal, como si se tratase de una aguja hipodérmica, y se unen cuidadosamente sus tres partes y se emplea un líquido propulsor para arrojarlo contra la víctima por medio de un finísimo tubo de brillante metal. Y puede llevar veneno.

Es más fácil de manejar que los pequeños robots asesinos con sus intrincados mecanismos internos, aunque requiere tener puntería y es mucho más probable ser observado mientras está uno apuntándolo con la inevitable consecuencia de tener que pagar el castigo que la Ley acostumbra aplicar por asesinato.

Había conseguido ponerme de espaldas, y tumbado en esta posición, en mortal agonía, trataba de escuchar lo que Joan estaba diciendo. La oía más con la mente que con el oído. Todo cuanto yo sabía sobre dardos cruzaba por mi mente rápidamente, sin cesar, y recordé así algo más que podría tal vez explicar el terrible dolor que me atormentaba.

El dardo moderno cambia de forma en el instante en que penetra en el cuerpo humano, abriéndose como unas tijeras de seis hojas,

cortando, hendiendo venas y músculos y ganglios nerviosos. Y si alcanza una arteria...

No es necesario que sea envenenado para poder matar a un hombre. La parte emplumada permanece en la herida, casi superficialmente. Pero si la víctima tiene sentido común se resiste al impulso de arrancárselo, porque de hacerlo es muy difícil detener la hemorragia. Es una labor propia para un experto cirujano, y la mirada de Joan indicaba que no bahía tiempo que perder. Lo más sensato que podía yo hacer era ponerme incondicionalmente en manos del comandante Littlefield. Cuanto más pronto pudiese él, con ayuda de cualquier tripulante o pasajero, llevarme abajo y meterme en una ambulancia, tanto mejor para mi, más probabilidades de vivir se me ofrecerían.

Joan, que se hallaba en aquel momento delante de mí, retrocedió rápidamente, subiendo la escalerilla, angustiada. Ni siquiera me apretó ¡a mano para reconfortarme, pero lo hizo por mi bien. Yo sabía por qué lo hizo. Cada segundo era para mí trascendental, y me amaba demasiado para perder el tiempo en algo que no fuese absolutamente práctico.

Recuerdo que pensé, poco antes de sumirme en la inconsciencia: "¿Cómo serán aquí los hospitales? ¿Estarán bien equipados?¿ Qué clase de médicos habrá? ¿Y si están atestados de pacientes?

Cuando uno se desmaya y permanece en la inconsciencia durante mucho tiempo, las preguntas como éstas pierden mucho de su atormentador aspecto. Cuando el velo del olvido se descorre un poco puede uno sentirse todavía un poco molesto al recordarlas. Pero ya no parecen tan graves, porque ya no acuden a la memoria con tanta vehemencia.

Pero lo malo era... que yo no me desmayé. No del todo. Me despertaba a intervalos y oía fragmentos de conversación e incluso mis ojos vieron... la colonia de Marte.

Vi mucho de la colonia antes de que me colocaran en una cama del hospital y me cubrieran con mantas calientes y cayera de nuevo en la inconsciencia.

Vi las calles a las que había venido a visitar desde cuarenta millones de millas, y las gentes a quienes venía a ofrecer mi amistad, y a los chicos, con sus cascos espaciales, iguales exactamente a los chicos de la Tierra ¿Qué nuevo mundo querrían

ellos descubrir… Alfa Centauro tal vez o alguno de los lejanísimos y gigantescos planetas?). Vi las casas de metal prefabricadas, de cuatro, ocho y veinte pisos, con sus tejados inclinados, teñidas de rojo, gris y verde y azul al primer albor del matutino sol, y los colmados, todos de cristal, y los supermercados, de extraordinaria apariencia, con sus cúpulas casi catedralicias. Y también ocho o diez calles flanqueadas de bares con grandes zonas de aparcamiento y más allá las casas que se extendían por el desierto formando como una primitiva ciudad del siglo veinte…

Había gente por todas partes, pero cuando está uno metido en la camilla de una ambulancia que corre a toda velocidad no puede decir si la gente que ve fugazmente es igual que la de la Tierra o tiene un aspecto más robusto o más feliz. O una mirada en los ojos más triste o más inquieta. Incluso es difícil decir si predominan los jóvenes o los de mediana edad, o cuántos viejos deambulan por las calles. Pero me di cuenta de que había muchos niños, un número extraordinario de niños, bien en sus cochecitos o en los brazos de sus padres o jugando alegremente en espacios cerrados de arenoso suelo que nadie se había cuidado de pavimentar.

Había también cines —por todas partes se veían Jugares de recreo— y teatros, todos bien fáciles de localizar por los vistosos carteles anunciadores de color azul y amarillo de sus fachadas.

No es necesario decir que vi muchas máquinas trabajando. Existe en la colonia una febril actividad constructora; en todas partes se levantan nuevos edificios y si se pronuncia simplemente la palabra “Marte” en donde sea, una de cada tres personas pensará inmediatamente en “Maquinaria”.

Pero me he olvidado de mencionar el aspecto más importante de todo cuanto vi a través de las ventanillas de la veloz ambulancia. Era… su apariencia borrosa, la forma en que las cosas se deformaban y desaparecían ante mis ojos, girando en ocasiones sobre sí mismas… No me sentí sorprendido, porque la agonía continuaba lacerándome cruelmente, incesante, y veía las cosas febrilmente, entre breves segundos de lucidez, en medio de una confusión de ideas. Pero lo que realmente vi era muy claro, con esa claridad que a menudo acompaña al dolor casi irresistible. Cuando un dolor vivísimo muerde en los nervios cual si se valiese de agujas al rojo vivo, parece como si una cegadora especie de iluminación se

adentre en nuestro cerebro envolviéndolo por completo. Pero, en vez de cegarnos, hace que todo sobresalga con sorprendente claridad y también que se pueda pensar con mayor nitidez, e incluso especular con lo que se ha visto.

Es como si nos encontrásemos de pronto metidos en una especie de sueño, más veloz que la vida real, o sentados en un oscuro “cine” contemplando lo que se desarrolla en la deslumbradora pantalla. Se puede estar transido de dolor, retorciéndonos en la agonía, más se mantiene fija la vista en la pantalla sin perder el más mínimo detalle de la tragedia que se plasma en la misma. Incluso se da uno cuenta de cosas insignificantes que le pasarían inadvertidas en ocasiones normales.

En mis momentos de lucidez oía hablar quedamente cerca de mí. Era a veces una voz de mujer, y pensé que debía ser la de Joan, pues en la ambulancia no había otra mujer que ella. Pero no era a mí a quien hablaba. Hablaba con uno de los dos hombres vestidos de blanco que estaban sentados enfrente de mí. La mayor parte del tiempo parecía que aquellos dos hombres se hallaban casi a media milla de distancia de mí, pero a veces la larga playa en la que estaban sentados se me acercaba flotando.

Podía de vez en cuando captar retazos de la conversación, cuando volvía en mí, y oí perfectamente a Joan preguntar:

—¿Qué clase de hospital es? Temo que… que no debía preguntárselo. Usted pertenece a su personal. Pero si quisiese decirme la verdad…

Y la respuesta del doctor:

—Si creyese que no es un buen hospital, no se lo diría, naturalmente. Pero lo cierto es que se puede comparar en todo a cualquiera de los ocho o diez de la Tierra a los que usted lo llevaría, si le fuese factible. El equipo con que contamos es de primera clase, completamente moderno. Hay allí cuatro eminentes cirujanos a quienes confiaría mi vida sin distinción, con igual confianza… y se da el caso de que uno de ellos es mi padre.

—Pido a Dios que le dé uno de ellos —dijo Joan.

—Sólo hay cuatro cirujanos. No se nos presentan en la colonia demasiados casos que requieran de la cirugía… no tantos como pueda usted imaginarse. Hay aquí tantos casos de violencia como pueda haber en Nuevo Chicago, pero de una forma diferente. No

podemos arrebatar de manos de criminales las pistolas atómicas con tanta facilidad como hacen ustedes en Nuevo Chicago, porque el elemento delincuente de la colonia tiene más poder políticosocial y puede conseguir así hacerse con más armas de tan destructivo poder. Como usted sabe, esas pistolas no producen radiactividad y sólo pueden matar a un hombre que se ponga directamente en su camino. Pero cuando disparan... dejan poco lugar para la cirugía.

—¿Quiere usted decir que los criminales son los que controlan la colonia?

—Oh, no es tan grave la situación. Posiblemente, uno de cada veinte colonos tiene tendencias criminales. La proporción es aquí más elevada porque se trata de una nueva sociedad que se está abriendo camino, una sociedad en sus principios. La podría usted llamar una reunión de lobos en pugna. En la Tierra, probablemente, la lucha entre los perros no desaparecerá jamás del todo, pero en este aspecto nosotros hemos avanzado mucho durante los últimos cincuenta años. Aquí tenemos que recorrer todavía mucho camino, porque los perros son todavía lobos.

—¿Los podrán domesticar alguna vez? Mi esposo puede perder aquí la vida... ¡y no sería justo!

¡Creo que la colonia de Marte es una sucia selva!

—No tuve mucho tiempo para hablar con el comandante Littlefield —respondió el doctor—. Pero, por lo que dijo, estoy bien seguro de que usted no opina de esa forma en realidad. Ignoro por qué su esposo y usted están aquí, pero la Junta de Colonización raras veces concede visado a personas que piensan así del futuro de Marte. En verdad... no recuerdo haber encontrado jamás a un hombre o mujer que haya conseguido engañar a los de la Junta, porque los procedimientos que siguen para controlar a los que hacen el viaje son extremados. Iñigo entendido que estudian el historial de uno desde su niñez y le someten a pruebas psicológicas que no estoy seguro pudiera yo superar, aunque esté convencido de que la colonia es todavía la mejor esperanza del hombre, en un mundo en donde estancarse es siempre un desastre. No existe otra solución más sana para el problema de la población, y sólo menciono uno de los cincuenta o sesenta que tendremos que resolver o que acabarán con nosotros ni las próximas dos centurias. A veces tengo momentos de duda...

—En estos momentos podría tener uno de ellos.

¡Qué sentiría usted si llevase ahora a su esposa al hospital para una operación urgente, sin saber si iba o no a vivir? ¿Y si fuese su esposa y no mi esposo la que estuviese aquí? No nos dejaron ni tiempo para poner el pie en la Colonia. Si incluso antes de bajar…

—Un momento. Pongamos las cosas en claro ahora mismo. Se sentirá usted mejor. Nadie de la colonia trató de asesinar a su esposo. Esa flecha le fue disparada desde arriba… por uno de los pasajeros. Todos han sido detenidos para ser interrogados y si el mecanismo disparador es encontrado en alguno de ellos…

Para mí, éste fue el final del diálogo. Pero unos segundos antes de desmayarme por última vez vi un anuncio en lo alto de un edificio. Decía: WENDEL Y me sumí en la oscuridad con aquel letrero con sus grandes e iluminadas letras en medio de la tenebrosidad. WENDEL ATOMICS. WENDEL WENDEL ATOMICS. Y, en letras mucho más pequeñas, no tan brillantes tampoco: Endicott Fuel.

Las letras grandes se iban ensanchando, más brillantes cada vez… mientras las pequeñas se empequeñecían paulatinamente.

Igualmente yo me sentía empequeñecer… en tanto me adentraba más y más en la oscuridad.

CAPÍTULO X

—Es un hombre muy corpulento —oí decir a la voz de mujer—. Tuve que hacer un gran esfuerzo para poder levantarlo. Pero había que colocarlo en el borde de la cama, doctor. Era preciso cambiar las sábanas.

Me daba vueltas la cabeza, y la tenía dolorida. Tuve que esforzar el oído para percibir lo que otra voz decía como respuesta. Era una voz de hombre, áspera, profunda, en cierto modo menos distinta que la primera. Tal vez Voz Áspera estaba más lejos de la cama. O posiblemente no deseaba que yo oyese lo que decía a la enfermera.

Debía tratarse de una enfermera, porque Voz Áspera no la llamaba por su nombre. No le decía: señorita Hadley o señorita Bety o Ana. Decía: Enfermera, haga esto y: Enfermera, haga lo otro y lo de más allá, hablándole con voz autoritaria, como si existiese un hueco entre una enfermera y un médico, algo, que hasta el más amable de los médicos, el más timorato, no tenía derecho a ignorar.

Me gustaba bastante esta voz, a pesar de su desabrimiento. Hablaba con el tono de un hombre que sabía dónde tenía la mano derecha, con seguridad en sí mismo, con casi altanería. Esto mismo causa mal efecto cuando ocurre con otro individuo cualquiera, porque demuestra que son personas engreídas, estúpidas. Pero, cuando se trata de un médico, la cosa cambia mucho.

—Se está despertando —decía Voz Áspera—. Déjelo descansar y no le incite a hablar. No le dé más sedantes, pues ya no los necesita. ¿Le tomó la temperatura, enfermera?

—Hace sólo diez minutos, doctor. Está anotada en la cabecera. Yo siempre...

—¿La anotó inmediatamente? ¿A quién intentas engañar, Susan, querida? Te retrasaste de cuando en cuando, olvidándote de que en

un caso de emergencia como éste se necesitarían una docena de pares de manos. Te retrasaste quince o veinte minutos, cuando confiabas en que no se presentaría inopinadamente cualquiera de los jefes del hospital.

—Es que me siento… algo nerviosa, Roger. Merezco que me riñan, porque cuando se empieza a sentir de esta forma no se trabaja con la eficacia necesaria…

—¿Qué esperabas, Susan? Hace horas que podría haberte relevado otra enfermera si no te hubieses mostrado tan obstinada. Te has estado atormentando sin descansar durante dieciséis horas, y no viste nunca a este hombre antes de esta mañana. Lo que ocurre con algunos hombres…

—Es que me sentía preocupada por él, Roger. Tú mismo dijiste que un poco de veneno pasó a la sangre. Me dijiste que milímetro cúbico hubiera sido fatal.

—Eso fue cuando estudié el análisis del laboratorio y consideré el asunto desde un punto de vista muy pesimista. No sabía ni siquiera que me habías oído: ¿Pero es que no puede un médico pensar en voz alta sin dar a su más competente enfermera un complejo de mártir? ¿Qué tiene ese hombre de particular? Contéstame. De no estar casado, tal vez lo podría yo comprender. Pero ya conoces a su esposa. Un hombre con una esposa como la de él es difícil que mire a otra mujer.

—Hablé con ella en dos ocasiones. Roger. Le quiere tanto que si algo le ocurriera a su esposo temo que haría cualquier disparate. Sola en Marte, sin parientes ni amigos a quienes recurrir para que la amparasen en su infortunio, sería algo terrible para ella. Necesitaría mucho consuelo, porque es una mujer que siente intensamente, muy emotiva. Yo soy igual que ella.

—Huelga decírmelo —pude oírle decir al médico—. Tú eres más que emotiva. Muchas mujeres muy sensibles a las emociones abrazan una de las profesiones más duras que existen. Las mujeres de escasa sensibilidad también son buenas enfermeras. Pero yo prefiero la otra clase, las que son como tú. Pero… con un poco de moderación.

—¿Pero no lo comprendes, Roger? Significa que me puedo identificar con ella. Sé exactamente qué terrible certidumbre la atormenta, porque si yo amase tanto a un hombre y lo perdiera

probablemente me suicidaría. Si quieres toda la verdad… te diré que probablemente me siento un poco atraída hacia él, porque yo soy mujer y él hombre. Pero en una situación como ésta eso sería un absurdo que no tiene sentido. Pero, sólo el hecho de que es un hombre y yo una mujer…

—Deja ya esas tonterías que no conducen a ninguna parte —dijo él—. Estoy demasiado seguro de ti.

Se produjo un rumor y un ruido peculiar y en seguida comprendí su significado. La había abrazado y la estaba besando. No sé por qué no abrí los ojos. Estaba ahora completamente despierto, atento a todos los movimientos de la habitación. Pero me quedé inmóvil, escuchando, satisfecho de que ya los aguijonazos de las sienes habían desaparecido y de que tenía casi despejada la cabeza.

A veces, cuando se despierta uno de un profundo sueño le cuesta abrir los ojos. No se apresura entonces a abrirlos, esperando hallarse completamente despierto… especialmente cuando se ha pasado una cruel pesadilla. Es una práctica agradable.

El hablaba ahora otra vez:

—Todavía no he encontrado a una mujer que no intente despertar las sospechas de un hombre.

Pero esa clase de candor no va contigo, cariño. Te conozco muy bien. ¿Te convences?

—Sí —contestó ella, con una humildad que me sorprendió.

El no dijo nada de momento, pero oí que se movía por la habitación y luego un sonido metálico, como si estuviese manejando el estetoscopio o volviendo una hipodérmica a su caja.

Un sonido así es siempre enervante, y por mi mente cruzó fugaz la visión de una larga mesa y una hilera de brillantes instrumentos. Me pregunté a qué sería debido y si los hospitales marcianos estarían bien equipados y disponían de todo cuanto era necesario para enfrentarse con un caso de cirugía mayor.

Pero él dijo que yo estaba fuera de peligro, ¿verdad…? que ni siquiera necesitaba más sedantes. Claro que lo había dicho. Me habían clavado un dardo envenenado, pero ello no significaba que me tenían que poner en la mesa de operaciones. No podían en manera alguna haberme dejado el dardo hundido en la espalda. De haber sido precisa una operación, me la hubiesen practicado

inmediatamente…

Quizá fuese así. Bueno… ¡al diablo con ello! Ahora me hallaba fuera de peligro y empezándome a recuperar y esto era lo que realmente contaba. Fila había dicho que estaba preocupada por mí. Y que Joan me amaba tanto que…

Era la mejor noticia que había oído, aunque lo supiera de cierto desde el día que me casé con ella. Lo que no sabían y tendrían que adivinar era el sentimiento de unidad que a ambos nos unía dondequiera que fuéramos juntos.

Era un dulce pensamiento que me embargaba los sentidos, pero pensé entonces en cuán equivocado estuve en cuanto al doctor. No era la clase de tipo que me había imaginado. El “enfermera esto”, “enfermera aquello” había sido una comedia preparada para mí, para el caso de que estuviese sólo semidespierto, o… una especie de rutina para empezar su conversación.

La segunda suposición parecía la más verosímil. Una especie de ritual al que estaban acostumbrados, probablemente porque es más correcto mantener las distancias entre un médico y una enfermera cuando hay un paciente en tratamiento. Después podían relajarse y ser humanos.

No tenía yo sobre esto ninguna queja, porque me gustaban ambos aspectos de la personalidad de Voz Áspera. Que me gustaba la enfermera, no hay que decirlo, no solamente por lo que había dicho de Joan, sino porque había algo en ella tan…

Ni siquiera sabía si era bella; pero me lo parecía, porque se puede adivinar mucho de una mujer sólo por el tono de su voz. Incluso si se hubiese inclinado sobre mí para besarme, los ojos brillándole un poco porque me había ayudado a evitar la muerte y se sintiese emocionada por ello… bueno, por mí no hubiese habido reparos. No creo que Joan o el hombre que estuvo hablando con ella se hubiesen molestado por el beso.

Tenía la sensación de que Voz Áspera era un hombre generoso, un hombre honrado, y si fue precisa una operación estoy seguro de que empleó todos sus conocimientos y medios para salvarme la vida.

Esto me decidió a abrir los ojos e intentar levantarme un poco, porque tenía el derecho de saber lo muy agradecido que yo estaba.

Estaba a punto de salir por la puerta. Pude ver que era alto,

rubio y bastante grueso, pero sentí un mareo en el mismo momento y me hundí en la almohada sin tener la oportunidad de poderle ver bien. Es difícil saber cómo es un hombre que está de espaldas a uno y sólo se le pueden ver los hombros y la nuca.

Cuando por segunda vez abrí los ojos, un minuto después, los ojos que me miraban eran iguales a los que me había imaginado. Unos ojos de mirar profundo, ojos pardos y brillantes. Su rostro era también muy similar al que me había imaginado, aunque no podía averiguar si era rubia o morena. Se parecía un poco a Joan. Llevaba la cabellera peinada de un modo diferente, sin embargo, y sus labios eran más gruesos que los de Joan y sus pómulos no tan salientes. También su nariz era un poquito más corta. Pero, de todos modos, podría haber pasado por hermana de mi mujer. Pero no una hermana gemela, ya que el parecido no era tan grande. Pero se acercaba a ese aire familiar que a menudo se observa en los retratos de dos hermanas cuando una está sonriendo y la otra seria.

Cruzó por mi mente la idea de que si hubiesen estado de pie juntas, ambas con la misma expresión en el rostro, el parecido hubiese sido mucho más sorprendente.

No me hubiese extrañado mucho, teniendo en cuenta lo que ella había dicho al doctor. Las mujeres que piensan y sienten de forma tan similar tienen grandes probabilidades de tener un físico igual.

—No se mueva —susurró ella a mi lado, dándome unas palmaditas en el hombro—. El doctor Crawford dijo que no debe intentar hablar. Pronto se pondrá bueno. Yo soy la señorita Querubín, su enfermera de día.

Sonrió, y los ojos formaron unas finas arrugas a los lados. Le pertenece una enfermera de noche, también, pero yo he ocupado su puesto.

Querubín. ¿Un ángel? No... No era tan joven como para ser un ángel, ni tampoco sus mejillas estaban tan sonrosadas como se supone deben tenerlas los ángeles.

Lo que hizo esto realmente trágico fue mi incapacidad de alargar mi mano y tocarla o preguntarle una sola cosa, porque en el mismo momento sentí otro mareo y me volví a desmayar.

CAPÍTULO XI

Y a partir de este momento debo pasar a referir otras cosas que sucedieron mientras yo permanecía encamado en el hospital. Empiezan con la conversación de dos personas.

—John, estoy asustada. ¿Y si el dispositivo aislador no es del todo seguro? ¿Qué pasaría si uno de esos recipientes de la Endicott no estuviese bien ajustado? ¿Y si el material radiactivo que contiene llegase a formar lo que los físicos llaman masa crítica y se produce una explosión atómica? Se han producido explosiones... incluso en los laboratorios de la Endicott, a pesar de la estricta supervisión a que están sometidos...

—Mira, mujer. No hay el menor peligro. ¿Crees acaso que la Endicott se arriesgaría a una cosa semejante... aunque la Wendel la tenga arrinconada?

—Tienen que correr cualquier riesgo, porque no les queda otro remedio. Comprende, John, resistiría cualquier cosa, pero cuando traes la muerte a casa...

La mujer había sido bella. No había más que mirarla para comprenderlo. Pero ahora en su rostro había un gesto duro y su palidez era muy pronunciada. Su tez parecía casi grisácea. El cabello se estaba volviendo muy fino y empezaba a blanquear y sólo en sus ojos había un poco de lustre, todavía vivos, como si todo cuanto quedase de la mujer de antes se hubiese concentrado cual un foco en la mirada que dirigía a su esposo, una mirada que contenía una súplica desesperada.

—¿Por qué lo hiciste, John? No sólo expones tu vida y la mía. Si no tuviésemos cuatro hijos... tal vez yo no hablase así.

—¿No te dije que me vi obligado a hacerlo? Wendel está haciendo frente al bluff de la Endicott. No podemos seguir

comprando cilindros a la Endicott abiertamente al margen, cientos de ellos, dejándolos todos bajo la custodia de la Wendel, porque en verdad no son de nuestra propiedad. El precio sube o baja y nosotros vendemos y volvemos a comprar… y supuestamente nos pertenecen cuatro quintas partes de la Endicott. Pero no existe un solo colono que posea en realidad el equivalente a cuatro o cinco cilindros. Esos seis cilindros no son míos, pero me los tuve que traer a casa.

—No lo comprendo. Es demasiado complicado para mí. Comprendería mucho mejor una explosión atómica.

—Bueno… te lo volveré a explicar. Pero esta vez procura escuchar con cuidado. Antes de que comenzase esta lucha cruel sólo un hombre sospechó que una de las dos partes en lucha intentaría vender su producción de combustible a los colonos a base de ventas al margen. Se suponía que ambas empresas iban a cooperar, no a competir, porque se creía que la Wendel no podría mantener en funcionamiento sus generadores sin tener combustible. Naturalmente; era así, pero sólo un hombre sospechó que la Endicott se iba a negar a verse empequeñecida por la otra y lucharía enconadamente para mantenerse fuerte y poderosa permitiendo que los colonos compraran y vendieran el combustible especulando con él. Esto coloca a los colonos en medió de las dos, ¿comprendes?

—Sí… ahora sí —contestó la mujer que fue hermosa en otro tiempo—. Gracias por concederme tanta inteligencia, pero pareces olvidar que también tengo buena memoria. Hemos tratado de este asunto cientos de veces.

—Desde luego. Pero parece que no se te ha grabado muy bien en la mente. Lo puedes resumir diciendo que, “sobre el papel”, los colonos somos dueños de toda o casi toda la Endicott. Así pues, somos nosotros quienes luchamos directamente contra la Wendel, defendiendo el derecho de mantener en pie una quimera, de hacernos ricos de la noche a la mañana o arruinarnos.

—La cena está ya en la mesa —dijo la mujer—. Vamos adentro mientras podamos tener una casa y les diremos a nuestros hijos unas cuantas mentiras más sobre el futuro que nos ofrece Marte, ahora que uno de cada tres padres de familia llevan a sus casas cilindros de combustible nuclear. El hombre —cuyo nombre era

Lynton— asintió silenciosamente y se introdujeron en la casa prefabricada. Lynton entró primero y su esposa se detuvo un momento en el umbral para mirar con asustada mirada hacia la larga dependencia de metal en donde reposaban los seis cilindros… Luego cerró la puerta tras sí y se volvió para encararse con sus cuatro famélicos hijos.

Un pensamiento animaba sin embargo el corazón de Grace Lynton en aquel momento. Hasta ahora no había habido necesidad de que sus hijos sufrieran hambre. El apetito que tenían era debido únicamente a que eran jóvenes y sanos y a que se había retrasado un poco la cena.

CAPÍTULO XII

Estaban ahora todos abajo, esperando se les sirviera la cena, un poco impacientes, como hacen los niños en todas partes. Thomas, con su rostro resplandeciente, rebosante de salud, y Susan, de siete años, todavía una niña traviesa, y las mellizas, Hedy y Louis. Tres chicas y un chico, y Grace Lynton lo sentía a veces por su hijo, hasta que recordaba que un muchacho de trece años no se siente incomodado por tener que convivir con demasiadas chicas cuando les lleva de ventaja siete u ocho años. Las niñas eran simplemente para él unas mocosas y él era, bueno, él estaba a punto de hacerse un hombre.

—Bueno, chicos —dijo John Lynton sentándose a la mesa—. Vamos a empezar y a ver quién termina antes.

—¿Has tenido mucho trabajo hoy, padre? —preguntó Thomas alcanzando el cuchillo y tenedor y tomando el plato humeante que le servía su madre. Su rebelde cabellera era tan rubia que parecía casi blanca y la nariz estaba moteada de pecas.

Las chicas eran morenas, de negra cabellera, ojos vivaces y negros. Las mellizas no se parecían demasiado, como ocurre tan a menudo con los gemelos.

—No molestes ahora a tu padre con preguntas, Thomas... por favor —dijo Grace Lynton.

—¿Por qué no? —inquirió Lynton, mirando con ceño a su mujer —. Tuve mucho trabajo y no hay por qué ocultarlo. A veces, incluso deseo que no hubiéramos venido a Marte. A pesar del rigor que despliegan para controlar a los que vienen a Marte... hay cosas que no pueden descubrir. ¿Puede ser uno un buen padre en un mundo sin árboles ni hierba, en una tierra en donde no hay modo de irse a la verde campiña y sentarse a la orilla de un río lleno de truchas

con un hijo al lado?

—El asado está estupendo, madre —dijo Thomas—. ¿ Puedo ponerme más?

—¿Te dije alguna vez que no podías hacerlo, Thomas? —espetó la madre, incapaz de reprimir la irritación de su voz—. En esta casa no habrá jamás restricciones, aunque nos tengamos que vender hasta el último mueble.

—Déjame un poco, Thomas —dijo Hedy Lynton.

—No te preocupes que te queda bastante —contestó Thomas—. Pero si continúas comiendo como hasta ahora te vas a poner muy gorda y ningún hombre de la Colonia se casaría con una mujer gorda cuando hay tantas delgadas.

—Muy bien dicho, Thomas —dijo Lynton—. Tengo un hijo muy inteligente... un genio de verdad. Pero no se te suba a la cabeza, hijo. A menos que entres en el campo de la electrónica o tengas otra especialidad técnica, un hombre duro y sufrido puede hacer más por la Colonia.

—¿Qué clase de conversación es ésta, John? —demandó Grace Lynton—. El ser un genio no tiene nada de inhumano, en ningún aspecto.

—No, supongo que no. Pero no me gustaría que fuese poeta o pintor. Esa clase de hombres se quedan contemplando la vida desde el fondo y a mí me gustaría ver a mi hijo luchando para abrirse camino por su propio esfuerzo.

Antes de que Lynton y su esposa entrasen en su hogar, ya la luz del día había empezado a decaer. Pero ahora la noche caía rápidamente, como ocurre con la noche marciana, y afuera estaba y muy oscuro.

Los dos adultos y cuatro niños sentados alrededor de la mesa no habían mirado ni una sola vez hacia la ventana, pues la cena y su conversación había acaparado su atención por completo.

Fue Thomas quien observó la lucecita que parpadeaba cerca de la casita metálica y gritó:

—¡Padre!

—¿Qué ocurre, hijo?

—Se ve una luz que se mueve cerca de la casita, allí afuera.

El horror que saltó a los ojos de Tibornas no es para descrito.

—¡Pero, pero... Santo Dios! ¡Es imposible que Wendel se

atreva... sería una locura! —exclamó levantándose de un salto.

—John... ¿no creerás...?

La madre de Thomas estaba también ahora de pie, el rostro lívido, los ojos desorbitados clavados en la ventana, unos ojos en que brillaba la luz de la locura que se volvieron para mirar al hombre de tembloroso cuerpo y apretados labios. El rostro de John Lynton se había puesto tan demudado como el de su esposa.

Por unos instantes Thomas pensó que su padre iba a salir afuera precipitadamente para coger al intruso y zarandeara. Pero enseguida se dio cuenta de que se había equivocado.

Lynton atravesó la habitación en cuatro zancadas, abrió un cajón y empuñó una pistola enfundada. Se metió la funda en el cinto antes de sacar la pistola y quitarle el mecanismo del seguro.

Se encaminaba hacia la puerta cuando Grace Lynton gritó en tono de advertencia, desesperadamente:

—¡No lo hagas, John!

Se volvió, mirándola consternado.

—¿Que no haga, qué? ¡Si han tocado esos cilindros debo asegurarme de que no vivan para hacer volar otra casa... o media Colonia!

—¡No puedes dispararles! —dijo la mujer con voz chillona—. ¡No puedes hacerlo, John! Un disparo tan cerca de esos cilindros provocaría una reacción en cadena...

—No, no se producirá. La ráfaga de disparo está acanalada. No seas tonta, Grace. Sé lo que hago.

— ¡No sabes lo que haces!¡Nos matarás a todos!

—Si han manipulado en uno de esos cilindros no Leñaremos que preocuparnos de lo que pueda hacer la ráfaga de mi pistola. Pero no salvarán sus propias pieles antes de que la gran explosión nos alcance, fisto es algo de lo que debo estar seguro.

Giró sobre sus talones y desapareció en la oscuridad. Ella hizo ademán de seguirle, pero se dio cuenta de cuán peligroso sería en aquel momento. Si se fuera tras su esposo era casi seguro que sus hijos la seguirían, pues no podría ordenarles que se quedasen en casa confiando en ser obedecida.

Corrió a la ventana y miró hacia afuera, el rostro pegado en el cristal.

Notaba junto a ella la presencia de Thomas... ¿o era Hedy, o

Susan? Pero no había una fortaleza en aquel cuerpo que la hizo casi estar segura de que se trataba de Thomas. Pero esto no significaba nada, porque amaba a sus hijos por igual.

Pero de pronto quedó del todo convencida de que era Thomas, porque el chico le dijo con voz firme:

—¡No te preocupes, madre! Padre sabrá resolver la situación. Tiene una pistola para defenderse.

—¡Oh, ya sé que la tiene ! —deseaba ella gritar—. ¡Un bonito modo de defendernos a todos… enviándonos directamente a la Eternidad ¡Dios mío, no permitas que dispare! ¡No permitas… !

Se produjo entonces la detonación que rasgó tétricamente las tinieblas de afuera, haciendo que temblasen todos los cristales. Por unos instantes Grabe Lynton pudo ver claramente a su esposo de pie junto a la casita metálica con una blanca llamarada que arrancando de sus hombros fluía hacia adelante.

Luego la llamarada fue desapareciendo hasta que la oscuridad se adueñó de nuevo de todo y Grace Lynton no tenía modo de saber qué había ocurrido afuera. Pero sí estaba segura de una cosa: No podía permanecer dentro de su casa mientras su esposo se movía a unos pocos metros de unos cilindros, que podían estallar en cualquier momento, ya que existía un cincuenta por ciento de posibilidades de que el intruso hubiera cumplido lo que se había propuesto antes de que Thomas viera la luz que afuera rasgó las tinieblas.

Se irguió con decisión, acarició al hijo que tenía al lado y estaba a punto de volverse cuando la estentórea voz de Lynton gritó:

—¡Grace! ¡Disparé contra él, pero se ha escapado! Escucha con mucho cuidado. Sólo dispongo de unos segundos para hablar.

Se hallaba en el umbral con la pistola enfundada en la cintura, la empuñadura brillando amenazadoramente. Tenía en el rostro una mortal palidez, como si le hubiesen quitado de pronto toda la sangre valiéndose de un medio artificial, dejándole la piel arrugada y de un color grisáceo, espantoso.

—No puedo estar seguro, pero creo que… han manipulado en uno de los cilindros preparándolo para que estalle. Cuando lo toqué sentí que vibraba mi poco. Tenemos sólo una posibilidad de continuar viviendo… pero tengo que actuar rápidamente. Voy a llevarlo al espaciopuerto —lo puedo transportar con la camioneta

en diez minutos— para que lo desarmen. Ellos sabrán cómo hay que hacerlo. Me llevaré los seis cilindros para mayor seguridad.

—¡John, no lo hagas! ¡Estallará en la camioneta, estoy segura! Debemos irnos al desierto, lejos de aquí, tan lejos como nos sea posible. Si empezamos ahora a correr…

—¡Cabemos todos en la camioneta, padre! —gritó Thomas.

Eynton movió negativamente la cabeza.

—Si uno sólo de esos cilindros explotase arrasaría tres millas de desierto. Si estallasen todos… unas veinte millas. Hay al menos seis mil colonos dentro de un radio de tres o cuatro millas de nosotros. En el espaciopuerto hay menos de mil personas. Sólo hay ahora allí descargando una nave espacial. Es preferible que mueran mil a que caigan seis o siete mil… si es que llega a estallar antes de que lo desarmen.

—Pero John… ¡Dios mío, no sé qué pensar!

—Es lo mejor, el modo más seguro. No podemos pensar sólo en nosotros. Si lo transportase al desierto y estallase, dentro de veinte minutos las partículas radiactivas matarían a varios miles de colonos. El espaciopuerto se halla al otro lado, completamente aislado. Y puedo llegar allí en quince minutos… aunque sea detenido por la policía de Wendel y tenga que abrirme camino a la fuerza.

—¿Pero por qué querrían detenerte? Sería a costa de su propia vida…

—¿ Por qué enviaron a alguien con el propósito de hacer estallar esa bomba? Ahora se arriesgarán a lo que sea, porque saben que la nueva jugada planteada por la Endicott les puede aplastar. Ese cilindro es de menos potencia que la primera bomba atómica que se construyó —de mucho menos que la que fue lanzada sobre Hiroshima— y si es preciso provocarán la explosión de media docena de ellas en diferentes partes de la Colonia. Esto es evidente. O quizá hayan pensado que la que me llevo al aeropuerto —y la voy a llevar allí, Grace— hará que los colonos se lo piensen dos veces antes de llevarse a casa más cilindros de la Endicott.

—Tienes razón, John —dijo Grace Lynton con una firmeza en la voz que la sorprendió—. No podemos pensar sólo en nosotros. Hasta que vuelvas… cada instante será para mí un tormento. Pero… debes hacerlo. No hay otra solución.

—Volveré —dijo Lynton—. Te… te quiero, Grace.

—Y yo a ti, John… aunque a veces haya sido contigo cruel y te haya dicho cosas que no te merecías. Te quiero muchísimo, John.

—Cuídese mucho, padre —dijo Thomas.

—Pierde cuidado, hijo. No te preocupes. Pórtate como un hombre y ocupa mi lugar en la familia hasta que regrese.

CAPÍTULO XIII

Ignoro cuánto tiempo permanecí en la inconsciencia en la cama del hospital hasta que mi vista se fue aclarando poco a poco y las cosas se fueron perfilando ante mis ojos permitiéndome ver los frascos de medicina que había encima de la mesa a mi lado y un paquete de vendas que parecía tan grande como un cilindro de combustible líquido.

Alguien que no podía ser el médico estaba sentado en una silla junto a la cama, inclinado un poco hacia delante, los ojos clavados en los míos. Me estremecí al verlo, un estremecimiento que me recorría a sacudidas el espinazo, insistentemente.

Tenía unja visita capaz de helar de espanto al hombre mejor preparado para resistir la terrible impresión que producía aquel tipo. Me miraba con gélida hostilidad, como si se resintiese del hecho de que me hallase todavía vivo y estuviese dispuesto a hacer algo para que no fuera así de ofrecerle yo la menor oportunidad.

Me sentía dominado por la triste sensación de que mi vida pendía de un débil hilo que se podía romper en cualquier momento en tanto el individuo en cuestión estuviese a mi lado sin nadie que pudiera intervenir en el caso de que perdiese el control de sí mismo.

No era un rostro particularmente brutal el suyo. Una gran inteligencia se reflejaba en sus facciones. Era la clase de expresión que denota la disciplina de los pensamientos —años de disciplina intelectual— y una disposición para matar valiéndose solamente de las manos, si es que diese la casualidad de que no llevase armas encima. Y de esto último estaba yo muy poco seguro.

Sus glaciales ojos parecían decir:

—Ya le tengo donde interesaba tenerle, pollo. Si lo prefiere, puede empezar a gritar, pero es lógico suponer que si he podido

llegar hasta usted poco me costaría retorcerle el pescuezo a mi entera satisfacción. Cinco minutitos usted y yo solos me irían de primera. ¿Cuánto tiempo tardaría en matarle, eh?

Era un tipo corpulento y macizo con unas manos que parecían capaces de retorcer una gruesa barra de hierro con la misma facilidad con que se retuerce un alambre.

Ignoraba yo por qué estaba sentado a mi lado, pero lo que sí sabía era que el timbre de alarma sonaba otra vez en mi interior. Pero esta vez no ocurría en el interior del tren subterráneo sumido en la total oscuridad o en lo alto de una escalera de espiral, en donde un asesino pudiese fallar la puntería. Estábamos frente a frente, en la bien iluminada habitación de un hospital.

Me encontraba acostado en la cama sintiéndome desfallecer mientras la Muerte me miraba fijamente a través de aquellos gélidos ojos azules. Sólo había para mí una posibilidad de salvación a la que me agarraba desesperadamente: la habitación debía estar vigilada y de producirse un acto de violencia llamaría la atención inmediatamente.

Sus palabras me arrancaron esta esperanza, dejándome completamente desalentado a su merced.

—Sólo tengo que hacerle unas preguntas —dijo con un tono sorprendentemente suave—. Nos hemos asegurado bien de que no haya ningún micrófono en la habitación y de que estemos solos. Tenemos por costumbre hacerlo así cuando es necesario practicar un interrogatorio de esta clase. No nos gusta hacerlo, pero a veces.,.

Se encogió de hombros, como si se resintiese de dar unas explicaciones que eran obvias.

—Cuando la seguridad de la Colonia corre peligro —prosiguió con impaciencia— no vacilamos en hacer uso de toda nuestra autoridad. No nos queda otro camino. Hay unas cuantas cosas que la Wendel Atomics tiene derecho a conocer —continuó diciendo Mirada Glacial—. Un derecho legal… no lo dude. Le advierto que será mejor para usted no mentirme. Si lo hace…

Se encogió otra vez de hombros.

Dije algo entonces que me sorprendió, porque en aquel momento no estaban las cosas para mí como mostrarme desafiante.

—¡Demuéstrelo! —exclamé.

No me debió oír, pues prosiguió hablando sin inmutarse.

—El comandante Littlefield está en su derecho al negarse a ser interrogado con respecto a lo que ocurrió a bordo del cohete de Marte. No detentamos jurisdicción sobre esas... irregularidades ocurridas en el espacio. Si interrogásemos a uno solo de sus oficiales, la Junta tendría derecho a revocar los privilegios que nos confieren las estipulaciones de nuestro contrato. Pero dos de sus oficiales han venido voluntariamente a vernos y nos han dado unos informes que no pueden ser pasados por alto. Creemos que la seguridad interna de la Colonia está en peligro y tenemos la intención de dar los pasos necesarios para estar bien seguros de que ninguna de las preguntas que tenemos derecho a hacer quede sin contestar.

Debía estar completamente seguro de que yo no tenía un as oculto porque respaldaba lo que decía con una peligrosa amenaza. Peligrosa para él... si hubiese habido en la habitación un oculto micrófono capaz de comunicar a la Junta aquella amenaza.

—Deseo, por su propio bien —dijo— que no se reserve nada. Es muy incómodo sentarse delante de la Gran Imagen para ser sometido a interrogatorio y que le destruyan parcialmente el cerebro. La parte del cerebro que más se valora, la que le da su personalidad... destruida, seccionada. Sí... seccionada es la palabra correcta, aunque no se necesite instrumento ni ninguna mano le toque. Se puede penetrar profundamente en el cerebro valiéndose sólo de vibraciones. Pero nada... físico ocurre nunca en el cuarto de interrogatorios de la Gran Imagen. Ni cuchillos, ni aparatos vibratorios, como usted sabe. La destrucción se lleva a efecto de un modo muy diferente. Pero, es tan eficaz e irreparable como una operación quirúrgica cerebral.

Cesó de pronto de hablar y fijó la vista en la pared opuesta como si estuviese contemplando la sombra de un hombre contorciéndose por el dolor. Yo también la pude ver, y no me gustaba verla, porque me imaginé que podría ser yo el hombre que R proyectaba.

De modo que la policía de Wendel tenía en Marte esa clase de aparatos, con sus múltiples bandas de sonido y el suave funcionamiento de su proyector bien ocultos a los ojos do la ley. Cuartos de interrogatorios con la Gran Imagen... un cruel vestigio de la técnica del lavado del cerebro que tanto ultraje había producido en la opinión mundial a mediados del siglo veinte hasta

que fue prohibida y castigada por las Naciones Unidas, el Tribunal Mundial y toda agencia gubernamental de la Tierra.

Pero la mente criminal siente poco respeto por la opinión mundial o restricciones sobre prácticas brutales, que son muy difíciles de hacer cumplir. El interrogatorio mediante la Gran Imagen había empezado como un procedimiento policial para practicar investigaciones criminales que luego fue empleado, por una policía nefasta que se valía del mismo para; sus fines particulares y clamaba precedentes históricos y justificación moral como defensa cuando sus actividades salían a relucir.

Estaba seguro de que Mirada Glacial lo había mencionado sólo para apretarme la tuerca hasta el máximo, esperando que me pusiera pálido de miedo y contestara a todas sus preguntas sin ofrecerle la menor resistencia. Cuando yo empezara a hablar, él se quedaría callado, escuchándome atentamente, pero yo sabía de antemano que su intención era desde el principio tentarme a hablar para luego acabar conmigo de la forma más rápida posible.

La cámara de tortura de la Gran Imagen… algo escalofriante de recordar, allí donde a la víctima se le inyecta bajo los párpados una droga que la obliga a mantener abiertos los ojos. Es imposible cerrarlos por más que uno quiera. Ni tampoco se puede volver la cabeza, porque se está sujeto a la silla y tiene unas abrazaderas que le impiden moverla. Aparece luego ante los atónitos ojos una enorme pantalla en la que se mueven fantasmagóricamente unos espeluznantes gigantes semidesnudos haciendo restallar sus látigos.

—¡Bueno, muchacho! —exclama uno de ellos, haciendo un guiño con el ojo.

—Creo que tiene ganas de armar camorra con nosotros —dice otro con guasa.

—Tendremos que complacerle —indica el más forzudo.

—Oh, claro, claro. Pero debemos dejarle un poco de tiempo para que nos conozca mejor. Tal vea le podamos ablandar algo hablando con él. ¿Qué os parece?

—¿Y por qué no?

Al principio, pueden mover a risa, porque… ¿a quién se le ocurre pensar que un gigante que aparece en la pantalla pueda saltar de la misma y flagelarle a uno con un látigo de cinco colas de acero? Pero si uno sabe de qué se trata, no acostumbra reírse ni desde el

principio.

Continúa la sesión y al cabo de un rato los gigantes ya no están en la pantalla, sino junto a uno, en el cuarto del horror. Uno de ellos le está azotando con su látigo sobre los hombros... La víctima siente que a cada latigazo el acero penetra en su carne, y ni siquiera gritando puede hacer cesar el tormento, porque no puede impedirse la continuación de una ilusión que destroza la mente y le arranca de la misma todas las facultades mentales.

Raras veces el lavado del cerebro requiere más de cinco horas para quedar completado. Se pasan, tres fases. Al cabo de una hora —o dos como máximo— cuando el tormento se hace casi irresistible, la víctima empieza a delirar un poco, pero aún se tiene suficiente juicio para contestar a casi todas las preguntas que le hacen. Luego se vuelve uno tan desesperadamente loco que ya sus contestaciones son totalmente absurdas y no hay que creerlas. Pero ellos están satisfechos porque han conseguido sacarle cuantío deseaban al empezar el interrogatorio.

Sin pérdida de tiempo, proceden a ocuparse de la tercera y última fase. Le tranquilizan a uno y le "curan" con la tortura mental equivalente a una operación cerebral. Lo hacen para asegurarse de que la víctima pierda la parte de su cerebro que pudiera abrigar resentimiento por lo que se le hizo y fuera capaz de poseer voluntad suficiente para acusarles ante la Ley.

Y ahora me hallaba tendido en la cama, inseguro de mi propia fuerza física, y Mirada Glacial me estaba amenazando con ¡aquello!

CAPÍTULO XIV

Había dicho claramente que representaba a la Wendel. Pero no se había identificado claramente, y yo no podía saber con exactitud qué clase de agente de la Wendel era. De la peor clase, sin duda alguna. Pero lo que yo deseaba saber era algo más que eso.

¿Sería acaso… un sustituto? ¿Fue designado para ocupar el lugar del agente secreto muerto en el espacio por el robot? De ser así, la satisfacción que sentiría al matarme sería muy superior a la de cualquier agente vulgar de la Wendel.

Pero una cosa sí sabía yo con meridiana claridad. El contestar a sus preguntas no me reportaría ningún beneficio, sino que aumentaría el peligro en el instante en que yo cesara de hablar. Y firmaría mi propia sentencia de muerte con su venganza de cooperar con él en la habitación del hospital ahorrándole las molestias de atarme y sacarme subrepticiamente para meterme en un cuarto de interrogaciones de la Gran Pantalla.

Me decidí de pronto. Me levanté de la corno con tanta rapidez que la electricidad que generó mi cuerpo hizo que las sábanas restallaran. No era un cuerpo débil como me había estado figurando, no. Cuando eché atrás mi brazo noté fuerza y elasticidad en los músculos potentes de mi espalda y me quedé asombrado, porque no debía tener fuerza alguna. Pero mis músculos estaban dispuestos, pictóricos de energía.

Mi impacto le alcanzó antes de que mis pies tocaran el suelo, metiéndole el puño en el mismo estómago y enviando la silla en que había estado sentado al otro lado de la habitación.

Se agarró a los brazos de la silla tratando de levantarse con una espantosa mueca de dolor en sus descompuestas facciones. Me arrojé fieramente contra él, pero me flaquearon los músculos de mis

débiles piernas que casi se me doblaron antes de que pudiera echarle las manos encima.

Lo arranqué de la silla y poniéndolo cara arriba empecé a golpearle salvajemente la cabeza contra el duro suelo, antes de que él pudiese agarrarme con sus trémulas manos. Una mirada de horror infinito era lo que expresaban aquellos desorbitados ojos pero yo continuaba golpeándole.

Lo único que él podía hacer era retorcerse debajo de mí y tratar desesperadamente de levantarse un poco echando la cabeza hacia delante para evitar el violento contacto con el suelo. Parecía sentirse tan desesperado en su intento de salir de debajo que decidí ayudarle. Lo levanté en vilo del suelo y lo arrojé de un empellón contra la pared... varias veces.

No sé de dónde saqué mis fuerzas, pero incluso mis piernas se estaban portando bien, ahora. Eran todavía la parte más débil de mi cuerpo, pero aguantaron mi peso hasta el último momento, cuando terminé con él de un martillazo en la cabeza que le hizo desplomarse como un saco.

Me empecé a sentir nervioso. Muy posiblemente habrían rodeado el hospital y cuando viesen lo que te había hecho a Mirada Glacial no se entretendrían hablándome tanto como él lo había hecho antes de que lo enviara al mundo de los sueños.

O bien me derribarían de un pistoletazo a quema ropa en cuanto me echaran el ojo encima o me amordazarían y llevarían con una camilla bien atado para someterme a sus procedimientos rutinarios.

Mirada Glacial no me preocupaba por ahora. Permanecería en la inconsciencia hasta que me decidiese a salir tambaleándome de la habitación y yo tenía la esperanza de que la primera persona con quien me tropezase optara por no delatarme o me volviera a la cama para pedir auxilio desde ella.

Pero a veces, cuando uno se ve dominado por la incertidumbre, hace cosas absurdas. No cabía la posibilidad de que volviera en si inmediatamente, pero impremeditadamente, como un autómata, me arrodillé junto a él y le levanté un párpado con el pulgar. La vidriosa pupila que vi debajo me provocó un estremecimiento, porque pensé que lo había matado. Le puse la mano bajo la camisa, sobre el corazón, y no sentí ningún latido. Tenía la piel pegajosa y muy fría.

Luego noté que todavía respiraba. Bajo mi mano sentí un súbito y reacio latido.

Bien, viviría para volver a ser un canalla. Pero ello no resolvía mi precaria situación, mi muy peligrosa situación. El pedir auxilio a alguien sería lo peor qué se me podía ocurrir. ¿Pero qué otra cosa podía hacer yo?

Tenía que luchar contra la debilidad que volvía a apoderarse de mí y era preciso qué estuviese preparado para enfrentarme con otro agente de la Wendel o media docena de ellos. Pero necesitaba tener un aliado, alguien que conociese el hospital tan bien como yo conocía las rayas de mi mano. Me tendrían que informar de antemano para qué yo supiese qué posibilidades tenía de salvarme.

¿Qué ocurriría de decidirme a pesar de mi debilidad a intentar la huida jugándome el todo por el todo? ¿Tendrían los médicos, alguno de ellos al menos, autoridad para oponerse a los de la Wendel casó de decirles yo quién era y que ellos me creyeran?¿No tendría aquí tanta autoridad la Wendel que los doctores exigirían ver el halcón de plata con sus propios ojos antes de decidirse a correr riesgos por mí, haciéndose con ello acreedores colectivamente a una excepcional citación al valor por parte de la Junta... dé vivir yo para demostrarlo?

¿Y dónde estaba el Halcón de plata y mis papeles cifrados en clave secreta que me identificaban? Encima, no los llevaba. Me habían quitado mis ropas poniéndome un uniforme del hospital sin ningún bolillo. Era lógico suponer que me las habían registrado antes de ponerles una etiqueta para guardarlas por si salía vivo de la prueba y se las reclamaba luego. Al fin y al cabo habría sido sólo un procedimiento ordinario que seguían con todos los que ingresaban en el hospital.

Excepto que... el comandante Littlefield les hubiese advertido no tocaran mis vestidos y se los enviaran inmediatamente. No, no... sería absurdo. Lo más lógico era que el comandante se hiciese cargo del halcón de plata y los papeles de identificación que yo llevaba en el bolsillo interior del chaleco antes de que me metieran en la ambulancia y que ahora se hallasen a salvo en su poder. O tal vez en poder de Joan. Todo esto no eran más que meras suposiciones, pero estaba bien seguro de una cosa. No habían encontrado el halcón de plata o a Mirada Glacial no se le habría jamás

permitido…

Diablos… ¿por qué no encararse con la realidad? No podía estar absolutamente seguro de ello. Si el poder de la Wendel fuese aquí total, los médicos se verían con las manos atadas, a pesar de cuanto supieran sobre mí. Para vencer ese poder enemigo hubiera sido preciso que me hallara lleno de salud y de pie, con el halcón de plata resplandeciendo en mi pecho.

Lamentablemente no creía que el comandante Littlefield les hubiese dicho nada. Era la clase de secreto que defendería con su vida, a menos que tuviese razones para sospechar que la Wendel estaba dispuesta a enviar un agente para asesinarme antes de que yo tuviese la oportunidad de decirle si consideraba o no el peligro lo suficientemente grave como para justificar el quebrantamiento del secreto. Hubiese respetado mis deseos y en verdad que se le podría perdonar el no haber tenido la perspicacia de tomar las máximas precauciones por su propia iniciativa. Sería muy fácil decirle que lo debía haber hecho… pero que había fallado lamentablemente. Pero me negué a condenarlo por mantener el secreto con tanta firmeza que no se había percatado de cuánta rapidez e impiedad la Wendel podía actuar cuando le convenía. Pero, aunque me hubiesen rodeado de un círculo protector, la Wendel podría haber logrado convencer al personal del hospital de que el halcón de plata no era más que una falsedad y Littlefield un conspirador contra la Colonia.

Sobre las cabezas de los comandantes de las grandes aeronaves pesaban muchas sospechas, una sarta de mentiras que les acompañaba doquiera fueran y mermaban su autoridad cuando intentaban intervenir en los asuntos de la Colonia.

Todo esto pasó por mi mente y me ayudó a tomar una decisión mientras contemplaba el cuerpo inerte de Mirada Glacial. Littlefield seguía siendo mi mejor esperanza. Me encontraría completamente solo en un ambiente totalmente extraño para mí enfrentándome con una situación a todas luces espantosa.

No tenía otro remedio que abrirme paso a través de la Colonia por mis propios pies, un forastero en un mundo al cual no había tenido tiempo de acondicionarme. Tenía que llegar hasta la aeronave de un modo u otro aun cuando ello significara el tener que enfrentarme con criminales ocultos en las sombras de tétricos

callejones esperándome acechantes con sus mortíferas armas dispuestas a acabar conmigo. Había que vencer en astucia a los agentes de la Wendel.

Se oiría un grito y un clamor espantoso... y luego todos se lanzarían en mi búsqueda sedientos de sangre. Y yo no tenía papeles que acreditasen mi personalidad... nada. Me encontraría tan desnudo y vulnerable como el día en que nací, en más de un aspecto... excepto que sería un hombre hecho y derecho con la resolución de un hombre dispuesto a enfrentarse con lo que fuera, pletórico de energía.

Me había decidido a no hacer intento alguno de gritar para atraer la atención de alguien hacia mi habitación. Por mucho que necesitara de un aliado, el peligro sería demasiado grande. Nadie había entrado en la habitación y el hecho de que había podido impedir a Mirada Glacial que exhalara un grito cogiéndolo completamente de sorpresa y derribándolo al suelo inconsciente era un punto a mi favor. Si no me aprovechara de esta ocasión que se me brindaba espléndidamente hubiera sido un loco.

Sería más sensato escabullirme ahora de la habitación y probar mi suerte afuera, que esperar a un aliado que viniese en mi ayuda porque la persona que pudiera venir tal vez no fuera en modo alguno un aliado sino otro agente de la Wendel.

Pero deliberadamente cerraba mis ojos ante el peligro mayor... Ignoraba cuán grande era el hospital, cuántos corredores y vestíbulos tenía, cuántos timbres de alarma empezarían a sonar en cuanto alguien me viese... Tal vez hubiese docenas de médicos y enfermeras caminando de un lado para otro y un agente o dos de la Wendel al final de cada corredor...

Tal vez todas las salidas estuviesen vigiladas por agentes de la Wendel armados con pistolas atómicas esperando a que yo me asomara para descerrajarme un tiro que me pulverizara. Ni siquiera sabía a qué distancia se hallaba el hospital del centro de la Colonia... sólo que instantes antes de que me desmayara por última vez en la ambulancia me pareció ver que me encontraba a bastante distancia del corazón de la Colonia.

Y aunque no hubiese vigilantes en las salidas y nadie tratara de impedirme la huida, ¿cómo me las arreglaría para saber el camino que debía seguir para llegar al espaciopuerto? ¿Cómo podría

atravesar las arenas del desierto caso de que el hospital estuviese situado a quince millas del espaciopuerto y no encontrase una ambulancia en la que poder hacer el recorrido?

Arriba, en las habitaciones, habría un agente de la Wendel a quien yo había dejado inconsciente y que luego empezaría a moverse y a gritar en demanda de auxilio y cuando entrasen en la habitación para ayudarle, las enfermeras y los médicos no harían otra cosa que palidecer un poco cuando les recordase la omnipotencia de la Wendel y él sólo les tendría que decir una cosa:

—Pónganme inmediatamente el telecomunicador con la Agencia de la Central de Policía.

Y yo estaría en el desierto de las rojas arenas, luchando en mi camino hacia la Colonia en medio quizá de una tempestad de arena, pero diez o quince minutos después oiría el rumor en el aire y éste sería mi final.

El caso era que necesitaba a alguien que me ayudase de una forma desesperada… un aliado. Necesitaba urgentemente a una persona que viniese a mi habitación, porque no era posible que intentase desafiar a la muerte por las calles de la Colonia sin llevar puestas unas ropas al estilo de las usadas en Marte para reemplazar al uniforme que me habían puesto en el hospital. No me serviría la blanca bata de un médico ni tampoco el uniforme de enfermera. No era mi figura apta para pasar por la de una enfermera, ni incluso dentro de las paredes del hospital, dejando aparte la barba espesa que cubría mi cara.

CAPÍTULO XV

Hace ya muchos años, en el siglo veinte, cuando la Segunda Guerra Mundial se acercaba a su fin, el movimiento clandestino antinazi ayudó a muchos soldados aliados a escaparse de los campos de concentración disfrazados de mujeres. Ciertamente no era una estratagema como para despreciarla cuando la vida estaba en juego. Pero en cierto modo mi orgullo masculino no quiso aceptar la idea y tuve que rechazarla.

Debían haber muchas prendas de los pacientes colgadas en algún sitio del hospital, ¿pero cómo podría apoderarme de un traje completo si iba a salir de aquí como un ladrón amparado por las sombras de la noche?

¿Llegar hasta donde estaban, cautelosamente ¿Resolvería así mi problema?

No.., no debía moverme con tanta lentitud. Tendría que hacerlo con rapidez y decisión, confiando en que la suerte me protegiera. Pero seguía en pie el problema de las ropas y a menos que pudiese resolverlo…

Ella me lo resolvió. De momento no lo supe, y ella tampoco… quiero decir… ella no lo sabía cuando volvió a mi habitación, pues no esperaba encontrarse con tal problema. Lo que vio primero fue la figura inerte de Mirada Glacial caída en el suelo y al paciente que había dejado en la cama de pie en medio de la habitación con su uniforme de paciente retorcido grotescamente sobre sus huesudas y rugosas rodillas y con un aspecto general endemoniado. Pero no se fijó mucho en mí. Sus ojos estaban clavados en la yerta figura de Mirada Glacial. Mientras le contemplaba se le iba demudando el rostro, copio sí nunca hubiese visto a un hombre muerto o tan cerca de la muerte como Mirada Glacial parecía estar.

Me di cuenta del grito que iba a exhalar con tiempo suficiente para evitarlo. De un salto me planeé frente a ella y le puse una mano sobre la boca, sujetándola al mismo tiempo por el hombro para impedirle tratara de huir hacia la puerta.

No podía censurarla por sentirse asustada ante el cuadro que se ofrecía a sus ojos y el terrible aspecto de Mirada Glacial ni que me mirara con temor considerándome el responsable de todo, como así era en efecto. Y, a pesar de cuanto Joan pudiese haberle dicho... llevaba suficientes años de enfermera para no ignorar que incluso una mujer casada durante muchos años no podía estar bien segura de que su esposo, por circunstancias extrañas, no se volviera loco peligroso de la noche a la mañana.

Y las posibilidades aumentaban al tratarse de un enfermo que había estado tan cerca de la muerte, consumido por la fiebre, cuya razón pudiera tal vez estar minada por los sufrimientos padecidos.

Toda la razón la asistía en una cosa. Yo era d responsable del terrible estado en que había quedado Mirada Glacial. Pero... había habido una razón para que yo le atacara de aquel modo, y deseaba que ella supiera cuanto antes el motivo que me impulsó a hacerlo para que se calmara su excitado ánimo y fuera otra vez una persona responsable.

La histeria es uno de los peores enemigos de la mujer... y también del hombre, a veces. Pero, como es mucho más común en la mujer que en el hombre, significa un problema especial que todo hombre debía saber cómo resolver. Yo no era un experto en estas cuestiones, pero ella me ayudó mucho sólo escuchando cuanto yo decía en mi defensa, escuchándome atentamente, como si su propia vida dependiera de ello. Y, cuando terminé de hablar, parecía estar de acuerdo conmigo en que si alguien le hubiese puesto a Mirada Glacial un algodón de éter durante su sueño, ahorrándole as molestias de este mundo de una forma suave e indolora, hubiere hecho un gran, servicio a la Humanidad.

—¡Yo le ayudaré! —susurró—. Nadie nos molestará si hacemos ver que le acompaño hasta el final del pasillo para volver después a la habitación. Tenemos aquí enfermos a los que ayudamos a recobrar sus fuerzas llevándolos a pasear de vez en cuando por el interior de este hospital.

Moví negativamente la cabeza, murmurando por encima de su

hombro hacia la puerta.

—¿De qué me serviría pasear por el corredor sí hay un agente de la Wendel apostado al final del mismo? A un médico se le podría engañar, pero un agente de la Wendel empezaría a preguntarse por qué me ayudaba una enfermera a recuperar mis fuerzas cuando era más conveniente para ellos que me quedase en la cama para contestar a sus preguntas. Nos seguiría inmediatamente hasta esta habitación para averiguar qué había ocurrido.

—En todo el hospital no hay ningún agente de la Wendel —dijo ella—. Si algún policía de la Wendel hubiese insistido en interrogarle tal como él lo hizo... a solas, el hospital se hubiera resistido a sus pretensiones. Habría sido una batalla perdida, indudablemente. Mañana mismo estaría aquí una patrulla de la Wendel reclamando que le pusiésemos a usted bajo su custodia y no podríamos desafiar hasta ese punto al poder de la Wendel si es que queremos que el hospital continúe funcionando en esta Colonia.

La miré asombrado.

—¿Cómo entonces llegó él hasta mí?

Entonces fue cuando ella hizo estallar la bomba.

—Si todo el poder político-social de la Wendel personificado en un hombre llegara aquí y amenazara con hacer uso de su inmensa fuerza si no se le permitiese hablar con usted completamente a solas... y ese Hombre fuese Henry Wendel en persona...

Se encogió de hombros, mirando fijamente a la inerme figura de Mirada Glacial en medio de un silencio sepulcral, mientras yo permanecía aturdido, sin saber qué responder.

¡El hombre más importante de la Wendel! Y lo había vapuleado a mi gusto sin saber quién era, ignorando que golpeaba contra la pared de la habitación de un hospital a toda una inmensa empresa con sus líneas atómicas de transmisión, sus gigantescas y negras turbinas y los cables que cual inmensa boa constrictor serpenteaban en todos direcciones a través de la Colonia.

La autoridad que me concedía el halcón de plata hubiese sido suficiente para darme derecho a ejecutoríe allí mismo. Pero no se pueden resolver de esta forma los problemas... porque siempre hay otros hombres importantes que esperan con ansiedad d momento en que cae el número uno para ocupar de inmediato su puesto, con más avidez, más determinación y atrevimiento.

Cuando se corta la cabeza a esa clase de boa constrictor y se dejan intactos los grandes rollos de cables, la nueva cabeza puede ser dos o tres veces más peligrosa que la primera.

Hubiera sido difícil creer que había venido solo, sin nadie que le protegiera, de no haberme acordado que se había intentado volar la nave espacial solamente por el hecho de que la Wendel me quería bien muerto. Ahora estaba seguro de eso. Y si él deseaba acabar con mi vida con tanta vehemencia, probablemente el protegerse a sí mismo habría significado para él cosa de muy poca importancia. Primero me tenía que interrogar y después ya se cuidaría de mí, y para esto él era el más indicado. Nadie más podría hacerlo mejor.

Lo malo era que le había salido mal.

Había muchas cosas que deseaba preguntarle a la enfermera Querubín, pero no disponía de tiempo para ello. Habíamos empleado ya cuatro o cinco minutos discutiendo mi estado de salud, y en cualquier momento se podría presentar alguien en la puerta qué me impediría salir cuando viera lo que le había hecho yo a la Wendel.

Y no era preciso que fuese un agente de la Wendel. Ningún médico que no tuviera ganas de suicidarse me permitiría el paso hasta que llegase la Wendel para interrogarme. No tenía yo encima mi halcón de plata para apoyar mis declaraciones y cuando el magnate de la enorme firma volviera en sí no tendría otra cosa que hacer que acercarse al telecomunicador y antes de que yo pudiera convencer a nadie del hospital estaríamos rodeados de un enjambre de sicarios dispuestos a todo.

Tal vez estuviesen ya en camino. Cabía en lo posible. que se habría adelantado llegando aquí antes que ellos, esperando que llegasen para recoger mi cadáver y sacarlo del hospital en una camilla bien custodiada.

Cuando me hubiese matado... ¡Cielos!, cuán fácil es olvidarse de las cosas más vitales. Ni siquiera lo había registrado. Si llevase él encima un arma, de mucho me podría valer, pues no hay nada que levante con más rapidez la moral cuando la vida de uno corre peligro que el sentir el frío contacto de una pistola atómica en la mano.

Me iba a acercar a él, cuando la enfermera dijo.

—Quédese ahí sin moverse y tenga la puerta cerrada hasta que

yo vuelva. Daré tres golpes. Voy a buscarle su ropa.

Asentí con la cabeza, silenciosamente, sintiéndome inmensamente agradecido, deseándole con el alma decirla lo muy maravillosa que era, acariciándola con la mirada... ella pareció comprenderlo, pues una ancha sonrisa se dibujó en su rostro y luego desapareció de mi vista.

Llegué a la puerta y la cerré y luego volví al lado del poderoso magnate y me incliné sobre él.

Encontré la pistola aunque para quitársela tuve que volverlo cara arriba. Era un cuerpo inanimado, como el de un muerto, pero cuando le arrebaté el arma se movió un peco y empezó a gruñir. Le pegué un puñetazo en el mentón y cesó de gruñir. ¿ Fue brutal? Sí, se puede apostar que sí, pero no estaba mi situación como para permitirle volver en sí.

¿Qué podía haber hecho? Si le hubiese matado allí mismo, en aquel momento, la Junta no me lo hubiera censurado. De esto estaba bien seguro. El no haberlo hecho fue tal vez estúpido por mi parte, una debilidad que me podía haber costado cara. Pero no sé por qué no lo maté... El me hubiese asesinado tranquilamente, no cabe duda, pero todos no somos iguales.

Me gustó la pistola. Era una pistola atómica que debía haber costado una pequeña fortuna, un arma complicada, el último modelo, lo más fino y mejor que había visto en mi vida. Afortunadamente, sabía yo mucho sobre armas, porque las armas complicadas siempre me habían fascinado.

Con ésta estaba seguro de que podría apuntar y disparar con magnífica puntería, aunque algunas de sus piezas de precisión me eran totalmente desconocidas. Le quité también el cinturón con la pistolera y me lo abroché en el cinto y todavía me sentí más satisfecho.

Llamó tres veces, como había prometido, y entró en la habitación portadora de unas ropas que algún pobre diablo de una habitación próxima jamás viviría para usarlas de nuevo. Así me lo dijo ella mientras me quitaba el uniforme del hospital.

—Cáncer —dijo—. Lo mantienen con sedantes. Piensa uno que se halla en situación desesperada, que es imposible nada peor, hasta que ve una cosa así. Entonces se da uno cuenta de la suerte que tiene.... sólo de seguir viviendo.

—No es preciso que me lo diga —repuse—. A menudo he pensado en cosas así.

No se alteró lo más mínimo cuando me quedé un momento completamente desvestido ante ella, como ocurre generalmente con las enfermeras. Yo tampoco me alteré, porque no estaba mi ánimo como para andarse con sutilezas de esa índole.

Las ropas me venían algo pequeñas, pero tenía la sensación de que en la Colonia no se prestaba demasiada atención a los vestidos que uno llevaba, que nadie se fijaba si eran anchos o estrechos, grandes o pequeños. En una sociedad en sus comienzos parece que el vestir de cualquier manera le da a uno cierto prestigio y la sensación ante los demás de que se sabe por dónde navega y que hace mucho tiempo que deambulaba por allí.

Tenía todavía dos preguntas que hacerle antes de. que me perdiese en el interrogante que afuera me esperaba, si es que podía salir vivo del hospital con ayuda de mi inteligencia y la pistola con que iba armado.

¿A qué distancia se hallaba el hospital de la Colonia? ¿Qué le iba a decir ella a Joan para tranquilizarla cuando mi esposa quisiese saber qué había sido de mí?

—Su esposa sostuvo una conversación con el comandante Littlefield a través del telecomunicador —contestó la enfermera—. El comandante la aconsejó que regresara inmediatamente al cohete hace unas cuantas horas. Quería decirle algo... muy importante, algo muy urgente, y le prometió que vigilaría el estado de salud de usted cada media hora. Se marchó de aquí en una de las ambulancias y me dijo que volvería inmediatamente, en cuanto usted recobrase el conocimiento. No es un viaje largo haciéndolo en ambulancia. El hospital está solamente a ocho millas de la Colonia.

—¿Cómo me las arreglaré para llegar hasta allí yendo a pie?

—No tiene más que seguir el camino que parte del hospital hasta que se bifurca. Entonces tome ti camino de la izquierda que es por donde pasan los tubos de aireación que le conducirá directamente a la Colonia. Seguramente se cruzará con ambulancias que van y vienen pero nadie le molestará. Pensaran que es uno de los trabajadores del sistema de aireación.

Sentí el impulso de abrazarla y decirla lo muy agradecido que estaba, pero me indicó que saliera de la habitación y empezamos a

caminar lentamente por el pasillo dirigiéndonos a la salida. Nadie nos molestó, aunque nos cruzamos con varias enfermeras y médicos vestidos con sus blancas batas. Montamos en el ascensor y llegamos al vestíbulo. Y entonces... la besé delicadamente, expresándole así mi inmenso reconocimiento. Pensé que a Joan no le hubiese molestado de haberse enterado alguna vez de mi acto.

—Adiós —dije—. Y gracias.

CAPÍTULO XVI

No había ninguna ambulancia esperando afuera. Descendí los peldaños metálicos de la escalera y a los cinco minutos me encontraba caminando por el camino de la izquierda, que me había recomendado, dirigiéndome hacia la Colonia a buen paso. Me crucé al poco con dos ambulancias, cuyos conductores ni siquiera se molestaron en echarme una mirada.

Pero de pronto sentí que la inquietud se apoderaba de mi ánimo al ver a tres trabajadores del sistema de aireación que avanzaban hacia mí. Tenían el aspecto de agentes de la Wendel y permanecí en estado de alerta hasta que uno de ellos se me acercó y me dijo en tono jovial:

—¿Un nuevo trabajador, eh pollo? No recuerdo haberte visto nunca por aquí. Cada vez van trayendo más trabajadores y es difícil conocerlos a todos..

—En efecto, soy nuevo —dije—. Vivo a dos millas de aquí.

—Bueno, como verás, no es uno de los mejores empleos, amigo. Aquí está uno respirando oxigeno hasta que se harta de todo esto. Pero hay que llevar oxígeno a la Colonia, no hay más remedio.

—No lo desanimes, Pete —dijo entonces el más. alto de tos tres —. No es tan malo como él lo pinta, créeme.

—Claro que no —dije—. Bueno, buena suerte, amigo. Espero que nos volvamos a ver... pronto.

Me sentí tan aliviado al alejarme de ellos que ni siquiera me resentí del tuteo ni del calificativo de “pollo” y “amigo” que me habían dado. Todo cuanto deseaba ahora era perderlos de vista.

Proseguí mi camino a vivo paso y me crucé con tres o cuatro mujeres que permanecían de pie junto a sus casas prefabricadas. Eran todas ellas esbeltas como sauces y bellas, también. Me estaba

acercando al final de mi camino y el corazón me palpitaba de emoción.

Frente a mí vi una plaza enorme, la más grande que había visto en mi vida, unas cuatro veces más grande que la que había en la Tierra enfrente del espaciopuerto, la misma que, parecía ya una eternidad, había cruzado yo con el ánimo en vilo, con tanta incertidumbre como la que ahora me atormentaba.

Cuando se sabe que la muerte no ceja en su empeño de llevarse á uno, que le vigila constantemente en espera de su ocasión, una plaza tan colosal en sus dimensiones y tan solitaria en su aspecto no es lo más apropiado para tranquilizar el ánimo.

No, no estaba del todo solitaria, pues al fondo de la misma había una larga fila de tractores y observé que uno de ellos empezaba a moverse lentamente, destacándose de los demás.

Me fijé en él, poniéndome en guardia, pero casi en el mismo momento se produjo un cataclismo impresionante, un estallido horrísono y una cegadora luz y me vi arrancado del suelo con furia espantosa.

CAPÍTULO XVII

Fui levantado en vilo y luego arrojado contra el duro suelo con tanta violencia que fue una suerte que no me rompiese el espinazo o el cuello al chocar contra el pavimento.

Me puse cara arriba y miré horrorizado al cielo. Por un instante pensé que se había incendiado todo el firmamento. Luego se desvaneció la llamarada y sentí renacer en mí la esperanza.

Me apoyé en un codo y vi que todavía seguían los tractores en d mismo sitio. Ninguno de los vehículos había volado por los aires. Y, como si fuese un milagro, el que antes se había movido se dirigía ahora rectamente hacia mí.

Pero ahora no se movía lentamente. Avanzaba hacia mí desde d centro de la inmensa plaza con el ruido ensordecedor de sus poderosas ruedas, haciendo vibrar el pavimento.

Se iba aproximando, cada vez más cerca, desviándose ahora un poco, ahora corrigiendo otra vez d rumbo, como si estuviese tripulado por un maníaco criminal cuya febril mente estuviese ocupada por la idea de atropellarme deliberadamente.

¿Cómo podía yo dudar de ello? Venía directamente hacia mí, a marchas forzadas, avanzando estrepitosamente a su máxima velocidad.

Pero cuando me veía perdido sin remisión, incapaz de hacer movimiento alguno para evitarlo, el vehículo se detuvo en seco y un hombre saltó de él y acercándoseme me cogió de un brazo y me ayudó a levantarme.

Era un individuo flaco y de pálido rostro, cuyos escasos y albos cabellos se metían al suave aire de la plaza.

Sus perspicaces ojos, hundidos en las, oscuras cuencas, brillaban con febril intensidad y todo su cuerpo se agitaba en convulsos

temblores. No me sorprendía. Pues, si conocía exactamente lo que había ocurrido y ello era tan grave como lo que yo me temía, no era de extrañar se sintiera presa de pánico.

A pesar de su débil y enfermizo aspecto contenta su mirada la fortaleza de un hombre acostumbrado a mandar, de un hombre de indomable voluntad capaz de enfrentarse contra cualquier adversidad. Tenía la sensación de que le había visto antes en cualquier otro sitio, pero no podía recordar dónde ni en qué circunstancias.

—¿Cómo se encuentra usted? —me preguntó observándome escrutadoramente con su penetrante mirada—. Esa explosión se produjo a unas cuantas millas de aquí, pero levantó en vilo el tractor durante unos segundos —prosiguió respirando jadeante—. Tuve por un momento la sensación de que estaba flotando y luego aumenté la velocidad porque pensé que si le imprimía más velocidad disminuirían las probabilidades de que volteara.

Permanecí unos momentos observándole, todavía aturdido por la explosión y el encontronazo con el sudo, incapaz de pronunciar palabra.

—¿Cómo se encuentra? —repitió.

—Estoy bien —le aseguré—. Me encuentro un poco... aturdido. —Señalé hacia los tractores del otro lado de la plaza—. ¿Se produjo allí la explosión?

Movió negativamente la cabeza.

—No. Ya le dije que fue a unas cuantas millas de aquí, por la parte del espaciopuerto. Aquí estamos en la zona de administración de la Endicott. Esos tractores son propiedad todos de la Endicott. Yo estaba a punto de salir con éste cuando se produjo la explosión.

—Ya lo sé —dije—. Le vi maniobrar. Me pregunté entonces por qué sólo un tractor...

No pude continuar, porque el impacto que recibí fue más terrible que cualquier impacto físico, una sacudida que hizo vibrar todo mi ser. Sólo una palabra que él había pronunciado antes hizo que la desesperación se cebase en mí y que le mirara aterrado. El se quedó asombrado, ignorante de lo que me sucedía incapaz de comprenderme.

Yo ansiaba que retirara aquella palabra, que dijera que no la había pronunciado. No debía ser cierta; se debía haber equivocado.

La palabra era “espaciopuerto”. Seguramente para él no contenía ningún especial significado. No era su esposa, sino la mía, la que estalla en el espaciopuerto. El no estaba seguro de donde se había producido la explosión, no podía estarlo y no le costaría nada decirme que se había equivocado.

Pero antes de que pudiese yo confiar en arrancarle esta aclaración dijo:

—Los técnicos de la Wendel están activando los Cilindros de combustible de la Endicott en diferentes partes de la Colonia. Están tratando de que los colonos acusen a la Endicott de intentar la matanza de colonos en masa. Los cilindros sólo son capaces de destruir una zona de unas pocas millas cuadradas, porque su potencia destructora no entra en la categoría de armas nucleares de guerra, Nunca creímos que fueran convertidos en bombas.

Y después lo que yo más temía:

Fuimos advertidos de esto por un colono que se dirigía al espaciopuerto con uno de esos cilindros. Tal vez haya llegado ya allí. Habló brevemente con nosotros a través del telecomunicador. Esa explosión provino de la dirección del espaciopuerto, pero puede que no sea la que nos advirtieron. Tal vez ahora mismo estén tratando de desarmar en el espaciopuerto otro cilindro. No lo lograrán, ya que solo un técnico de la Endicott podría conseguirlo.

—¿Podría usted hacerlo?

Asintió.

—Sí… puedo desarmarlos. Es posible llegar al espaciopuerto en quince minutos atravesando el desierto. El colono que habló con nosotros cometió una grave equivocación, pero no fue culpa suya. No sabía que para que un cilindro estalle después de haber sido activado es necesario que transcurran cuarenta y cinco minutos. En algunos casos… cincuenta o cincuenta y cinco minutos.

Hizo una breve pausa y luego prosiguió animadamente:

—Lo debió traer aquí. Lo podríamos haber desarmado con tiempo suficiente. Pero él temió que matase a varios miles de personas si estallaba cerca de su casa o en esta parte de la Colonia. También calculó exageradamente el área que arrasaría la explosión. Cuando nos habló se hallaba cerca del espaciopuerto y si le hubiésemos dicho que volviera atrás y nos trajera aquí el cilindro los riesgos hubiesen sido muy grandes. Tuvimos que dejarle seguir

su camino. Dije que no pueden desarmarlo en el espaciopuerto. Pero existe una pequeña posibilidad de que puedan hacerlo... porque puede haber allí algún técnico de la Endicott o alguien que conozca lo suficiente sobre cilindros de la Endicott que se atreva a intentarlo a la desesperada. Con suerte, pudiera conseguirlo... pero lo dudo.

—¿Lo duda? ¡Dios mío...!

—Lo dudo mucho. Por eso es preciso que llegue allí lo más rápidamente posible. Es una responsabilidad que debo afrontar yo sólo, nadie más que yo. Hay ocasiones en que un hombre debe encararse con la muerte con decisión, sin miedo.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—Un hombre con mucho de qué dar cuenta, un hombre que no tiene nada de bueno. Soy Kenneth H. Hillard, presidente de la firma Endicott.

Me dejó sorprendido durante un momento, tan sorprendido como cuando la enfermera Querubín me notificó allá en el hospital que el hombre a quien yo había dejado tan mal parado era nada menos que el magnate de la Wendel.

Y le dije entonces, con decisión:

—Voy con usted. Me asiste todo el derecho. Me juego algo por lo que estoy dispuesto a ofrecer mi vida...

—Su esposa. Comprendo...

—Espero que sea así, de lo contrario...

—¡Suba! —espetó—. Quizá le necesite. Mi salud no es demasiado buena. El corazón...

Montamos y el vehículo se puso en marcha inmediatamente.

—Es el principio del fin —gritó entre el ruido ensordecedor del tractor mientras avanzábamos hacia la incógnita que se abría ante nosotros...

CAPÍTULO XVIII

Permanecimos silenciosos mientras atravesábamos las zonas de casas prefabricadas, sin niños jugando, ahora, en sus jardines delanteros. Continuamos nuestra marcha hacia el espaciopuerto sin pronunciar palabra, sumidos en nuestros pensamientos, hasta que Hillard gritó en tono de alarma:

—¡Viene una ambulancia hacia nosotros! ¡Hemos de evitarla!

Oí su sirena antes que verla, un lúgubre lamento capaz de alterar el sistema nervioso del más fuerte. Pasó casi rozándonos en medio de la oscuridad, con sus rojas luces encendidas.

Por un instante creí que el alarido de la sirena era el de la misma ambulancia qué se había cruzado con nosotros unos instantes antes. Luego vi a lo lejos otras luces rojas parpadeando furiosamente y otra ambulancia se cruzó con nuestro vehículo con tanta rapidez como la primera, pero pasando a distancia más prudencial.

La tercera no se hizo esperar y el gemido de su sirena era tan agudo que no parecía producido por una sirena, sino por algo desconocido, escalofriante en extremo.

Entonces grité con voz ronca que parecía más bien un gruñido de animal que la voz de una persona:

—¿Pueden proceder esas ambulancias del espaciopuerto? ¿Cree usted...?

Me interrumpió. Probablemente yo no hubiese podido continuar hablando.

—¡Es imposible que hayan llegado allí y estén de vuelta con tan poco tiempo! —gritó—. Atravesaremos una parte de la Colonia dentro de dos minutos y como el hospital queda cerca es posible que hayan recogido algunas víctimas de los bordes de la zona

arrasada que no hayan tenido la misma suerte que nosotros.

—¡La zona radiactiva debe ser muy extensa! — grité roncamente —. Allí donde ocurrió la explosión...

Me volvió a interrumpir.

—No hay radiactividad... o muy poca. La que se origina de una de estas explosiones desaparece en cuatro o cinco minutos. Se puede pasar por la zona devastada sin peligro alguno.

Sus palabras me tranquilizaron un poco, momentáneamente, pero lo que dijo del espaciopuerto no era nada esperanzador en verdad. Una bomba "limpia” por pequeña que sea le puede dejar a uno instantáneamente muerto si se tiene la desgracia de hallarse cerca del lugar de la explosión.

Y prefiero no referir el horror que se ofreció a nuestra vista cuando atravesamos unas cinco millas cuadradas de la Colonia, antes de que la dejáramos atrás y nos internáramos en el desierto camino del espaciopuerto.

Todavía no estábamos seguros del lugar exacto en donde se había producido el estallido porque pasamos solamente por una zona que lo bordeaba. Sin embargo, vimos algunas casas destruidas y otras seriamente afectadas. Era una zona muy poblada y vimos algunas personas en sus calles y plazas, unas tendidas inmóviles en el suelo y otras caminando como enloquecidas, en tanto había quien permanecía inclinado sobre el cuerpo muerto o gravemente herido de un deudo, tratando de consolarle desesperadamente o intentando calmar su dolor.

Voy a correr un velo sobre el resto... la sangre y los alaridos, la muerte en los ojos, los gritos espeluznantes de los moribundos que se retorcían en lucha contra la muerte... voy a correrlo, porque sería afrentoso entrar en detalles, porque a nadie gustaría el saber cuánto horror y cuánta maldad encierra a veces la vida...

Tardamos menos de ocho minutos en llegar al espaciopuerto, llenos de polvo de la cabeza a los pies, la garganta reseca y respirando jadeantes, mordidos por la falta de oxígeno, porque cuando en el desierto sopla viento fuerte los aparatos de aireación no funcionan adecuadamente.

No me di cuenta de que ocurría algo malo hasta que el tractor empezó a zigzaguear un poco, cuando nos hallábamos ya a unos trescientos pies de las formidables puertas macizas del

espaciopuerto.

Tuvo fuerza suficiente para frenar el tractor en seto antes de caérseme encima con un ahogado gemido que me dejó helado de espanto. Me dejó helado y aturdido y también con mucho miedo porque no se me había ocurrido pensar que algo así podía suceder.

Era un hombre enfermizo, sí, y su aspecto indicaba claramente que su salud dejaba mucho que desear… sin duda fruto de la constante lucha que había sostenido contra la Wendel. Y dijo algo sobre su corazón…

El caso era que no lo tomé muy en serio, porque nadie piensa que un hombre que ha desplegado tanta energía y tan extraordinario valor y tanta fuerza de voluntad para enfrentarse con los más graves problemas se pueda desplomar muerto cuando uno más lo necesita.

Me volví y le miré fijamente, y su palidez me impresionó terriblemente, más aún cuando oí su gemido y cayó encima de mí.

Me apretó convulsivamente el brazo e intentó hablar, pero las palabras que pugnaban por salir de su garganta se ahogaban en un estertor de muerte. Sus labios se movieron unos instantes… y luego quedaron inmóviles. Su cuerpo cesó también de estremecerse.

Comprendí que había muerto antes de ponerle una mano encima del corazón, de buscar inútilmente un latido que nunca más se produciría… Estaba seguro de su muerte por las dilatadas pupilas fijas y sin vida, por la terrible rigidez de su cuerpo y por el timbre de alarma que otra vez sonaba en mi interior, un sonido que ya no era sólo de alarma sino también como un canto fúnebre que me encogía el ánimo. Pero quise asegurarme bien, como pensé que él hubiese deseado, como una obligación que yo no debía eludir, y me estuve a su lado más de un minuto y le cerré piadosamente los ojos y luego me apeé del tractor y corrí hacia las metálicas puertas del espaciopuerto.

CAPÍTULO XIX

—¡Ralph! —gritó ella corriendo a mis brazos cuando me internaba en el grandioso recinto cercado de vallas de acero donde el comandante Littlefield y diez o más hombres vestidos con ropas de técnico del espaciopuerto estaban trabajando sobre un largo cilindro metálico en cuyo interior la muerte había empezado a trabajar mucho antes que ellos. Él era el experto en la materia, y los demás no eran más que pobres aficionados que seguían sus órdenes como mejor podían. Pero la muerte es muy traicionera, y ellos no lo ignoraban.

Los brazos de Joan me habían rodeado y me besaba con vehemencia. Luego se separó bruscamente de mí y se hizo o un lado, a fin de que el comandante pudiese hablarme sin dilación, sin que nadie se interpusiese entre él y yo. Ella pareció comprender perfectamente la situación terrible en que todos nos encontrábamos y cuán importante era que yo hablara con Littlefield sin pérdida de tiempo.

Una mirada al pálido rostro del comandante me bastó para darme cuenta de lo que yo deseaba saber. Pero decidí que sería del todo punto importante que me contase los detalles que yo ignoraba, aun cuando le controlara d tiempo que empleaba en ello segundo a segundo.

—Una enfermera del hospital nos dijo que estaba haciendo usted cuanto le era posible para volver aquí, Ralph —empezó a decir—. La policía de Wendel tenía órdenes de abrir fuego contra usted en cuanto le viesen, pero ahora que está aquí, puedo protegerlo… o puede protegerse usted mismo. Tengo sus documentos y su insignia. Pero en estos momentos no hay nada más importante que lo que sucede en el interior de este cilindro de la Endicott Ha sido

preparado por un agente de la Wendel para que estalle. Pero no sabemos cómo hacerlo y tampoco nos atrevemos a hacer experimentos. Naturalmente, nos hemos expuesto a algunas manipulaciones algo peligrosas. Teníamos que hacerlo. Pero no vamos así a ninguna parte y lo que puede parecer algo peligroso puede convertirse de pronto en una cosa horrible.

¡Ni siquiera sabemos cuánto tiempo tenemos por delante!

Hablaba con calma, casi sin alzar la voz. pero su rostro no estaba en modo alguno tranquilo. Había pasado ya el tiempo que le había concedido y ahora me tocaba a mí hablar. Era preciso que le preguntara algo que para él sería casi tan terrible como ser volatilizado por una explosión nuclear.

Pero tenía que hacerlo... y pronto.

Me decidí a exponérselo, fijándome cuarenta segundos pana hablar.

—Esos cilindros estallan al cabo de cuarenta y cinco minutos después que han sido preparados para llegar a la masa crítica —dije —. No me pregunte cómo lo sé, porque no tengo tiempo para emplearlo en aclaraciones. Lo sé... le doy mi palabra. Sabía que el cilindro estaba aquí y tenía la esperanza de que usted hallaría el modo...

Me detuve y proseguí con decisión:

—No se preocupe ahora de eso. Escuche con mucho cuidado. Ignoro cuánto tiempo tardó el colono en traerlo aquí o cuánto hace que trabaja usted en ese cilindro. Pero, hasta ahora, no ha estallado, "¡Tenemos todavía la posibilidad de enviarlo al espacio antes de que estalle!”

Me miró como si pensase que me había vuelto loco de repente. Terminé de decirle lo que tenía que decirle con rapidez, porque yo sabía que para recobrarse de la impresión necesitaría ocho o diez minutos, y era preciso que diese órdenes para que metiesen el cilindro en su enorme nave —su orgullo y su gloria— y que la misma fuese enviada al espacio desde su plataforma de lanzamiento para ser desintegrada en el aire.

Antes tendría que ordenar a todos los tripulantes que salieran de ella y también a los pasajeros, sí había alguno dentro, y disponer los controles de Tos robots... me negué a pensar más en ello.

—Tal vez sea ya tarde —proseguí—. Pero tenemos que

intentarlo, ¿comprende?, es preciso que lo hagamos. Tenemos que poner este cilindro en la nave, preparar los controles y enviarla al espacio. “Hay que hacerlo inmediatamente. Cada segundo que transcurre nos acerca a la muerte.”

Se recobró de la impresión más pronto de lo que me imaginaba. Por unos segundos se dibujó en su rostro una mueca de sonrisa y me di inmediata atenta de que era una sonrisa muy especial… la clase de sonrisa de un hombre que está a punto de deshacerse de algo que significa tanto para él como su propia vida…

—Ralph —dijo—. Siempre he considerado al hombre que pone lo material por encima de la vida humana como a la peor clase de gusano que Se arrastra bajo el suelo. Pero por un momento… Dios me lo perdone… casi pensé yo así. Es que… vale cincuenta mil millones esa nave colosal y el cilindro es tan pequeño…

—No parecerá tan pequeño si llega a estallar y se lleva también consigo todo el espaciopuerto —dije—. No parecerá tan pequeño.

—Lo sé, Ralph. Dije una vez que era lo bastante viejo para ser su padre y lo sigo creyendo; pero, si ahora me pusiese usted en sus rodillas y me diese una zurra como a un niño de seis años, no tendría derecho a quejarme. Esto se me debía haber ocurrido antes a mí.

—A veces, en ocasiones graves, no pensamos lo que es mejor hacer —contesté—. No se censure por ser humano, comandante.

—Voy a dar las órdenes inmediatamente. Sólo hay en la nave tres tripulantes, pues todos los pasajeros han desembarcado ya.

Giró sobre sus talones sin decir otra palabra dirigiéndose a la nave.

Le hubiese seguido de no haberse aprovechado Joan de la ocasión para volver a mis brazos. Estuvimos enlazados estrechamente durante un minuto o dos.

La incandescente llamarada que hace que una nave espacial se eleve a los cielos parece durante algunos instantes como algo parecido a un cataclismo, como si el cielo se desgarrara de un modo terrible e incomprensible. Y esto mismo ocurrió ocho minutos y treinta y dos segundos después.

Contaba yo los segundos, no mentalmente como antes, sino con reloj en mano. Me hallaba con Joan al lado, a un centenar de pies de la plataforma de lanzamiento y contemplé cómo la astronave

desaparecía en el espacio. Y me parecía que lo veía elevarse a los cielos era el cilindro y no la nave espacial, como si la astronave se hubiese vuelto de cristal y el mortal cilindro que transportaba al espacio estuviese vibrando y moviéndose fantasmagóricamente, con sus contornos engrandecidos hasta ocupar totalmente el interior de la nave.

Mis dedos aferraban nerviosamente el reloj y no me di cuenta de que el comandante estaba de nuevo a mi lado hasta que me tocó en un brazo.

—Podremos ver cuando estalla y oírlo también como si estuviésemos dentro. Todos los íntercomunicadores del espaciopuerto están conectados con la nave. Si hubiese en ella algún tripulante podría ¡rabiarnos y nosotros también a él.

—Gracias a Dios no hay en la nave ningún ser viviente —suspiré.

—Sí —dijo moviendo afirmativamente la cabeza—. Sí, y debemos sentirnos satisfechos. Hay aquí cuatro intercomunicadores grandes, pero podemos servirnos del que tenemos en el edificio de aduanas. Es el mayor de todos y podremos contemplar con más detalle el instante en que se produzca la explosión, la cegadora llamarada que ha de destruirlo todo. Naturalmente, no veremos derrumbarse los mamparos, ni tampoco destrozarse un robot, eso es seguro. Se producirá instantáneamente.

—¿ Y para qué nos servirá el contemplarlo?—preguntó Joan—. Preferiría quedarme aquí. Veremos la llamarada, ¿no?

—Desde luego —dijo Littlefield con semblante huraño—. Durante unos segundos parecerá como el estallido de una estrella. Mi nave espacial... una estrella que hace explosión. Jamás pensé que terminara así...

Empezó a volverse, pensando sin duda que yo había aceptado la idea de Joan de quedarse aquí para no presenciar el estallido. Pero yo no pensaba así en modo alguno y cuando empezó a caminar hada el edificio de la aduana yo estaba a su lado. Y también Joan, porque ella es una esposa así. Tenía yo muchas preguntas que hacerle al comandante... preguntas de primordial importancia para mí, tales como qué había averiguado en lo concerniente a quién fue el que me disparó el d ardo desde lo alto de la espiral y cuáles fueron las noticias que recibió del hospital, cuando la enfermera

Querubín le comunicó que yo intentaba volver al espaciopuerto… aunque estaba seguro de que ella le informó detalladamente, y… bien, muchas cosas más. Pero este momento no era el adecuado para hacerle preguntas, pues el tormento que le afligía era demasiado grande.

Comprendía su sufrimiento y simpatizaba con él, porque sabía lo que estaba pasando, riada podía impedir la destrucción de su nave, pero deseaba verlo con sus propios ojos, a pesar de la angustia que le causaría.

Penetramos en la Aduana sin tener que dar explicaciones a sus empleados, porque todos habían ya supuesto que elegiría su pantalla y estaba ya en funcionamiento cuando llegamos a la sala de proyección. Era como si hubiésemos penetrado en la cabina de la nave espacial y estuviésemos contemplando los cuatro gigantescos robots que siguiendo las instrucciones de emergencia que habían recibido parecían desplegar el máximo esfuerzo para realizar la misión de un ser humano. Un esfuerzo mecánico, de todos modos, lo que significaba que no podían saber cuán cerca estaban de su aniquilamiento. Serían volatilizados sin dolor, sin perder nada que un ser humano pudiese apreciar.

La imagen de la pantalla era tridimensional, a todo color, y la sensación de que nos hallábamos metidos en la cabina de la astronave era tan grande que Joan susurró atemorizada:

—Quisiera salir de aquí. Esto es terrorífico. Casi como… si fuéramos a volar cuando se produzca la explosión.

—No temas —la dije apretándole la mano para reconfortarla—. Será mejor que te sientes.

Había en la sala diez sillas metálicas, pero excepto una, todas estaban ocupadas. Se la ofrecí, pero ella movió negativamente la cabeza.

—No, estaré de pie. Ralph. Quizá dentro de un minuto me tenga que marchar. f

Uno de los empleados de la Aduana se levantó y ofreció su silla al comandante Littlefield, suponiendo que yo aceptaría la que Joan había rehusado. Pero yo también había decidido como ella permanecer de pie. Sólo se sentó Littlefield, como si el peso del tormento que le abrumaba le hubiese puesto diez años más encima.

Durante todo un minuto ningún sonido salió de la pantalla.

Luego, un alarido espeluznante rompió el silencio. Fue tan inesperado, tan horrible, que dos de los empleados de la Aduana se pusieron súbitamente en pie provocando la caída de sus sillas. Littlefield se levantó, también, pero más despacio, con las manos apretándose las sienes, como si intentase evitar oír el grito o que le estallase la cabeza.

Entonces apareció ella. Nos miraba directamente desde la cabina, y sabiendo que nos podía ver tan bien como nosotros a ella hacía que su grito de angustia pareciera más terrible. Al menos para mí, porque no me era difícil imaginar lo que pasaba en su mente.

“Estoy sola en la nave... tal como temía. Me han enviado sola al espacio. Si el comandante Littlefield no está a bordo... si se halla en esa sala observándome con todos esos hombres... ¿qué otra cosa puede significar?”

CAPÍTULO XX

Su aspecto era el de siempre, con su característico peinado, sus labios llenos y sensuales y la blancura de su cutis. Sólo sus ojos habían cambiado. El terror se reflejaba en ellos, un terror infinito. Mientras nos miraba fijamente fue retrocediendo, con una mano en la garganta, hasta que tocó la pared y tuvo que detenerse. Estaba seguro de que de no haber encontrado nada que se lo impidiese hubiera continuado retrocediendo hasta empezar de nuevo a gritar o se hubiese caído desmayada.

Ni gritó ni se desmayó, sin embargo, pues el comandante Littlefield no le dio tiempo para sucumbir presa del pánico. Pero si su voz no hubiese sonado tan fuerte, y en el preciso momento, lo que sobrevino pudiera haber sido bastante diferente.

—¿Por qué volvió usted a la nave? —gritó—. ¿Por qué hizo esa cosa tan peligrosa? ¿Por qué sospechábamos de usted? ¿Pensaba que la íbamos a arrestar? ¡Contésteme! Su vida puede depender de ello.

—Sí… tuve que volver —gimió ella—. Tuve que hacerlo para recoger algo que no quería que usted encontrase. Estaba completamente segura de que lo había ocultado en un sitio en donde a usted no se le ocurriría nunca irlo a buscar, pero cuando empezó a sospechar de mí…

—Comprendo, ¿una terrible prueba de su culpabilidad, verdad?

Ella asintió.

—Sí… sí, un papel. Un papel que demostraría mi culpa.

—¿Admite entonces que se considera culpable? Aún la podemos salvar, pero no lo haremos si mantiene la historia que nos contó. Todo cuanto dijo es falso.

—¡No, no! —gritó con desespero—. Casi todo cuanto relaté es

verídico. Mi hermano trabajaba en verdad para la Wendel y… yo no sabía que había muerto. Me enteré de ello hace apenas unas horas. Vine a Marte a ayudarle, a salvarle si me era posible. Yo era agente de la Wendel, Pero no me quedaba más remedio que serlo. Amenazaron con matar a mi hermano… valiéndose de esa amenaza para obligarme a espiar para ellos y hacer… cosas peores.

Su voz se tornó suplicante.

—Ordene el regreso de la nave. No me deje sola en el espacio. No sea tan cruel…

—No es posible hacer volver la nave. Pero todavía podemos salvarle a usted, aunque para ello es preciso nos diga toda la verdad. Wendel sabía que la Junta había enviado a alguien a practicar una investigación en la empresa, un hombre a quien no se podría comprar para que cerrara los ojos ante lo que estaba seguro que iba a ver allí. A usted se le dieron instrucciones para que matara a ese hombre antes de que pudiese poner los pies en Marte. Wendel exigía su muerte porque sabían que la Junta lo respaldaba con todo su poder y le había conferido suficiente autoridad para convertirlo en el más peligroso adversario de la empresa. Wendel. Sabía también que usted era el agente más poderoso e inteligente a su servicio.

—Lo demostró usted —continuó Littlefield— cuando realizó algo que jamás nadie pudo hacer: burlar el sistema de seguridad de una nave espacial con destino a Marte ocultándose en un robot cibernético. Estoy seguro de que no le costó mucho a la Wendel descubrir que es usted tan inteligente como hermosa, apreciables dotes ambas para un agente secreto. El tiempo apremia. ¿Es cierto cuanto he dicho hasta ahora?

—Sí… todo es cierto. Por favor… ¡ayúdeme!

—Intentó matar, sin éxito, al hombre que la Junta envió a Marte para investigar y tomar severas medidas contra las dos empresas, la Wendel y la Endicott. Intentó matarlo tres veces.

—No, sólo una vez. Créame, le estoy diciendo la verdad. Yo no disparé el dardo. Había otros agentes en Nuevo Chicago con instrucciones de asesinarlo si podían.

—Bien, pero usted intentó ciertamente matarlo en Nuevo Chicago. ¿Por qué vino a Marte, si es que no quería intentarlo de nuevo?

—Ya se lo dije. No le mentí cuando le dije que vine a salvar a mi hermano, que deseaba descubrir a la Wendel… forzarla a enfrentarse con una investigación oficial. Cuando traté de apuñalarlo en el ferrocarril subterráneo de Nuevo Chicago y fallé… me di cuenta de lo que la Wendel había hecho de mí, qué clase de maldad había impreso en mi alma y decidí que no podía continuar siendo esa clase de persona, incluso ni para salvar a mi hermano. Tomé el único camino que me quedaba para impedir que la Wendel cumpliera sus propósitos, soy una mujer de recursos, soy inteligente… ¿por qué negarlo? Podría hacer que la Wendel se lo pensase dos veces antes de matarlo. Pero ahora mi hermano ha muerto y…

Hundiéronse sus hombros y una atormentada mirada saltó a sus ojos.

—Bien, otra cosa. ¿Por qué estaba usted tan asustada cuando el agente de la Wendel la sorprendió en la cabina y el hombre a quien intentó usted matar acudió a defenderla? ¿Por qué se mostró tan enfurecido el agente? Debió usted pensar que su intención era matarla, pero siendo los dos agentes de la Wendel…

—Yo no debía estar en la nave. Él lo sabía, y sin duda pensó que me había vuelto traidora. Sabía todo lo de mi hermano, y también todo mi historial, porque era uno de los agentes secretos mejor informados Sabía que tenía yo razones más que suficientes para odiar a la Wendel. Y creo que era la clase de hombres que se vuelven sádicos cuando tienen a una mujer completamente a su merced.

Fue entonces cuando me vio. Lo comprendí por el modo en que se abrieron sus ojos y se fijaron en mí, desviando su mirada de Littlefield, como si hubiese dejado ya de ser su acusador.

Pero estaba equivocada si creía que mi intención era acusarla. Yo estaba furioso contra Littlefield, irritado por su feroz ataque contra ella, enfurecido por su despiadada acusación.

Lo que ella había declarado eran pruebas. Unas pruebas que me ayudarían a aplastar legalmente a la Wendel, unas pruebas que habían quedado debidamente registradas y que a su debido tiempo formarían una bomba lo suficientemente fuerte como para destruir cuando estallase la guerra despiadada entre la Wendel y la Endicott, restaurando la paz entre los habitantes de la Colonia.

La confesión ante las puertas de la muerte contiene una poderosa fuerza legal, y cuando una mujer piensa que ha sido enviada al espacio en un cohete sin tripulantes, para morir… es muy improbable que mienta. Un incidente imprevisible —una ocasión fortuita—, había puesto en las manos del comandante un arma tremenda, de la que se estaba aprovechando cumplidamente. Lo hacía para ayudarme, pero… yo le odiaba por ello.

Cada pregunta que le hacía a la joven, y cada respuesta de ella, exigían unos minutos preciosos que la acercaban inexorablemente a la muerte.

Y ella me miraba desesperadamente.

—¡Ralph! —gritó—. ¡No quiero morir sola en el espacio! ¿Qué quieren hacer conmigo?

No pude aguantarlo más.

Agarré a Littlefield por los hombros, le di media vuelta y demándele:

—Dijo que podía salvarla. ¿Cómo? ¿Mintió usted? Si fuese así… le mataría.

—Suélteme, Ralph —dijo—Sólo se presenta una oportunidad como ésta y tuve que intentarlo.

—Muy bien… ya lo ha hecho. Y ahora, ¿puede salvarla? Contésteme sin dilación.

—Sí… creo que sí. Si el cilindro no estalla en seguida, y ella se pone un traje espacial… la podríamos recoger mañana o pasado mañana…

—Dígaselo inmediatamente. Dígale lo del cilindro para que se dé cuenta del inmenso peligro que corre. Así se moverá con más rapidez.

—De acuerdo —dijo—. Yo me cuidaré de ello.

Estaba hablando con ella a través de la gran pantalla cuando Joan y yo salíamos del edificio de la Aduana.

Salimos de allí porque si se hubiese producido la explosión mientras hablaban, sólo el verlo me hubiera matado. Y Joan lo comprendió así, pues quiso que saliéramos lo antes posible.

La explosión sobrevino diez minutos más tarde, lo que indicaba que Hillard no sabía perfectamente cuán variable es la formación de una masa crítica al menos en unos cuantos cilindros de la Endicott.

Nos hallábamos a cielo raso, a doscientos pies de distancia de la

plataforma de lanzamiento más cercana, cuando la vimos… una llamarada cegadora que duró menos de diez segundos… una vivísima luz que se llevó consigo el orgullo del comandante Littlefield.

CAPÍTULO XXI

Tenía ahora en mi poder las pruebas suficientes para aplastar a la Wendel. Pero tenía que ser estudiada por los expertos legales para que su fuerza fuese tan poderosa que nada pudiese resistírsele.

Y en estos momentos era casi seguro que Wendel habría salido del hospital y estaría de vuelta en las instalaciones de su empresa disponiéndose para asaltar el espaciopuerto con su ejército de pistoleros a sueldo.

El problema con que ahora me enfrentaba exigía que tenía que ponerme el uniforme con el halcón de plata y hacer dos visitas, o Wendel me prepararía mi propia tumba.

Mi primera visita era a un hombre importantísimo, a un tal Joseph Sherwood. Sherwood era el guardián custodio, por concesión especial de la Junta, de todas las armas nucleares que había en la Colonia, de un poder destructivo tan tremendo que hacía extremadamente peligroso discutirle tal autoridad.

Yo era ahora su superior, pero no tenía intención alguna de ejercer mi autoridad sobre él o discutirle las decisiones que pudiese tomar, pues estaba más que capacitado para hacerlas. has medidas que había tomado para proteger a la Colonia eran a mi modo de ver perfectamente correctas, y sabía mucho más que capacitado para tomarías, has medidas que

Todo cuanto tenía yo que hacer era convencer a Wendel de que había ido demasiado lejos y que debía rendirse. Básicamente, no era nada diñen. Iría a ver a Wendel a su cuartel general y le hablaría con calma, con riesgo de ser volatilizado, sin embargo...

Me encontraba de pie ante un largo espejo del interior de una pequeña habitación sin ventanas que los oficiales del espaciopuerto afirmaban estaba aislada del exterior. Y allí me puse mi uniforme y

el halcón de plata y me contemplé durante tres minutos para acostumbrarme al cambio que se había experimentado en mí, para no sentirme cohibido con mi nueva indumentaria e insignia.

Me había olvidado de decirle al comandante que necesitaría tener un tractor dispuesto para emprender la marcha a la salida del recinto. El que había abandonado allí con un hombre muerto no ofrecía el aspecto veloz de tres o cuatro que vi en el espaciopuerto, y si pudiese conseguirme uno de ellos sería mucho mejor.

Joan me lo solucionó. Cuando regresó a mi lado, yo me volvía con el halcón de plata brillando en mi lecho. Ella me lo había visto, antes, puesto, naturalmente, y por eso no se sobresaltó. Pero el hombre de grisáceas sienes que penetró con ella en la habitación se mostró verdaderamente sorprendido, casi atemorizado tal vez, a juzgar por la mirada que vi en sus ojos.

Se quedó mirando fijamente la insignia, mudo de asombro, hasta que dirigí una interrogativa mirada a Joan, y entonces él se dio cuenta de que me estaba acabando la paciencia.

—Me llamo John Lynton —dijo titubeando—. El comandante Littlefield me dijo que necesita usted un tractor. Yo tengo uno, y será para mí un honor el llevarle en él, sir. Yo fui quien traje al espaciopuerto el cilindro de la Endicott, por lo que me siento muy interesado en cuanto ocurre. Hay una cosa que me gustaría le ocurriese a Wendel. Pero creo no es preciso que se lo diga, sir.

Le miré sorprendido. Había dado por supuesto que el colono que trajo el cilindro no se hallaba ya en el espaciopuerto, pues nadie me lo había presentado, y yo había tenido muchas cosas de qué ocuparme para pensar en preguntárselo a Littlefield.

—Bueno... esto me aclara algo que no comprendía —dije—. Me extrañaba que se fuese usted después de dejar el cilindro. Pero creo que aquí la gente hace a veces las cosas como mejor les parece. Por eso no me extrañé mucho.

—Estaba en el edificio de la Administración hablando con un oficial cuando usted llegó, sir —explicó—. Luego le vi entrar en la sala de proyección...

—Muy bien —dije—. No tenemos tiempo ahora para discutir eso, pues no tiene ninguna importancia. Sé conducir un tractor, pero no soy ningún experto en ello. Si tiene usted aquí su propio tractor sabrá cómo manejarlo caso de que ocurra cualquier

percance. Esta es una ventaja que sería absurdo por mi parte despreciar. Pero, si va a venir conmigo, debe saber que en el instante en que atravesemos esa puerta el peligro nos acechará continuamente. Los agentes de la Wendel han recibido la orden de disparar contra mí en cuanto me vean.

No debí decirlo, pues Joan se mordió el labio y dijo con apagada voz:

—Una escolta armada te protegería del peligro. Littlefield podría…

Moví negativamente la cabeza.

—Nos enfrentaríamos inmediatamente en lucha abierta contra los agentes de la Wendel. Esto complacería mucho a Wendel.

En el instante en que Lynton se dio cuenta por el modo con que yo miraba a Joan de que deseaba estar solo con ella, dijo:

—Será mejor que vaya a comprobar otra vez el tractor. Lo llevaré afuera, al lado de la puerta y vigilaré el tráfico, si lo hay. Tendré el motor en marcha, sir.

En el instante en que la puerta se cerró tras él, Joan se echó a mis brazos. Permanecimos un momento estrechamente abrazados, sin pronunciar palabra, lo cual es un modo de decirse mucho en el espacio de medio minuto.

Temía que Joan perdiera el control de sí misma y rompiera en llanto, lo cual lo hubiese echado todo a perder. Veía las lágrimas a punto de inundar sus ojos, y pensé que era una mujer verdaderamente estupenda. Y cuando uno tiene que separarse de una mujer así, parece que se deja con ella la mitad del corazón.

La besé cálidamente en la boca por décima vez, me volví y salí de la pequeña habitación sin ventanas, sin volver la cabeza para ver si seguía haciendo lo imposible para mantener a raya sus lágrimas.

El tractor emprendió veloz marcha a través de las calles de la colonia, permitiéndome conocerla mejor. Me mantuve vigilante durante todo el camino, evitando ofrecer demasiado blanco al posible enemigo, pero al cabo de veinte minutos el vehículo se detuvo frente a una especie de fortaleza que se elevaba a mucha distancia de los demás edificios que la rodeaban por todas partes y que estaba protegido en su aislamiento por un muro metálico, numerosos centinelas y un bien guardado depósito de armas termonucleares.

Ningún agente de la Wendel se hubiese atrevido a disparar contra mí en un radio de tres millas de la fortaleza… a menos que estuviese cansado de vivir y quisiera suicidarse.

Puse pie en tierra pausadamente, sin prisas y me quedé junto al tractor hasta que me convencí de que ninguno de los que nos habían visto detenernos en frente de la fortaleza —estaba seguro de que nos vigilaban con anteojos desde gran distancia— vendría a interrogarnos a punta de pistola. Luego hice una seña a Lynton y me encaminé en derechura del enorme edificio. Le había dicho antes que no se moviese de su sitio hasta mi regreso, por lo que no tuve que repetírselo.

No recuerdo exactamente a qué distancia me hallaba yo de la entrada cuando el halcón de plata que brillaba en mi pecho hizo su efecto o qué cara pusieron los guardianes cuando se fijaron en él.

Me asusté mucho por la forma en que el de más edad de los tres, que debía ser un mozalbete de doce años cuando el primer hombre que llevó la insignia se paseaba por las calles de la Colonia, se fijó en mí, dio una seca orden y presentó armas con solemne marcialidad. Los otros dos centinelas siguieron inmediatamente su ejemplo, posiblemente sin saber por qué lo hacían.

Un momento después abrióse ante mí la alta puerta de acero y me vi en el interior rodeado de más centinelas. Me detuve un momento, naturalmente, para explicarle al centinela más viejo, el que me había reconocido, el motivo de mi visita y a quién deseaba ver.

Escoltado por seis soldados recorrí el pasillo del piso bajo y ascendí unos cuantos escalones y continuaron escoltándome hasta llegar a la puerta de la oficina de Sherwood.

Algunos hombres se quedan casi sin habla cuando se encuentran inesperadamente Con una visita y recobran su compostura con pasmosa rapidez. Uno de estos era Sherwood. Era un hombre corpulento de unos cuarenta años, dé rojiza cabellera y correctas facciones.

Un hombre parco en palabras que contesta escuetamente a lo que se le pregunta es la clase de hombre en quien se puede confiar cuando se presenta un momento de emergencia.

Mantuvimos una conversación de quince minutos de duración, al cabo de los cuales dijo con firme voz:

—Podemos hacerlo si no hay más remedio.

—Muy bien —contesté—. Quiero que le diga a Wendel exactamente lo que me ha dicho a mí, por medio de una entrevista televisual. Dentro de quince minutos estaré en la oficina de Wendel y estoy seguro de que podré convencerle para que hable con usted a través de la pantalla después de que le haya informado sobre la situación.

—Si —añadí—, y es un sí muy problemático, puedo verle. Sus pistoleros tienen órdenes de liquidarme en cuanto me echen el ojo encima.

Me miró fijamente durante un momento, el rostro ensombrecido por la preocupación, los labios apretados. Luego se recostó en su silla y parte de su preocupación desapareció de su semblante.

¿Le ha visto alguno de sus pistoleros con la insignia puesta? —preguntóme.

Era una buena pregunta que confirmaba la opinión que de él me había formado.

—No, ninguno de ellos —dije—. Pero ello no altera la posibilidad de que disparen contra mí antes de que pueda entrevistarme con Wendel. Recuerde… la Wendel ha emprendido un camino peligroso y lleva a cabo una guerra, no declarada, es cierto, pero una guerra a todas luces. Esta insignia me convierte en el Blanco número Uno. Si me la quitase antes de entrar en las instalaciones de la empresa, sus pistoleros me reconocerían probablemente de todos modos y no me darían tiempo para decirles que Wendel desafía no disparasen contra mí.

Sherwood asintió:

—Sí… sería estúpido negar que estará usted muy expuesto al peligro. Pero tengo la impresión de que los sicarios de Wendel le llevarán directamente ante su amo. Podría equivocarme, es natural, pero no creo que se atrevan a disparar contra su Blanco número Uno sin previa autorización. La orden de disparar contra usted, en cuanto le viesen, fue dada antes de que se pusiese en el pecho el halcón de plata y cuando le vean la insignia lo pensarán mejor.

—Espero que tenga razón —dije—. Pero los pistoleros son gente muy extraña

—Estaré aquí mismo cuando se encienda la pantalla —dijo—. No se preocupe mucho. Ejecutaré la parte de mi cometido con el

máximo cuidado...

Quince minutos después mi tractor se detenía por segunda vez, ahora frente a las instalaciones de la Wendel.

—Esta vez voy a acompañarle —dijo Lynton con mucha firmeza de voz.

¡Me acompañaba! Bien, era una obligación que yo le debía, y yo no podía ejercer mando alguno sobre él puesto que era un paisano y no hubiese sido conveniente tratar de impedírselo. Era un individuo de carácter indomable e independiente, de esos hombres que no acatan fácilmente la autoridad. Se les encuentra allí donde la sociedad se halla en sus principios y son los mismos que se levantan en una reunión pública y le dicen a un personaje gubernamental con toda claridad que el discurso que ha pronunciado no les ha convencido y que sería mejor que lo volviesen a repetir.

Me apeé del tractor con un poco más de cautela ahora, estudiando detenidamente con la vista las ventanas a ras del suelo del edificio, preguntándome cuánto tardaría en atravesar la distancia entre el vehículo y la espaciosa puerta y si tras las enrejadas ventanas no habría apuntándonos peligrosas armas nucleares.

Pero a pesar del temor que ambos sentíamos, atravesamos el espacio que nos separaba de la entrada sin darnos prisa, la cabeza alta y el cuerpo, erguido.

Había dos centinelas vestidos con el uniforme particular del cuerpo de policía de la Wendel, con pistolas nucleares a la altura de las caderas, que montaban guardia en el umbral de la puerta. En cuanto nos vieron, sus manos bajaron rápidamente hacia las culatas de las pistolas y en sus ojos se expresó una mirada de desafío.

Luego, ambos cambiaron unas rápidas palabras. No presentaron armas como lo habían hecho los centinelas de la entrada de la fortaleza nuclear, pero algo pensaron que les hizo estremecerse y que en sus facciones se dibujara el temor. Pero sus ojos permanecían vigilantes, alertados, aunque la mirada desafiante había sido reemplazada por la incredulidad y el miedo.

Les hablé bruscamente, sin darles tiempo a tomar una decisión de su propia iniciativa que pudiera tener trágicas consecuencias, pues nadie puede prever lo que un hombre desesperado puede llegar a hacer Cuando se ve en un aprieto así.

—He venido aquí a ver a Wendel —dije secamente—. No creo sea preciso decirles que es una orden. No intenten cerrarme el paso pues tengo suficiente autoridad para acusarles de alta traición por contravenir las órdenes emanadas de la Junta.

Sus ojos no se apartaron ni un momento de la insignia mientras abrían la maciza puerta de metal ante mí. Nos introducimos en el interior sintiéndonos un poco más tranquilos, pues estábamos seguros de que ya no dispararían contra nosotros sin previo aviso.

En cuanto entramos se nos pusieron a ambos lados más guardianes de la policía de Wendel, en cuyos rostros aparecía la misma mirada que diez segundos antes se había expresado en los ojos de los dos de la entrada cuando vieron mi insignia.

Sólo se produjo un pequeño incidente que hizo que esta visita fuese algo diferente de la que había hecho en la oficina de Sherwood. Nos hallábamos al final de un pasillo cuando uno de ¡os de nuestra escolta se introdujo en una pequeña habitación y anunció a Wendel nuestra llegada por medio de un intercomunicador.

No lo supimos hasta más tarde, pues el guardián tuvo la precaución de cerrar la puerta antes de hablar ante el intercomunicador. Cuando salió, una dura mirada se reflejaba en sus ojos y una cruel sonrisa de satisfacción se dibujaba en sus labios, lo que debió haber sido suficiente para advertirme del peligro que corríamos. Pero a veces uno no le da demasiada importancia al cambio brusco de expresión que se verifica en el rostro de un hombre cuyo trabajo exige que eche mano de los recursos violentos dos o tres veces a la semana. El rostro de tales tipos puede endurecerse de pronto sólo por costumbre.

Sólo nos acompañaba ahora el referido guardián, pues los demás nos habían dejado ya y no nos dimos cuenta de que nos adentrábamos en una trampa hasta que estuvimos casi frente a la puerta de la oficina de Wendel, situada en el segundo piso.

Por unos instantes puede ver el brillo de la acerada tira del látigo que el guardián llevaba en la mano. Wendel era un hombre astuto, indudablemente, y pretendía que al hablar conmigo, yo estuviese físicamente destrozado, a su completa merced.

Empujé inmediatamente a Lynton contra la pared, a fin de que me dejara sitio para enfrentarme con el agresor.

El guardián cometió la equivocación de abalanzarse contra mí con demasiada rapidez, tratando de alcanzarme con el látigo antes de estar seguro de poder mantener el! equilibrio. Me eché a un lado y lo dejé pasar y la tira de acero restalló inútilmente en el aire.

Lo agarré de la muñeca y antes de que pudiese recuperar el equilibrio se la retorcí cruelmente, aplicándole a continuación un terrible mazazo en la cabeza que lo hizo vacilar. Cayó de rodillas y continué golpeándolo en las sienes con los puños cerrados, sin detenerme a quitarle el látigo. Se desplomó como un saco, de cabeza, quedando inmóvil en el suelo.

Permanecí unos segundos confuso, respirando jadeante, porque cuando se golpea a alguien de una forma tan brutal, sin saber si se le ha matado, es preciso que transcurran un par de minutos para recobrarse de la impresión. No me había recuperado todavía cuando se abrió de par en par la puerta de Wendel y el magnate en persona apareció en el umbral. Miró consternado a su hombre de confianza y una expresión de temor se dibujó en su semblante.

Me alarmé un poco cuando vi que Lynton se separaba de la pared y avanzaba amenazador contra él con el puño levantado.. Caramba, esto no entraba en mis cálculos. Me asusté mucho más en seguida cuando pensé que no era conveniente en modo alguno tener a un Wendel inconsciente al lado del cuerpo de su inanimado guardián sin tener antes una conversación con él.

Me interpuse entre ambos a tiempo y cogiendo a Wendel de las solapas lo introduje a empujones en su silla detrás de la maciza mesa.

Levantó la cabeza, mirándome con acerada mirada, con todo su inmenso odio, pero no le dejé ocasión de rehacerse. Pero, si hubiese sido lo bastante decidido y rápido se podría haber arrojado contra mí porque durante unos segundos desvié mi atención de él para fijarla en algo que vi en la otra pared de la habitación, algo que parecía ser demasiado bueno para ser cierto.

Era una gran pantalla telecomunicadora... la clase de pantalla que estaba seguro podría encontrar en cualquier parte del edificio, menos en la oficina particular de Wendel. El hecho de que Sherwood tuviese una de ellas en su oficina no era en modo alguno sorprendente, pues su cargo de custodio de las armas termonucleares de la Colonia así lo exigía.

Había contado con que podría persuadir a Wendel de que me acompañase hasta donde estuviese la pantalla de la empresa después de sostener mi entrevista. Pero como su intención fue la de hablar conmigo sólo después de tenerme físicamente destrozado, hecho una lástima, tal vez un inútil para toda la vida, la sola vista de la pantalla tan a mano me pareció una grandísima suerte.

—Cierre la puerta —le dije a Lynton—. Y ciérrela con llave.

Esperé hasta que Lynton hubo cumplido mi deseo y mis manos se cerraron como tenazas sobre los hombros de Wendel, impidiéndole su intento de levantarse.

—¡Jamás saldrá de aquí vivo! —gritó loco de furia—. Si es que cree...

—Tenga cuidado, Wendel —le dije en tono de advertencia—. Pudiera sentirme tentado de retorcerle el cuello.

—Esa insignia que lleva no significa ahora nada, Graham. ¿No lo comprende? La Wendel es quien manda en la Colonia, y usted no podrá imponerle la autoridad de su insignia.

—Usted será quien imponga esa autoridad, Wendel —dije—. Usted ordenará a esa boa constrictor que ahoga a esta sociedad a que afloje sus anillos, a que se desmorone para siempre y deje en paz a los hombres de la Colonia.

—¿Y quién me va a obligar?

—Yo mismo —espeté—. Tiene diez minutos para decidirse. O entrega a la Junta cuantas armas nucleares tiene aquí y disuelve la policía de la empresa arrestando a todos sus oficiales y se somete usted a arresto domiciliario y ordena a todos los empleados de !a Wendel que cooperen con la Junta, o Joseph Sherwood destruirá sus instalaciones con una bomba termonuclear. El cohete será dirigido mediante control remoto y se detendrá encima mismo de estas instalaciones hasta que caiga la bomba. Solamente serán destruidas las instalaciones. No habrá zona de contaminación radiactiva.

Una mortal palidez apareció en su rostro.

—¡Está usted completamente loco! —exclamó aturdido—. ¡Usted también moriría!

—No lo ignoro —contesté—. Seríamos volatilizados juntos. Pero no es una muerte demasiado cruel, Wendel. No se siente ningún dolor, ni se entera...

—¿ Pretende que me tome en serio su amenaza?—murmuró.

—Temo que debe ser así —dije—. Sherwood le dirá cuán grave es la situación —hice una seña indicando el telecomunicador—. Está esperando para hablar con usted. Supongamos que ponemos en funcionamiento esa pantalla y le escuchamos. Estoy seguro de que sabe cómo obtener la correcta longitud de onda. La red de espionaje de la Wendel le debe tener bien informado de cuando Sherwood altera sus frecuencias en clave.

—Dijo usted diez minutos —indicó Wendel respirando afanosamente y ahora las venas de su frente estaban hinchadas y de un color azulado—. Tendría que decirle a Sherwood cuándo debe arrojar esa bomba. No se ha comunicado con él desde que llegó usted aquí. ¿Y si no quisiera poner la pantalla en funcionamiento? Es un comunicador muy intrincado, muy difícil de manejar. Usted no lo podría poner en marcha.

Esto me hizo cambiar de opinión sobre dejarle tocar el aparato. Estaba seguro de que no tendría yo ninguna dificultad en ponerme en contacto con Sherwood y no quise permitir a Wendel que complicase aún más el mecanismo del comunicador estropeando alguna de sus piezas esenciales.

Me volví cara a Lynton y le indiqué que ocupara mi sitio de torturador de Wendel, si es que no le molestaba el trabajo.

—No permita que se mueva —le advertí cuando ocupó mi lugar —. Manténgale bien cogido de los hombros.

—No se preocupe —dijo Lynton—. Si intenta moverse una pulgada haré con él lo que dijo usted no era una mala idea... retorcerle el pescuezo.

No tardé mucho en descubrir que Wendel había mentido sobre el aparato, lo que significaba, naturalmente, que había confiado en poder practicar un rápido trabajo de sabotaje en el mecanismo.

Era un comunicador televisual de doble visión como uno de tantos, sin nada que lo distinguiera de los demás.

Se oyó un zumbido durante algunos segundos cuando terminé de ajustar los mandos del aparato y esto me ofreció la oportunidad de escrutar en el rostro de Wendel para ver cómo se lo tomaba.

Estaba aterrorizado, evidentemente. Pero sus labios dibujaban una mueca desafiante, y estaba seguro de que si hubiese tenido la menor oportunidad en aquel momento de echarme las manos a la

garganta me hubiera estrangulado con sumo placer.

Pensé que cuando la imagen de Sherwood apareciese en la pantalla estaría sentado solo tras su mesa con el pulgar sobre el botón que había de disparar el cohete mortífero. Pero no estaba solo, y cuando vi quién estaba con él casi quedé sin respiración...

Joan se hallaba a su lado y me miraba fijamente desde la pantalla.

—¡No lo hagas, Ralph! —imploró—. ¡Dios mío, no...!

Luego vi que su mirada se desviaba de mí y sin volverme me di cuenta de que imploraba a Wendel con la misma mirada de desesperación en los ojos.

—Si da la orden, será inmediatamente obedecido. ¡Y lo hará si usted no se lo impide! Le conozco bien porque soy su mujer, y sé que es capaz de todo. Dará la señal a menos que haga usted lo que le manda, porque la insignia que lleva no le permite otra solución. Si no le detiene ahora mismo... ¡morirá usted con él!

Me volví entonces y miré fijamente a Wendel. No he visto nunca a un hombre que se desmoronase de la forma que le ocurrió a él. Su gesto de desafío desapareció por completo y en su rostro apareció una expresión de suprema cobardía, de rendición total, y se hundió tanto en su silla que parecía estar a punto de caer al suelo, a pesar de la sujeción que Lynton ejercía en sus hombros.

Su voz, cuando habló, era apenas un susurro.

—Muy bien, Graham —musitó—. Usted gana.

Cuando me volví de nuevo cara a la pantalla y vi el gesto de alivio y agradecimiento en el rostro de Joan no pude por menos que preguntarme hasta qué punto había dicho ella la verdad. Si Wendel se hubiese mantenido desafiante, rehusando la capitulación... ¿hubiese yo dado la orden? ¿Qué sabe un hombre sobre sí mismo?

Probablemente nunca sabré la respuesta.

Durante los días siguientes todos los agentes de Wendel fueron detenidos y enviados a la Tierra para someterlos a juicio. Jamás averigüé la identidad del agente que me disparó el dardo ni del que me arrojó un asesino mecánico junto a las orillas del lago Michigan en Nuevo Chicago.

No me preocupa eso, porque estoy seguro de que ambos individuos se hallaban entre los agentes detenidos en la amplia redada policial.

Oh, sí… la rescataron viva con su cabellera en desorden tres días más tarde en el espacio a unas trescientas mil millas de Marte. Ahora se encuentra en la cárcel y tendrá que responder a los cargos que hay contra ella. Pero tengo la intención de hacer cuanto pueda por ella cuando llegue su juicio.

Hay jueces que son comprensivos y clementes, y otros que son verdaderos tiranos, pero, con el respaldo de la Junta, no me siento demasiado preocupado por el resultado final. Si va contra nosotros, llevaré el asunto al Tribunal Supremo, y el apoyo de la Junta tiene allí también mucha fuerza.

Me olvidaba del comandante Littlefield.

—Soy un hombre duro, Ralph —dijo con un arrugado papel en la mano, poco después de que recibiera seguridades de la Tierra de que le pondrían al mando de una nueva aeronave—. Hice lo que hice porque soy lo que soy. Sabía que su vida pendía de un hilo y que cada palabra que intercambiábamos aumentaba el peligro. Pero cuando comparé esto con el futuro de la Colonia… pensé que no me quedaba otra solución. Sabía lo que una confesión total significaba para nosotros.

Nunca más volví a ver a la enfermera Querubín. Se casó con su médico y se fueron de viaje de novios en la siguiente nave espacial que partía para ¡a Tierra, mientras yo estaba ocupado en asegurarme de la autoridad de la Junta se reafirmaba por completo en toda la Colonia.

Joan y yo nos convertimos por tiempo indefinido en residentes de la Colonia de Marte. Quiero significar con ello que siempre habrá nuevas batallas en que luchar en una guerra que jamás terminará… en tanto el hombre permanezca en el Universo. Hay algo en él que no se encuentra en ninguna otra especie. Tal vez sea bueno, tal vez malo, pero ayuda a explicar el motivo de su progreso hacia el futuro…

No se aprecia nunca tanto una cosa como cuando se cree que está a punto de perderse. Por eso se lucha para conservarla, y cuando se ha conseguido se ha acumulado tanta energía que se quiere probar algo mejor. Y cuando lo nuevo está en peligro se empieza de nuevo la lucha y así hasta el final.

Así son las cosas.

Notas

[1] **I.Q. —** Siglas correspondientes a *Intelligent Quoting*: cociente de inteligencia. < <